

VERANEO FORZOSO
"Así me las den todas".


MADAME DE POMPADOUR
Nada tendrá usted
que envidiar
a las más hermosas si cuida de
embellecer su cutis usando siempre
Jabón Heno de Pravia
que lo tornará suave,
blanco y terso, co-
municándole fra-
gancia y lozanía.
De venta en todas partes.
PERFUMERÍA GAL.-MADRID
Representante general para
Argentina y Uruguay:
JORGE E. CHADWICK.
Esmeralda, 132.
Buenos Aires.
Heno de Pravia
GAL
MADRID
RIBAS



UN HANS MEMLING DESCONOCIDO

Por LUIS LHOMMEAU

ILUSTRACIONES DE BESARES

Uno de mis tíos, amigo íntimo del célebre pintor Octavio X., muerto recientemente, me ha entregado la nota que sigue, hallada entre los papeles del artista. ¿Cuánto hay de cierto en esa historia? No lo sé. Me contento con transcribirla fielmente, después de hacer notar que he tenido buen cuidado de verificar prolijamente todas las fechas citadas en el curso de este relato, y que estoy en condiciones de afirmar que todas coinciden exactamente con aquellas dadas en todos los textos de historia, de donde saco en conclusión que, si no hay en él verdad absoluta, a lo menos hay gran verosimilitud.

París, 19 de abril de 1877.

Regreso en este instante de Brujas con mi amigo Carlos B., y la aventura que nos ha acontecido en aquella ciudad es tan extraña, que la relato aquí esta misma noche, a fin de no omitir detalle alguno.

Si Carlos no se encontrase en este momento a mi lado para afirmarme que todo ha pasado así en realidad, creería haber soñado.

Fué anteayer, alrededor de las cinco, cuando salimos Carlos y yo del curioso Museo Hospital San Juan.

Habíamos pasado entusiasmadísimos una buena parte de la tarde ante los famosos Memling conservados allí y ganábamos nuestro hotel, cuando frente al portal de la iglesia de Nuestra Señora fuimos alcanzados por un viejito arropado en su largo sobretodo, y que llevaba un sombrero blando echado sobre los ojos.

—Perdón, caballeros—nos dijo con un acento muy puro, casi distinguido; —¿son ustedes franceses y artistas, no es verdad?

—Sin duda—respondíle sorprendido,—pero...

El desconocido, entonces, tomándonos por el brazo, nos dijo muy bajo, misteriosamente:

—Me lo imaginaba, y si los he acechado aquí es porque los he oído hablar a ustedes en el Museo hace un momento y me he dado cuenta de que son capaces de amar y comprender a Hans Memling como es debido... Sus palabras me han movido a proponer a ustedes hacerles conocer una obra maestra de Memling que nadie, excepto yo, ha visto jamás.

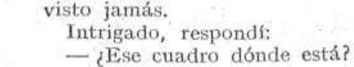
Intrigado, respondí:

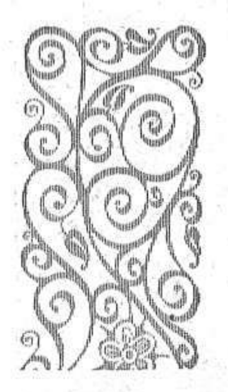
—¿Ese cuadro dónde está?

—Hombre... ¡en mi casa!

—¿En casa de usted?—replicó Carlos, quien, escéptico, husmeando una celada, añadió, algo burlón:

—¿Y cuánto costará el asunto?





La pregunta estuvo a punto de echarlo todo a perder, pues el viejito soltó nuestro brazo, sus ojos lanzaron un relámpago bajo sus cejas blancas muy tupidas, y con indignado acento exclamó:

—¡Oh, señores! ¿Hacerme pagar yo... yo? No sé si después de tal afrenta deba...—Calló un instante, luego bruscamente se dulcificó y continuó, como hablándose a sí mismo:—Es justo... no pueden ustedes saber... Pero como estoy viejo ahora, sin herederos, es

necesario que alguien lo sepa... lo sepa todo. — Y agregó, con un tono resuelto: — Por cuanto, señores, mi cuadro de Memling tiene una historia... una historia que merece ser conocida.

—¡Entonces, señor, vamos!

—No, ahora no — respondió el desconocido. — No quiero que nos vean, porque eso despertaría comentarios en el barrio.

Partió después con pasos precipitados, como temiendo ser seguido, lanzándonos desde lejos estas palabras:

—¡Esta noche a las nueve! Frente a la capilla de la Santa Sangre. Desde allí los conduciré a ustedes.

Y nos quedamos, idiotizados, en el mismo sitio, sin haber tenido tiempo de contestar. De pronto Carlos me preguntó:

—¿Iremos o no? El viejo debe ser un maniático.

—¿Por qué no hemos de ir? — repuse. — —Qué arriesgaríamos con ello?

—¿Y si fuera una emboscada?

—¡Quita ahí, una emboscada en Brujas! Por otra parte, llevamos nuestros revólveres, qué diablo.

Las nueve daban exactamente en el gran reloj de la Catedral cuando llegamos a la cita convenida. Hacía un tiempo atroz, y una lluvia diluviana caía de un cielo absolutamente negro; nos refugiamos en el ángulo de la plaza cercano a la pequeña entrada de la capilla de la Santa Sangre y esperamos algunos minutos. En el momento en que íbamos a retirarnos, furiosos, creyendo en una mixtificación, sonó en la sombra una voz a nuestro lado.

—¡En buena hora, caballeros; son ustedes muy puntuales! Excusen mi retardo, pero con un tiempo semejante no puedo ya caminar de prisa. Síganme y les respondo que no les pesará a ustedes hacerlo.

Seguimos al hombre por las negras calles tortuosas y desiertas; franqueamos puentes; costeamos muros de conventos altos y siniestros; en fin, durante media hora por lo menos chapaleamos en los charcos y nos torcimos los pies en pavimentos desiguales; pero adónde fuimos no podría decirlo, tan negro estaba todo, y tanto era lo que nos obligaba a bajar la cabeza el viento implacable.

Finalmente nuestro guía se detuvo, y, en la obscuridad, tanteando con los dedos, introdujo una llave en la cerradura. La puerta, rechinando, giró sobre sus goznes, y no bien hubimos entrado cerróse por sí misma, empujada por la ráfaga, con un sonido lúgubre.

Por primera vez después de la partida, el viejo abrió la boca para decirnos:

—Esperen aquí un instante; voy a alumbrarles.

Y desapareció.

Nos hallábamos, seguramente, en un patio o en un jardín, pues el agua continuaba cayendo sobre nosotros.

Pronto volvió el desconocido con una linterna y nos dijo:

— Por aquí, señores; no hay obstáculos, caminen sin miedo.

Proseguimos nuestra marcha detrás de nuestro guía, y al cabo de una treintena de metros hízose su voz oir nuevamente.

— Atención, aquí hay doce gradas.

Por último nos encontramos en una vasta sala. En la alta chimenea flameaba un gran fuego de leña, iluminando con sus llamas movibles rojizas los tirantes salientes y ahumados del cielo raso. A cada lado de la chimenea, sobre un soporte de hierro forjado, ardía una lámpara con luz muy baja.



No deben sorprender todos estos detalles que escribo aquí, por cuanto tomaban ellos, en ese momento, real importancia. Que aquél que en país extranjero se haya encontrado una noche, en circunstancias semejantes, introducido con tal misterio en una casa desconocida, me diga si todas sus facultades no se han sentido excitadas.

Mi amigo Carlos B. que pasa, sin embargo, por escéptico e inalterable, me ruega que certifique que también él percibió netamente todos los detalles anotados por mí al día siguiente de tan singular aventura.

Desembarazándose de su linterna, el viejo subió las mechas de las lámparas para avivar su luz, nos designó unos asientos, anchos sillones de cuero dispuestos cerca del hogar, y nos dijo:

—Señores, hemos llegado; espérenme algunos minutos; voy a buscar mi tesoro...

Salió entonces, y pudimos admirar durante un momento el lujoso y confortable moblaje de aquel interior flamenco: maderajes de vieja encina esculpida, tapices, jarrones de greda, finos estaños, nada faltaba en las paredes ni sobre las grandes consolas que ocupaban dos anchos paneles, lo cual nos convenció de que el viejo era muy rico o cuando menos gozaba de una fortuna envidiable.

Pronto regresó nuestro anfitrión, trayendo con precauciones un largo rollo de tela la cual depositó sobre la mesa; luego, sentándose frente a nosotros, tomó la palabra...

Creo oir todavía vibrar en mi oído el timbre extraño de aquella voz tan clara y estoy seguro de no olvidar una palabra:

— Caballeros, comenzó; es a la doble calidad de ustedes, calidad de franceses y de artistas, a la que deben el haber penetrado hasta aquí, pues, según acabo de decirles, este admirable cuadro de Hans Memling no es tan solo una obra de arte notable, sino que constituye además una prueba de que a menudo puede sorprenderse en falla a la Historia.

Es a ustedes, franceses, a los que voy a confiar mi secreto porque su historia nacional casi se confunde con la de Flandes, en la época de la cual quiero hablar.

Nos será preciso remontarse juntos hasta el reino de María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, para comprender toda la importancia de la obra magnífica de que soy poseedor.

Al decir estas palabras, el viejo acariciaba con su mano el rollo que había traído momentos antes. Evocando sin duda sus recuerdos, hizo una pausa bastante larga, y el ruido de la llama en el hogar turbó solo el silencio, mientras fuera la tempestad desencadenada parecía protestar con ronquidos siniestros contra la violación de aquel secreto histórico.

El viejo, por último, continuó lentamente:

— Abramos un texto cualquiera de la historia de Brujas, y en él leeremos lo siguiente:

«María de Borgoña, soberana de los Países Bajos, duquesa de Borgoña, hija de Carlos el Temerario y de su segunda esposa Isabel de Borbón, nació en Bruselas en 1457 y murió en Brujas en 1482, es decir, a la edad de 25 años. Habíase desposado, a pesar de la

oposición de Luis XI, en 1477, con Maximiliano de Austria. María de Borgoña, muy bella y muy inteligente, murió accidentalmente de una caída de caballo.» ¿Eso dice la Historia, no es verdad? Historia que les toca también un poco a los franceses.

Levantóse entonces el viejo bruscamente, cruzó los brazos sobre su pecho y, articulando a designio todas las sílabas, *continuó:*

—Y bien, señores. ¡María de Borgoña no murió accidentalmente: ¡fué asesinada!

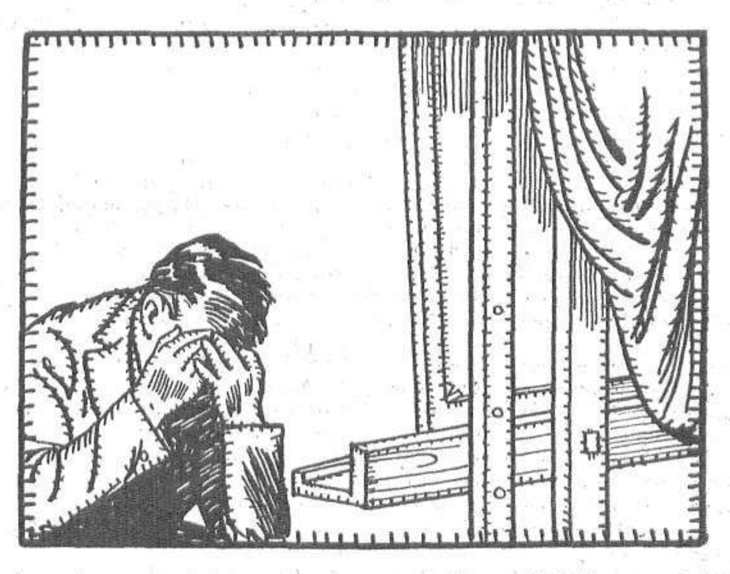
Nos sobresaltamos:

—¡Asesinada!

—Sí, señores, asesinada... y por la mujer de Hans Memling, que vengaba así su honor de esposa ultrajada.

Nuestro interlocutor, gozando con nuestro asombro, sentóse más tranquilo y continuó:

—¡Ah! el secreto de ese drama pasional, como se dice ahora, ha permanecido bien guardado y no lo violaría yo esta noche si tuviere un hijo o un pariente a quien confiarme. Solo en el mundo, he vacilado largo tiempo antes de hablar, mas pienso que no se debe dejar perder un hecho, un hecho histórico semejante, y voy a contárselo a ustedes tal cual lo tengo de mi padre. ¡Que aquel de mis abuelos que jugó un rol en esta sombría tragedia me perdone mi indiscreción!



El tono grave y solemne con el cual el viejo pronunció sus palabras, nos conmovió profundamente, y no dudamos ya un instante de la veracidad de la narración que nos hizo; tan impregnada estaba la voz de quien hablaba de convicción, de fe absoluta.

—Hans Memling, nacido en 1430, vino a residir a Brujas en 1471. Tenía, pues, cuarenta y siete años cuando el casamiento de María de Borgoña y se hallaba en la plenitud de su gloria.

El artista, consagrado a su arte únicamente hasta entonces, no había amado nunca y permanecía soltero.

La joven soberana quiso que hiciera su retrato el pintor de mayor renombre de aquella época y se dirigió a Hans Memling. Era María *singularmente* bella. Su radiante colorido de rubia, la agudeza acariciadora de su mirada, su *gracia*, el timbre tan armonioso de su voz produjeron en el artista una impresión profunda, y el corazón de Hans, cerrado hasta entonces al amor, abrióse de pronto como bajo un ardiente y juvenil impulso.

María de Borgoña era altiva y fiera; pero a pesar de la sangre real que corría por sus venas, aburríase en la severa y pomposa magnificencia de esta corte de Brujas. Un poco abandonada *por Maximiliano, su marido*, a quien las necesidades de la guerra continua retenían en los campamentos, dióse cuenta en el acto de la muda adoración del pintor e interiormente sintióse regocijada.

Soberanamente indiferente, quiso distraerse a expensas de ese corazón que sentía violentamente enamorado.

Un amistoso abandono fué reemplazando la cortesía fría y ceremoniosa de las primeras sesiones de pose, y pronto estableciéronse entre ellos largas conversaciones en las cuales Hans Memling, creyendo permanecer impenetrable, libraba un poco más cada día el secreto del amor que le devoraba el alma.

María, encantada, lo excitaba con actitudes sabiamente estudiadas, frases de doble sentido hábilmente elegidas, y, completamente dueña de sí misma, experimentaba un verdadero contento oyendo al pintor entusiasmarse tan calurosamente.

Sentía que los discursos inflamados con los cuales Hans celebraba la belleza soberana, dirigíanse a ella, y su vanidad real impresionábase agradablemente.

Un día, sin embargo, María de Borgoña tuvo miedo; habiendo encontrado su mirada la del artista, se estremeció toda y debió bajar los ojos; tanta pasión desbordante vió en las pupilas de acero de Hans, dilatadas por el imperioso Deseo.

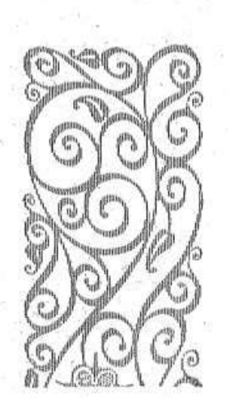
Bruscamente, siempre con la misma real indiferencia, cesó en sus visitas al taller del pintor y el retrato permaneció inconcluso.

Hans Memling conoció entonces las peores torturas.

Sabía que nada podría aproximarlo, en adelante, a aquella que lo había voluntariamente enloquecido de ese modo.

Todo lo que había estado en su interior y en sus sentidos hasta entonces dormido, suscitaba en él terribles rebeliones que no conseguía reprimir sino gracias a una labor encarnizada.

Labor misteriosa también, pues, a partir de esa época, se encerró largas horas en su taller, trabajando en una obra maestra que jamás vió el día... Durante tres años Memling no se ocupó exclusivamente más que de ese cuadro... hasta que, hacia los comienzos del año 1480, instaló cerca de la iglesia de San Giles otro taller, aunque conservando el antiguo y yendo a visitarlo diariamente.



Fué a mediados de aquel año cuand-

Memling casó con una joven llamada Ana, perteneciente a la familia Ubalckenaere... Sus obras más perfectas, tal su famoso tríptico del hospital San Juan, datan de ese tiempo.

María de Borgoña, aunque manteniéndose apartada, muy por encima del pintor, no había ignorado la conducta misteriosa de Hans Memling y tenía el secreto presentimiento que debía ella entrar por algo en la obra que él ocultaba a todos con tenaz empeño.

Frecuentemente, en las horas de tedio, pensaba en ese misterio que su curiosidad femenina aguijoneada; hubiera querido penetrar, pero, si bien todopoderosa, no osaba presentarse de nuevo frente al pintor, de quien creía sentir todavía pesar sobre ella la mirada cargada de pasión.

La noticia del matrimonio de Hans había sido para María de Borgoña un alivio; creyóse desde entonces al abrigo de inquietudes y finalmente, después de dos largos años de resistencia, la ardiente curiosidad venció:

Una tarde, en ausencia de Hans Memling, gracias a la complacencia de un servidor, penetró ella en el misterioso taller...

La vasta habitación hallábase amueblada con un gusto exquisito. Los maravillosos gobelinos y los soberbios tapices mezclaban sus tonos con el follaje sombrío de las plantas verdes; las panoplias de armas antiguas alternaban con bocetos del maestro graciosamente agrupados y, por dos anchísimos ventanales penetraba la luz hábilmente tamizada, amortiguando, aquí y allá, al oro de los marcos, y acariciando suavemente los armoniosos contornos de las estatuitas dispuestas con arte consumado sobre las repisas y las viejas consolas esculpidas.

En el aire flotaba un ligero perfume de incienso, de jacinto y de hierbas aromáticas.

María de Borgoña sintióse profundamente turbada al encontrar transformado en una especie de templo del Arte el amplio taller que había conocido severo y frío.

Pero la indiscreta no estaba satisfecha: no apercibía en parte alguna ese famoso cuadro que, instintivamente, la intrigaba tanto... Iba a retirarse descontenta, cuando, en un ángulo, llamó su atención una gran cortina de terciopelo obscuro.

Se adelantó latiéndole el corazón precipitadamente y, con mano febril, apartó la cortina.

No pudo contener un grito de admiración:

Un retrato de mujer estaba ahí, deslumbrante de vida y de sinceridad... su propio retrato... pues el artista incomparable, modelando en su fiebre amorosa un cuerpo de diosa, había completado con el pensamiento esa radiante desnudez que no conocía... Estaba realmente ahí María de Borgoña soberbia, sin velos, ofreciéndose cada día en aquella soledad a la adoración de Hans Memling.

Vuelta de su primera sorpresa, la orgullosa e imprudente soberana sufrió cruelmente viendo su cuerpo así evocado, y, en una brusca rebeldía de todo su pudor indignado, sacando un estilete de una de las panoplias próximas, precipitóse, furiosa, sobre la tela, lacerando en un irresistible impulso de rabia ciega la extraordinaria obra maestra, cuyos pedazos cayeron como grandes alas de pájaros heridos.

Una vez aplacados sus nervios, la orgullosa dióse cuenta del acto que acababa de cometer, destruyendo la imagen nacida toda entera de la imaginación exaltada de un artista de genio, enloquecido voluntariamente por ella, martirizado desde hacía años por ese amor que había ella provocado. Entonces, inclinando la cabeza, María de Borgoña lloró largo rato, inmóvil en el mismo sitio, hasta que tomando una decisión enérgica concluyó de desprender la tela del marco juntando todos sus pedazos. Después, oyendo ruido, escondióse detrás de la cortina.

¡Era tiempo! Alguien, en efecto, entraba en el taller: Hans Memling que verificaba su peregrinación cotidiana.

Hacíase de más en más la obscuridad; únicamente algunos rayos del sol poniente venían todavía a dorar los tirantes del techo. Hans detúvose un instante a mirar al astro descender lentamente, allá, detrás de los árboles del «lago de amor», y luego fué a contemplar en el recogimiento de la tarde la imagen de la adorada.

Descorrió la cortina y se arrodilló...

Como siempre, en la penumbra, los armoniosos contornos se destacaban.

Entonces, la queja amorosa de Hans elevóse como un incienso:

— ¡Oh, María! Tú que me has revelado el amor, ¿por qué me has quebrado el corazón? Puedas tú no conocer jamás las torturas que yo he soportado pintando tu imagen. Pero hoy bendigo este arte ya que me permite poseer tú hermosura toda entera, al abrigo de las miradas celosas. ¡Y así te amaré siempre María; ídolo sagrado, reina mía!»

Una voz conmovida que brotaba de la penumbra, respondió:

— ¡Hans! ¡Perdóname, yo también te amo!

Y María de Borgoña, la orgullosa soberana, abandonando el marco, en el cual había tomado el lugar de su propia imagen destruída, enlazó sus brazos desnudos al cuello del pintor, exclamando con exaltación creciente:

— Sí, Hans, soy yo; es tú reina, tú enamorada también, pues el poder de tu evocación merece una recompensa. La altanera, la ingrata ya no existe, ¡te quiero!

Y en el silencio del taller, los dos amantes locos de pasión cambiaron su primer beso de amor, en tanto que en el horizonte se extinguía el último resplandor del sol triunfante.

....

Mas los amores culpables duran poco. Dos meses más tarde, la mujer de Memling, prevenida de esa pasión funesta, penetró también en el taller del cual su marido le había prohibido la entrada y encontró el retrato de la soberana que, cuidadosamente reparado, ocupada nuevamente su sitio en el marco.

Fué en ese instante cuando, convencida de su infortunio, mordida en el corazón por los ásperos celos, meditó su venganza.

Quince días después de haber dado a luz su segundo hijo, apostóse una tarde cerca de la puerta de Gante y esperó el regreso de los dos amantes que realizaban juntos un paseo a caballo; y, de un tiro de arcabuz atravesó la cabeza de su rival.

En el primer momento de tribulación no se pensó en detener a la culpable, y en seguida lo impidió el miedo al escándalo. Maximiliano de Austria, ausente entonces de Brujas, ignoró siempre la verdadera causa y la forma de la muerte de su mujer, cuyo honor per-



maneció intacto a sus ojos. Como la joven reina hubiera caído, efectivamente, del caballo al recibir su mortal herida, la versión de un accidente fué admitida fácilmente y se ha conservado hasta nuestros días.

María de Borgoña, que sobrevivió a sus heridas veinticuatro horas, pudo hablar e hizo prometer a Hans Memling que volvería inmediatamente al lado de su mujer, a fin de dar todo el crédito posible a la hipótesis de un accidente.

Hans Memling, desplomado por el dolor, obedeció.

Más tarde decidióse a entrar en su taller para ver una vez más su obra maestra. El fatal retrato había desaparecido. Celosa hasta de la imagen, la mujer de Hans la había hecho robar por uno de sus fieles amigos con la misión de destruírla.

¡Ay! la obra sublime llevaba sin duda en ella un filtro de amor irresistible, porque apenas la hubo mirado el confidente abnegado, se enamoró, a su turno, como un loco, y en vez de destruírla la conservó celosamente.

....

....

El viejo palideció intensamente, su voz debilitada ya por la fatiga de su largo relato se alteró súbitamente y fué en voz bajísima que añadió:

—Ese confidente, señores, era mi abuelo, y el mágico retrato nada ha perdido de su misterioso poder... ¡Mírenlo ustedes!

Carlos y yo lanzamos una exclamación de asombro:

De la tela que desenrolló el viejo, surgió una mujer, verdadera diosa a quien podía creerse un ser viviente ofreciéndose a nosotros en su magnífica desnudez.

Era realmente ese el retrato que acababa de sernos descripto, por cuanto la traza evidente de los golpes de estilete marcaba aquí y allá el bello cuerpo, tratado en sus más pequeños detalles con la maestría incomparable del genio de Memling, desde la sangre azul que corría en la red de las venas y las largas pestañas obscuras que velaban a medias la mirada de pasión, hasta el mismo graneado de la piel, que parecía estremecerse bajo la sutil caricia de un beso.

El viejo, enteramente escondido detrás del retrato que nos presentaba en plena luz, con los brazos levantados, precisó, proporcionándonos pruebas:

—Miren ustedes debajo, a la derecha—dijo—: hay una inscripción que merece ser leída, y, en cuanto a sus desgarraduras todavía se conocen para que sea útil insistir.

Nos inclinamos y leímos, trazadas en rojo con un finísimo pincel sobre el fondo obscuro de la tela, estas simples palabras: *María, amor pinxit. Hans.* Y descubrimos, más abajo, dos fechas: 1480-1482.

Largo tiempo, muy largo tiempo, permanecimos contemplando arrobados la extraordinaria obra maestra; en seguida nuestro interlocutor le enrolló de nuevo cuidadosamente, llevándosela a otra habitación.

Al volver, notando que había puesto su largo sobretodo, nos levantamos para despedirnos.

Pero él nos retuvo todavía un momento, diciéndonos:

—Voy a acompañarlos, señores, porque no podrían ustedes encontrar solos su camino. Antes deseo hacerles una recomendación: La han visto, y están ustedes ahora convencidos. Pero no traten de volverme a encontrar ni de conocer mi nombre. Por otra parte, mis precauciones han sido tomadas y no lo conseguirían jamás. Además esta obra lleva la desgracia a todo los que la poseen. Como los otros, mis abuelos, estoy también yo apasionado, enloquecido; domina ella mi corazón, mi carne, todo mi ser, en fin. No he amado nunca sino a ella; la adoraré hasta mi último día y desaparecerá conmigo. ¡Tal vez encontraré en el otro mundo el apaciguamiento de mi imperiosa pasión!

....

....

Condújonos el viejo nuevamente por las calles sombrías y enlodadas y, como llegáramos a las proximidades de la capilla, nos dejó de golpe, hundiéndiéndose en las tinieblas y gritándonos desde lejos un último ¡adiós! el cual fué a confundirse con el silbido lúgubre del viento.



El manuscrito del pintor se detenía ahí, pero en otra página del mismo cuaderno, encontré lo que sigue, escrito con tinta colorada:

Junio, de 1877.

¡Oh misterioso y maldito viejo, por qué te encontré!

¿Tú mágica imagen ha deslizado acaso también en mis venas un poco de su filtro mortal?

Me hallo obsesionado continuamente por la idea de esa obra maestra sin igual, de un valor histórico tan grande y perdida para siempre.

¡Te encontraré cueste lo que cueste; quiero volver a contemplar el retrato de María!

Agosto, de 1877.

¡Nada! ¡Siempre nada! He interrogado a Carlos. No piensa ya él en nuestra aventura.

Enero, de 1878.

Estoy tranquilo desde hace quince días. Todo se ha calmado en mí. Sin duda alguna el viejo ha muerto y la obra de Hans Memling ha sido destruída para siempre.





Profundamente turbado por esas notas sucesivas, he interrogado a mi tío, quien me ha asegurado que, en efecto, Octavio X había pasado seis meses en Brujas en el año 1877, y que en aquella época parecía abatido y enfermo. Desgraciadamente, Carlos B. murió también y no podré jamás, tampoco yo, profundizar ese turbador y verídico misterio.



LA MANO SANGRIENTA DE MAHOMED II



UNQUE todos los autores de libros que tratan de la moderna Turquía o de la antigua Bizancio, al empezar a describir cuanto se ve en aquellas sierras cubiertas de bosques, monumentos, jardines y palacios, cortadas por hondonadas y torrentes, y bañadas por un mar que semeja un río, acostumbran a iniciar su discurso hablando del Bósforo, de la costa de Asia, del Cuerno de Oro (la *Chryso-Keras* de los griegos), nosotros, más deferentes hacia lo que ha sido creado por la mano del hombre que hacia lo que es resultado fortuito del Cosmos, decidimos no contemplar nada y caminamos por Constantinopla, de un lado a otro, como monjas novicias, hasta haber penetrado en Santa Sofía, pareciéndonos imposible de toda imposibilidad que hombres entusiastas como Marcellus, seres delicados como Lady Montahne, poetas eximios como Teófilo Gautier y Alfonso de Lamartine, hayan empezado sus excursiones por donde empiezan sus libros... y es que, indudablemente, deseosos de producir obras *interesantes*, han comenzado a describir cosas bellas, graduando el interés hasta llegar a su punto culminante, a lo sublime.

Atraídos, pues, más por lo que es obra del hombre que por lo que lo es de la naturaleza, nos fuimos hacia el imán de la imperial ciudad, hacia aquellas cúpulas cristianas y aquellos minaretes musulmanes que se recortan en el azul del cielo y que desde tan lejos se divisan.

No íbamos solos. Eramos quince o veinte turistas, llegados a Constantinopla desde muy diversas naciones, y que en aquel momento veníamos de distintos hoteles de la ciudad. Y nos hallábamos reunidos ante una de las puertas laterales del gran templo que, visto desde el sitio por donde a él se nos hacía entrar, sólo presenta a los ojos un conjunto de construcciones sin armonía. La huella del tiempo, los cambios de dominación, las costumbres de pueblos diversos han modificado, con construcciones sucesivas (los *medrissés*, que sirven de escuelas; los *imarets*, que sirven de hospicios), la simplicidad y pureza de líneas que el exterior del templo tenía cuando Justiniano, al terminarlo, exclamó:

—¡Te he vencido, Salomón! ¡Bendito sea Dios, que me ha permitido levantar este gran Templo!

El grupo que los turistas formábamos era variado en extremo; había entre nosotros esa especie de viajeros que toman billetes de la Agencia Cook y que, en quince días, recorren media Europa: un par de novios que se ruborizaban, tanto él como ella, cada vez que alguien les miraba; había un ramillete de ingleses, machos y hembras; un sabio con antiparras de oro, un compañero mío del consulado de España, etcétera.

Y como el *cicerone* que a todos nos convoyaba se hacía esperar, mi compañero y yo matábamos el tiempo rememorando hazañas de persas y medos, de godos y galos, de los griegos de la decadencia, de los romanos del Bajo Imperio, de los catalanes y aragoneses, de venecianos, cipriotas, egipcios, pisanos, turcos, franceses, ingleses, moscovitas... de tanta especie de gente, de tantos pueblos, de tantas religiones, y tantos intereses como en aquellos sitios han agitado a los hombres lanzándolos unos contra otros.

Llevados por la similitud de circunstancias (estábamos esperando que abriesen la puerta), recordábamos aquel episodio que narra Argote de Molina en su *Viaje a la India*, diciendo que al pasar por Constantinopla quiso ver las reliquias de San Juan de la Piedra y no pudo entrar, «porque el Emperador había salido y olvidado dejar las llaves a su mujer»; exhumábamos recuerdos gloriosos de los tiempos heroicos de Cataluña... aquellos almogávares que hacían emperadores, aquellos Paleólogos que concedían, quieras que no, la libertad de comercio a los catalanes... las galeras exclusivamente destinadas al puerto de Barcelona para transportar paños de Tarrasa a Constantinopla, a Salónica; filosofábamos con toda libertad, diciéndonos que el alma de lo que parece carecer de ella, como son las plantas, el aire, la humedad y la sequedad, el frío y el calor, las comunicaciones fáciles o dificultosas, ha dominado siempre al hombre, modificándolo en lo que no es esencial.

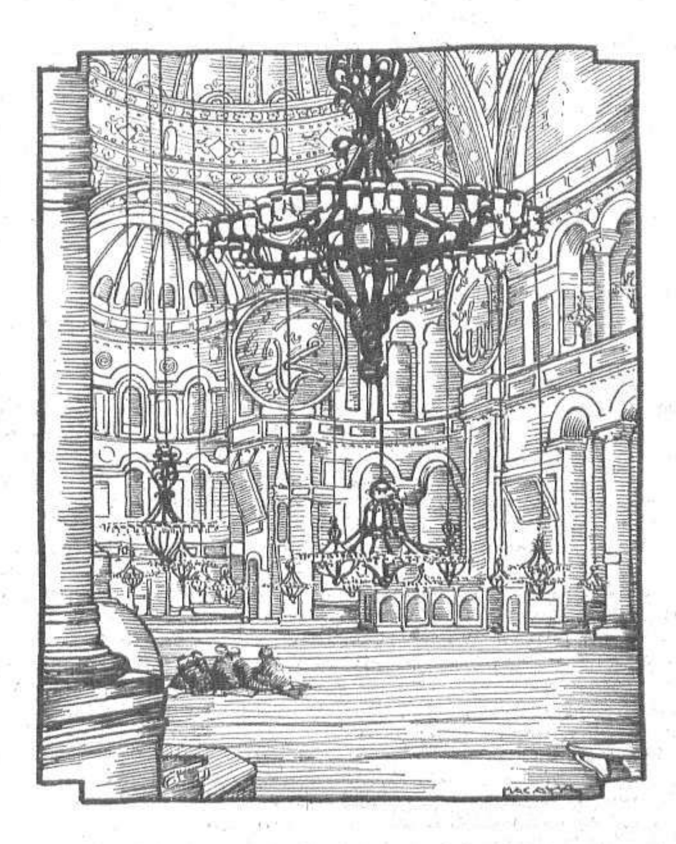
Aquel Oriente que parecía haberse debido latinizar cuando Constantinopla llegó a ser capital de un nuevo Imperio, aquel Oriente, materialmente ocupado por Roma, siguió siendo tan oriental como antes, modificando con la fuerza de su ambiente a los latinos que lo ocupaban; y de esta amalgama salió un nuevo tipo de civilización cristianobizantina que, entre otras cosas, halló un nuevo tipo de belleza plástica: el arte bizantino, cuya utilidad se demostró el día en que los latinos, completamente identificados en la manera de ser y de pensar de su patria adoptiva y deseosos de producir algo permanente, adoptaron la cúpula inscripta en el cuadrado, sostenida en sus segmentos por las cuatro conchas características. Una vez construída Santa Sofía, la Santa Sofía actual, la que ha llegado hasta nuestros días, y construídos, también, la mezquita de Damasco y el Templo de Spalatro, el arte bizantino va extendiéndose hacia el Occidente, que se orientaliza, levantando San Vitale y San Apolinario en Ravena, San Marcos en Venecia y dando un tipo gracioso y definido a la Iglesia Cristiana, en países de luz y de armonía.

El *cicerone* compareció diciéndonos que se había avisado ya al sacristán y rogándonos que entráramos.

Por la parte interior se abrió media puerta y los visitantes penetramos en una especie de vestíbulo donde se nos hizo cumplir la previa ceremonia de descalzarnos, substituída no ha mucho tiempo por la obligación de calzarse un par de babuchas, de las que hay allí gran cantidad destinadas a ese objeto; de esta manera se cumple el precepto musulmán de no macular la

pureza del santuario con el polvo inmundo de la calle.

Ya dentro del templo, el *cicerone* se volvió de cara a nosotros, y con aquella maravillosa facilidad de expresarse en toda suerte de lenguas, propia de la gente levantina, iba respondiendo a cada cual en la lengua que se le interrogaba. «Estas puertas fueron tapiadas en tal año por tal sultán.» «Sultán Bayacid, Sultán Mahomed», decía en inglés. «Las letras de oro que se ven en aquellos rótulos circulares, pintados de color verde, tienen nueve metros de largo», añadía en italiano o francés. «Aquellas inscripciones de la cúpula mayor perpetúan la exclamación del Sultán Mahomed II al detener su caballo ante el altar.» continuaba en griego moderno o en tudesco... Y mi amigo y yo, notando que la erudición del guía humano era la misma que la de la guía impresa que yo traía en la mano, nos fuímos apartando del grupo hasta separarnos de él por completo.



Al quedar solos, y como si Santa Sofía fuese la catedral de nuestra ciudad nativa, que conocemos palmo a palmo, nos internamos por las capillas laterales, que hoy carecen de altares. Cruzamos una llena de muebles viejos, de cajas, de cosas indescriptibles, todo ello cubierto de polvo; cosas conmovedoras, por cierto, a pesar de su aspecto miserable. Todo aquello, la incoherencia de tanto trasto viejo, de todos tamaños y de todas procedencias, era propiedad o herencia de musulmanes, ausentes o de huérfanos menores de edad y cuyas familias o tutores confían sus tesoros en aquella especie de *opisthodomos* parecido al del Partenón, confiando en la buena fe de guardias y sacerdotes, a quienes lo reclamarán los ausentes, si acaso vuelven, y los huérfanos si llegan a la mayoría de edad.

Por una especie de escalera de caracol, sin gradas, subimos a las galerías laterales; y una vez allí, saliendo a la barandilla, pudimos contemplar embelesados «aquella cúpula ideal», aquel cielo de piedra», aquel segundo firmamento», como lo han llamado los poetas orientales, aquel abismo suspendido sobre los fieles, aquel prodigio de construcción, como puede calificarlo el visitante más impasible y frío.

Desde allí pudimos distribuír nuestras miradas por el maravilloso templo construído según los planos de Isidro de Mileto y de Anthemius de Tralles, hace ya mil seiscientos años, y que, a pesar de las injurias del tiempo, de las guerras de los hombres y de los terremotos y tempestades, conserva aún su forma primitiva.

De la gran cúpula fabricada con ladrillos vacíos (una especie de cajas de limo cocido, en las que hay grabada la leyenda esta: *Deus in medio eius non commovebitur. Adjuvabit eam Deus vultu suo*) veíamos colgar innumerables cordones de seda y varas de hierro que sostenían círculos metálicos guarnecidos de vasitos de vidrio, de múltiples colores, que se encienden durante las noches del Ramadán o del Beiram; y descendiendo por las pilastras, colgando de las columnas, veíamos las enormes rodajas que ya nos había mostrado el *cicerone*, y que con sus decorativas letras elevan loores a Dios y revelan el nombre del Sultán y los atributos que las ofreció.

Veíamos el Mirab, que no coincide perfectamente con el centro de lo que había sido el altar mayor, dando esto ocasión a que las alfombras y esterillas finas que cubren el suelo, para que los fieles se arrodillen, no sean del todo perpendiculares al eje de la iglesia. Veíamos una especie de púlpitos que, como los cristianos, sirven para la predicación, una especie de kioscos con terrados minúsculos, donde los infantes del coro van a cantar... Y por todas partes, esparcidos sobre las alfombras, unos pequeños facistoles en forma de equis, con ejemplares del Corán.

Aquellas columnas que tocábamos, aquellos mármoles, aquellos bronces, aquellos capiteles, aquellas urnas para las abluciones, son opimos despojos de los más famosos templos del mundo. Basta verlos para comprender que provienen de distintos países y que han sido fabricados y pulidos por gentes de diversos gustos artísticos. De las columnas que sostienen las galerías laterales, las hay que provienen del famoso templo de Diana, en Efeso, de las que están junto al Mirab, unas fueron traídas de Roma y habían

sostenido, primitivamente, el templo del Sol, en Palmira; los que fueron pilones de agua bendita, habían sido antes sarcófagos en Pérgamo; hay frisos que habían adornado el templo tebano de Isis y el de Osiris, en Karnak...

Repleta el alma por la impresión de las cosas visibles, evocábamos al emperador artista y legislador y gran constructor de templos cristianos (en Constantinopla solamente erigió más de cincuenta) avanzando entre la plebe para inaugurar el templo... y lo evocábamos vestido de purísimo lino, con la cabeza cubierta por la deslumbradora tiara, cuajada de carbúnculos, de esmeraldas y de topacios, seguido por sacerdotes y vírgenes, arrodillándose ante el altar de oro macizo y de perlas fundidas, para consagrarlo a la Agia Sophia, a la Sabiduría Divina, a la Santa Sofía.

Volvíamos a contemplar los objetos materiales, los mosaicos, los ornamentos y vestiduras sacerdotales, y todo lo veíamos de nuevo en su primitiva nitidez y hermosura... las gemas de los vestidos lanzando destellos irisados, los mármoles reflejando la luz de los candelabros, los metales preciosos encendiendo la vista con sus ráfagas de color, generaciones que a su vez vuelven a crecer, a predominar, o a ser sometidas, girando eternamente dentro del círculo de su limitadísima comprensión, buscando afanosos la realidad de los seres, trabajando hasta la muerte en la eterna tarea de resolver el porqué de la vida y desesperando de hallar satisfacción al doliente deseo de conocer el augusto misterio, acurrucándose, como paloma temerosa, bajo las bóvedas del templo.

Levantando iglesias por doquier; pidiendo por todas partes y en todo tiempo luces sobrenaturales para llegar a descifrar lo irrevelable; interrogando a Aquel a quien nuestros sentidos limitadísimos no alcanzan a comprender, el hombre le da el dictado de Misericordioso y siente claramente su pobreza y poquedad, mientras pisa la tierra y se da cuenta de que, para cuando descienda a las sombras del no vivir, lo que más va a necesitar, como necesita ya en la tierra, es la celeste y divina Misericordia.





También se nos antojo asistir, desde el elevado sitio en que nos hallábamos, a la trágica jornada del 1453, cuando, después de largo asedio, vencidas las tropas de Commeno, Mahomed II, precedido de numerosa escolta, entró en Constantinopla y no detuvo su cabalgadura hasta el pie del altar de Santa Sofía. Dice la leyenda que en aquel momento Mahomed exclamó ante el pueblo que le seguía:

—¡Sólo Allah es grande y misericordioso!

Y lo que exclamó Mahomed lo exclamamos también nosotros, pero sin levantar la voz: lo murmuramos...

Sólo Dios nos oía, nuestro Dios y el Dios de todos los hombres, y El no había de castigarnos si en aquellos parajes y con las reminiscencias suscitadas por aquellos objetos visibles, le dábamos el nombre de Allah.

Lo esencial era que rendíamos homenaje a la obra sublime levantada por manos humanas para reverenciar al Autor de cielos y tierra, adorado por quienes edificaron templos para alabarlo, ora en las riberas de los ríos de la India, ora en las arenas líbicas, fuese en las llanuras del Bajo Egipto o en la risueña Grecia, fuese en los ásperos bosques célticos, fuese donde fuese.

Ver a Santa Sofía, hallarse bajo su cúpula, tocar con las manos aquellas piedras, es comprender en pocos momentos y de una manera inolvidable lo que la lectura de historiadores y arqueólogos da a entender de una manera insinuante y lenta.

Aquel templo dice con elocuencia suma que la humanidad es *una*; que los pueblos cuyas diferencias parecen enormes, nacen, todos, y crecen, predominan y se mueren para ser levadura de nuevas

Decididos a volver de nuevo a Santa Sofía sin compañeros de fonda, ni guías charlatanes, ni parejas de novios, y sin turistas de la Agencia Cook, acudimos al llamamiento del sacristán que, desde abajo y agitando un manojo de enormes llaves, nos hacía señas para que descendiéramos.

El hombre había abierto y cerrado las puertas de rúbrica y deseaba que nos largáramos pronto a la calle para hacer entrar otra ronda de visitantes, que otro *cicerone* le anunciaba ya.

Caminábamos depacio hacia la puerta, cuando el sabio de las gafas de oro preguntó al *cicerone* dónde estaba la huella de la mano sangrienta de Mahomed II, que, según rezaba su *guía*, se veía muy bien en una de las columnas, a la derecha del Mirab.

Y el *cicerone*, levantando el brazo y extendiendo la mano, mostró en una columna, y a una altura considerable, unas manchas bermejas (venas del mismo mármol, sin duda), que verdaderamente semejaban la estampa de una mano humana.

—¿Tan arriba? —exclamó, sorprendido, el buen señor. —Diga usted que el tal Mahomed II debía cabalgar un caballo como una torre.

—Sería que cabalgaba en un camello —añadió la recién casada con angélica ingenuidad.

Entonces el sacristán, que no había dicho «esta boca es mía», y que, según lo demostró, entendía la lengua en que se había hecho la pregunta... con voz de fagote desafinado, y defectuosa pronunciación, pero claramente, clarísimamente, dijo sonriendo:

—¡Sobre dos camellos!

Y el hombre nos miró a todos con ironía, recogiendo en el bolso la propina que le dábamos.

¿De quién se burlaría aquel sacristán turquesco?

¿De nosotros? ¿De la mano sangrienta de Mahomed II?...


J. PIN Y SOLER

DICHO Y HECHO, por Macaya

EL VERANEO GEOGRAFICO DEL PRESIDENTE

Se dice que para tomarse unos días de descanso S. E. irá a los sitios indicados en este mapa

1.º BUENOS AIRES: de donde saldrá y a donde volverá rápidamente. — **2.º ROSARIO:** Permanecerá 8 horas.— **3.º MAR DEL PLATA:** Permanecerá 5 horas. — **4.º MARTINEZ:** Permanecerá un cuarto de hora. — **5.º SAN JUAN:** Permanecerá el tiempo necesario para conocer la fisonomía de Cantoni. — **6.º CORDOBA:** Pasará de largo.

Tenemos noticias de que el señor vicepresidente no se hace ilusiones al respecto, pues sabe que el doctor Alvear viaja con banda y bastón.



PREPARATIVOS DE CARNAVAL
Noel. — ¡Saquen de ahí ese mascarón! Tiene una nariz como la mía. ¡Basta de irreverencias!



OTRA OFERTA
— Señor Firpo: ¿quiere usted entrenarnos para las próximas elecciones?



CANTILO. — ¡Diablos! Esta tormenta me hizo perder el sombrero.

Inauguración



El Presidente de la Sociedad Anónima Bilz, Sr. Federico J. Kussrow, leyendo su discurso en el acto inaugural de la nueva fábrica, modelo en su género, perteneciente a la empresa.

UN CASTILLO HISTÓRICO

En el presente año tendrán lugar en Nápoles grandes fiestas, para celebrar el séptimo centenario de la Universidad Napolitana fundada en 1224 por el emperador Federico II.

Con este motivo el Municipio de Nápoles ha emprendido el aislamiento y la restauración del Castel Nuovo, que se llamaba la Bastilla de Nápoles, pues muchos prisioneros políticos fueron encerrados en ella.

En este castillo, construído en 1283 por Carlos I de Anjou, han tenido lugar numerosos acontecimientos históricos. Es en él donde el rey Fernando I de Aragón atrajo, con pretexto de una fiesta nupcial, a sus rebeldes barones, que mandó precipitar acto seguido en los subterráneos.

La tradición llega hasta a decir que fueron devorados por un cocodrilo, especialmente entrenado en esta clase de festines.

En uno de sus subterráneos se guardan todavía cuatro momias revestidas de sus suntuosos hábitos: una es la de un cardenal que, según se dice, fué estrangulado; otra es la de un general, y, en fin, otra es la de un dignatario de la corte y... la de una dama decapitada.

¿En qué circunstancias hallaron estos personajes la muerte? No se sabe.

IPERBIOTINA



Estimulante de los nervios.

Estimulante del cerebro.

Estimulante de los músculos.

La **Iperbiotina Malesci** es un elemento de reparación del organismo; favorece la modificación de la sangre; tonifica y ayuda a conservar la vida, resistiendo a las enfermedades.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci. Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

UNICO CONCESIONARIO - IMPORTADOR EN LA REPUBLICA ARGENTINA:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 **BUENOS AIRES**

Colonia Marítima Obrera Miramar



Jóvenes obreras que gozan de los beneficios que les proporciona la Colonia Marítima Obrera, al facilitarles una temporada en estas hermosas playas; donde poniendo higiénico paréntesis a su labor, recuperan fuerzas y pasan alegres momentos de expansión.



APASIONADA

«Nicomedes: Yo te adoro.
Por ti río,
por ti lloro,
por ti siento mucho frío,
por ti hiervo y me acaloro,
por ti paso muchos días sin hablar con mi cuñado
que es un hombre muy letrado,
por ti vivo desolada, y afligida y ojerosa,
fastidiada y fastidiosa,
por ti noto que me vuelvo de un carácter endiablado.
¿No podrías, Nicomedes,
aceptarme de buen grado?
Di que puedes,
Nicomedes adorado.
Yo soy joven y no fea, bondadosa y elegante,
toco el piano y la guitarra, y me llamo Neptalina,
algo entiendo de cocina,
leo a Dante
y no suelo ser coqueta.
No murmuro
ni procuro,
cuando voy en bicicleta,
asombrar a los que miran a una joven tan discreta.
En diversas ocasiones
has probado que eres listo.
Aprovecha, Nicomedes, aprovecha, pues ya has visto
que me sobran condiciones.
A montones
hay muchachos conocidos que me tienen gran aprecio
y me elogian mis baladas
y mis rimas delicadas.
¡Les desprecio!
Desde un polo al otro polo
hallo que uno es relamido y otro tiene faz adusta.
Tú eres, sólo,
Nicomedes quien me gusta.
Puede ser que el torpe vulgo se sorprenda y no comprenda
esta carta que te envío por Dominga, la mucama;
pero a ti no te sorprenda.
No es costumbre que una dama
se declare de este modo tan sincero y tan valiente;
y la gente dirá horrores
de la carta y de la autora. ¡Qué me importa de la gente!
Yo, señores
(no te asombres demasiado de este arranque tribunicio),
soy moderna, muy moderna, y desdeño el artificio
poco humano
con que suelen hablar otros de noviazgos y de amores;
yo me voy derecha al grano.
Y, por eso, te repito,
Nicomedes, que te quiero.
No es delito,
considero,
el decirte que te adoro y el pedirte que me quieras
y el contarte que me muero
al saber que eres amigo de unos mozos calaveras,
ignorantes y algo brutos,
que andan siempre de aventuras por el centro y las afueras.
¡Disolutos!
Yo no sé si tienes plata, dueño mío, o no la tienes;
yo no sé si es tu manera de pensar como la mía,
pero digo cada día:
— Me conviénes.
Si te leo mis estrofas,
me imagino que las puedes escuchar con toda calma,
y sé bien que no te mofas,
Nicomedes de mi alma.
Podré siempre recitarte,
sin temor a tus censuras, sin temor a molestarte,
mis sonetos a la luna.
No lo dudes un momento, ¡y a casarnos en seguida!
Por fortuna,
tú eres sordo, sordo, sordo, Nicomedes de mi vida.»





NERON
SHIMMY de MILLAN-IRIBARNE-VALDEZ
CANTADO POR EL DUO
GARDEL-RAZZANO
SOLO C. GARDEL
DISCO Nº 18083
EJECUTADO POR LA JAZZ-BAND
F. CANARO
CON SERRUCHO
DISCO Nº 6944
Discos Dobles "NACIONAL"
Exclusividad Max Glücksmann
DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL» de 25 centímetros a $ 3.25
18083 NERON. Shimmy. (Solo Gardel). Millán-Iribarne-Valdez. Tierrita. Tango. (Solo Gardel). Caruso-Bardi.
18089 Tierra del Fuego. Tango. (Solo Gardel). F. Lomuto. Cartitas Perfumadas. Tango. (Solo Gardel). Caruso-Greco.
R. FIRPO. Orquesta Típica y Jazz-Band.
Discos dobles «NACIONAL» de 25 cent. $3.—
6229 ¡Sombras!... Tango. F. Pracánico. Vencedor. Tango. R. Firpo.
6237 El Zorzal. Tango. C. Portela. Aure. Vals. A. Santoro.
6238 Nut-Sey-Fagan. Jazz-Band. E. Breuer. Mi Pecado. Tango. R. D'Agostino.
Las Novedades de la Semana y los EXITOS EN BOGA
F. CANARO Orquesta Típica y Jazz-Band.
Discos dobles «NACIONAL» de 25 centímetros a $ 3.—
6944 NERON. Shimmy. Con serrucho. Jazz-Band. Iribarne-Valdez. La Ratonera. Tango. J. Bohr.
6954 La Rica. Tango. A. Rosquellas. Marquesita. Tango. A. Rosquellas.
6956 Amelia. Vals Boston. E. Marchiano. Pobre Madrecita. Tango. A. Greco.
E. YRIBARREN American Jazz-Band.
8015 Neath Egyptian Skies. (Bajo los cielos Egipcios). Shimmy. J. Wálter. Woman of Heart. (Mujer de corazón). P. Cimaglia.
8016 My Sweetie Went Away. (Mi novia se fué). Shimmy. S. Hánderson. Saxophobia. (Solo de saxophon por Liberman). Wiedoeft.
ORQUESTA TIPICA PACHO. (Juan Maglio)
7414 La Cantinerita. Tango. J. Di Clemente. Alondra. Tango. A. Danesi.
MARIO A. PARDO
(Tenor, con acompañamiento de guitarra).
6575 Aire Santiagueño. Herschel-Lomuto. Vuelve al Acero la Vaina. Tango. Solo de guitarra. M. Pardo.
Fonógrafo Glücksmann sin bocina.
La máquina parlante más perfecta y barata. Precio con 200 púas .... $ 45.-
MAX GLÜCKSMANN
CALLAO Y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA Y LAVALLE
ROSARIO CORDOBA 1048
MONTEVIDEO 18 de JULIO 966
Nuevos Discos Nacional
Nuevos Discos Nacional

De Tigre

Autoridades locales y destacados vecinos que concurrieron al acto de la inauguración del nuevo edificio que ocupará la Sociedad de Bomberos Voluntarios.

Miembros de esta prestigiosa entidad, quienes por la humanitaria y peligrosa tarea que realizan, han merecido unánimes aplausos del vecindario.

En la Playa de Quilmes

Grupo de pequeños aficionados que participó en el primer Concurso de Natación.

Niños efectuando ejercicios de gimnasia sueca bajo la dirección del profesor Vázquez.



Al aire libre, todo invita a su KODAK

Todas las Kodaks son Autográficas

Kodak Argentina, Ltd., Calle Paso 438, Buenos Aires

Cartas de París:

LA DEPRESION ESTIVAL

COMO LUCHAR CONTRA LA ACCION ABRUMADORA DE LOS FUERTES CALORES

Todos los seres vivos son sensibles a las variaciones del medio. Pero, sin duda a causa de la complicación y de la delicadeza de su sistema nervioso, el más sensible de todos es el hombre, cuyo equilibrio fisiológico se halla comprometido por sólo algunos grados de temperatura de más o de menos.

He aquí porqué, el verano, por poco cálido que sea, y sobre todo si es tormentoso, causa el malestar de tantas gentes. El apetito desaparece juntamente con el sueño, se trastornan las funciones orgánicas, en particular las funciones digestivas y circulatorias, los músculos son blandos, los nervios aflojados, el vigor y la actividad disminuyen, para dar lugar a la postración, a la atonía, a la fobia del esfuerzo. No debemos contar con la sobrealimentación para restaurar la energía desfalleciente. Como el paciente no tiene ni el deseo de comer, ni el poder de digerir, ésto sería entrar en un círculo vicioso.

Lo más sencillo y lo más seguro, es introducir en la sangre elementos galvanizadores.

Estos preciosos elementos existen bajo la forma de FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN. Cuidadosamente seleccionadas entre las variedades más activas de fermentos de uvas de países cálidos, estas levaduras vivientes deben a sus orígenes el hallarse de antemano aclimatadas a las más altas temperaturas animales. Una vez instaladas en el organismo debilitado, prosiguen en él su evolución y desempeñan el papel de una especie de policía repurgante, microbicida, antitóxica y dinamógena, estimulando las reacciones defensivas, neutralizando todos los agentes mórbidos prontos a aprovechar el debilitamiento estival.

Los resultados no se hacen esperar. La sangre purificada vuelve a correr más roja y más viva, los nervios recobran su tensión normal, se regularizan todas las funciones, y la depresión desaparece. El paciente se convierte en otro hombre, porque, gracias a esta medicación fácil, y sobre todo agradable, ha encontrado dentro de sí mismo el resorte necesario para desafiar las amenazas de las temperaturas más tropicales.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se enviará gratuitamente a los que lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Bs. Aires.



PROBIDAD



o, la historia de aquella célebre Lotería de provincia será para otra ocasión — dijo el doctor Jiménez de Albornoz, encendiendo con calma su cigarro. — Merece capítulo aparte, y hoy tengo deseos de contar un hecho real, demostrativo de que la corrupción cunde más cuanto de más alto viene, porque, propagado el contagio por los que mandan, hasta para los mejores resulta difícil, si no imposible, escapar a él. El pueblo viene a ser, entonces, como la familia de aquella del refrán que había hecho su igual, no sólo a la hija, sino hasta a la misma manta que las cobijaba.

— ¡Siempre pesimista, doctor! — exclamamos.

— Eso dicen de mí — replicó Jiménez, — pero no se es pesimista por criticar lo malo y sacarlo a la vergüenza. Se es, por el contrario, optimista cuando se cree — como creo yo — en la posibilidad del remedio: el médico no desahucia por el simple hecho de diagnosticar, aunque sea una enfermedad muy grave... Pero vamos al grano.

Y comenzó a la manera antigua.

⌧ ⌧

Pues, señor, érase que se era cierta república vecina, teatro de continuas convulsiones, más frecuentes y formidables que las mismas sufridas por nosotros — aunque nos parezca no tener nada que envidiar a nadie a ese respecto. — Justo es decir que, después de muchas calamidades, ese país, rico y hermoso, ha entrado hoy resueltamente y con felicidad en el camino del progreso moral y material — como dicen los diarios, — y que, en cuanto a legislación y administración va poniéndose — si no está ya — a la cabeza de las naciones latinoamericanas.

Bueno, pues. Tras de una larga serie de presidentes sin energía o sin partido y tiranuelos sanguinarios o sin escrúpulos, reinaba — que no gobernaba — a la sazón el peor de todos, un dictador cruel, arbitrario y desvergonzado, hombre en quien no se sabía qué admirar más, si lo bárbaro o lo deshonesto. Su reinado fué una orgía...

El dictador, con todo, no dejaba de tener cierta generosidad a su manera, puede que natural y propia — lo que no sería extraño, dada la idiosincrasia sudamericana — puede que inspirada solamente por la necesidad de conquistar prosélitos, pues los mismos tiranos tienen que buscar apoyo y rodearse de amigos... necesariamente comprados.

El caso es que una tarde, mientras paseaba seguido por sus edecanes y custodiado por su policía secreta — más visible cuanto más secreta — nues-

tro dictador se encontró en la calle con un viejo condiscípulo a quien había perdido de vista desde las aulas, y que aquel día, bajando la cabeza, trató de pasar de largo junto a él.

Reconocióle a la primera mirada aunque estuviese harto envejecido y demacrado y vistiese un traje por demás raído, y sospechando que fingía no verle para no saludarle, como demostración de menosprecio, lo interpeló con el fin de saber a qué atenerse:

—¡Hola, Carlos!

— Buenas tardes, excelencia, — contestó el interpelado, deteniéndose en seco.

—¡Qué excelencia, ni qué excelencia! ¿Ya no somos amigos? — dijo el dictador con su tonito de oficial compadre.

— Buenas tardes, Máximo, si lo prefieres.

— ¿Qué es de esa vida? ¿Dónde andas metido? ¿Por qué no vas nunca a verme?

— ¡Qué quieres, Máximo! ¡Como para visitas!... Llevo una vida de perros, estoy en la miseria, y no he ido a verte porque en la grandeza se olvida a los amigos pobres y a veces se les ofende con una limosna que no piden.

— Pues yo no te he olvidado — exclamó, efusivo, el dictador. — ¡Cómo no acordarme del más brillante de mis condiscípulos, del compañero de correrías en la niñez! No caviles más y acompáñame a la casa de Gobierno porque ya iba de vuelta. Quiero que me pongas al corriente de tu vida. Has de tener mucho que contar... Y no perderás el tiempo, no, porque estoy dispuesto a ayudarte.

— Nada pido, Máximo — replicó Carlos X., con altivez, pero sin enojo.

— ¡Qué hombre éste! No he querido ofenderte. Dije mal. Es posible que te necesite, ¿estás contento así?

— Te lo agradezco, Máximo.

Y echaron a andar, juntos.

Carlos X. tenía talento, pero mala suerte, y en aquella época, con el país trastornado, la fortuna particular solía sufrir formidables fluctuaciones. Y producida la ruina, con o sin culpa del paciente, ni la iniciativa, ni la inteligencia, ni el trabajo servían por el momento para sacarlo a flote.

— Los tiempos malos y los negocios peores — contó Carlos cuando estuvieron sentados tomando el mate que les servía un negrito ordenanza — me han conducido, en efecto, a una situación realmente desesperada. En pocos años y aunque nunca haya cesado de trabajar sin descanso, se me fué por un camino cuanto me dejó mi padre — que no era mucho — y cuanto había conseguido ganar anteriormente por mis cabales, que no era poco... Una empresa constructora de barrios nuevos me llevó media res, una sociedad industrial casi toda la otra y el resto nos lo hemos ido comiendo para vivir... A tal extremo que hoy en día ni mi pobre mujer, ni mis cuatro hijitos tienen ya una pilcha que ponerse — no digo empeñar — y en casa suele faltarnos el imprescindible zoquete de «tumba» nacional... Lo último que nos queda por perder es el buen humor y la energía... Ahora me ves de puro levitón corrido — o más bien «trama» de levitón — y puede que mañana o pasado me encuentres descalzo y de frac — porque ya no me queda bueno más que el frac de mi casamiento, despreciado hasta por los mozos de café que se surten en las ropavejerías...

Hablaba como en broma, con esa delicada ligereza que suelen ostentar en la desgracia los hombres de estas tierras, para quienes los reveses de fortuna son fenómenos naturales nunca sin remedio.

El dictador permanecía silencioso, reflexivo, hasta que, de pronto:

— Eras muy fuerte en cálculo — dijo.

— Así, así.

— Has de ser un buen administrador.

— De lo que no es mío, sí, porque no me aventuro; de lo que es mío... basta con mirarme.

— ¡Perfectamente! — exclamó su excelencia. — Ya encontré.

Escribió unos renglones, tocó el timbre y ordenó al empleado que acudía.

— Esto al Ministro de Hacienda. Que es urgente. Dígale que el presidente está esperando.

El empleado salió corriendo a tiempo que Carlos se levantaba, muy grave, muy digno, sin la sonrisa irónica que antes le iluminaba el rostro.

— ¡Muchas gracias, Máximo! — exclamó; — muchas gracias, pero ya te he dicho que no pido ni recibo limosna. ¡Ni de mi mejor amigo! Gracias a Dios todavía puedo trabajar y ya encontraré trabajo.

Había tomado el sombrero para retirarse y tendía la mano al dictador.

— ¡Quién habla de limosna! — replicó éste. — Porque mandaba ese papel al Ministro de Hacienda, has supuesto . . . Pues no se trata de semejante cosa... ¡Vaya! deja el sombrero, siéntate y sigamos conversando como buenos amigos.

— Yo había creído...

— Habías creído mal.

El negrito, como un azacán, seguía acarreando mate.

— ¿Qué te parece esta yerba que me traen especialmente del Paraguay?

Y la charla tomó el rumbo de las generalidades familiares y se engolfó en los recuerdos comunes hasta que — sin mucha tardanza — llegó el empleado con un documento extendido en papel de oficio.

— Sírvase Su Excelencia.

El dictador recorrió rápidamente el escrito, que ya llevaba una firma, lo firmó a su vez mientras el escribiente se retiraba. Y encarándose con Carlos:

— ¿Quieres trabajar? — preguntó. — ¿Quieres ayudarme a servir al país?

— ¡Qué duda cabe!

— Pues toma.

Y pasó el papel a Carlos que leyó con verdadera estupefacción, volvió a leer como temiendo haberse equivocado y por último se precipitó hacia el gobernante, tropezando en los muebles, enredándose en la alfombra, tendiéndole los brazos y exclamando:

— ¡Pero éste es un cuento de las Mil y Una No-

ches! ¡No es posible! ¡Nada menos que Administrador General de Aduanas! ¡Oh, Máximo, Máximo! ¡Me devuelves la vida! ¡Eres mi segundo padre!

El dictador le estrechó la mano con cierta emoción, satisfecho de aquel entusiasmo, sonriendo ante la felicidad de su condiscípulo y pensando quizás en que el obrar bien suele traer consigo sus satisfacciones. Pero si lo pensó no tardó en olvidarlo.

—De algo han de servir los amigos — dijo. —Ahora, anda... y que aproveche.

Carlos X. corrió a dar la buena nueva a su familia, que vió, naturalmente, el cielo abierto; y no durmió aquella noche combinando planes de administración ejemplar.

Impaciente, como parejero que ve a sus competidores en la cancha, a primera hora acudió a las oficinas para tomar posesión de su puesto y comenzar sin tardanza sus tareas regeneradoras.

— Hay que hacer una barrida general para que el pobre Máximo no siga siendo el blanco de las calumnias de la oposición. Se necesita un buen escobazo, y yo lo daré sin pararme en barras.

Porque para él era la evidencia misma que si el Presidente le nombraba Administrador General de Aduanas, conociendo su acrisolada integridad, era porque deseaba sanear esa repartición, una de las más corrompidas si no la más corrompida de toda la máquina gubernamental. No se nombra a un ciudadano cuya honradez se mantuvo intachable en medio de la mayor miseria, precisamente cuando todo el mundo se infectaba de indelicadeza y latrocinio, — para que siga cometiendo los delitos de que se hicieron reos los demás, sino para que cure, para que cauterice la llaga.



Y nuestro hombre trabajó con alma y conciencia haciendo prodigios de iniciativa y de energía, pero sin lograr en la administración el cambio radical que soñaba. Sus quejas, sus pedidos de destitución de empleados inútiles o depravados, se empantanaban en el Ministerio de Hacienda y ya no salían ni para atrás ni para adelante. El contrabando seguía imperante, sobre todo en los puertos y fronteras difíciles de inspeccionar a causa de la distancia, pero como había disminuído algo, especialmente en la capital, donde él tenía su asiento, la renta pública aumentó en cantidades apreciables.

—¡Qué sería si el Ministro de Hacienda no me pusiese trabas! ¡Lástima que Máximo no lo sepa! ¿Porqué no debe de saberlo...? Pero yo se lo diré, ¡vaya si se lo diré!

Estrellándose sus excelentes intenciones en la inercia o la mala fe del Ministro, la obra de Carlos resultaba deslucida, apenas diferente de la de sus antecesores, motejados con razón de corrompidos y venales, cuando no simplemente de émulos de Caco. Y el infeliz sufría con los injustos y violentos ataques de la oposición que lo denigraba, sobre todo en la prensa extranjera, porque la del país estaba preventivamente amordazada, y bien amordazada ¡vive Dios!

— Así acusan también al pobre Máximo — pensaba. — Pero eso no me consuela, porque se me está haciendo una iniquidad!

Lo peor es que los amigotes del Gobierno comenzaron también a minarle los cimientos porque trabajaba contra sus intereses. Resultaba demasiado incómodo, no sólo para los contrabandistas «derecho viejo», sino también para los comerciantes — y séquito — que, valiéndose de aquéllos, acrecentaban sus beneficios por un lado y hacían por otro desleal y ruinosa competencia a sus colegas, que o más honrados o menos listos, se atenían hasta cierto punto a la observancia de las leyes aduaneras, y en menor escala a las cifras de la tarifas de avalúos; porque esas cosas no se respetan completamente sino a la fuerza. Pero contra esta mar de fondo, y contra algunas oleadas visibles ya, porque sus crestas solían aparecer en forma de noticias insidiosas en los periódicos paniaguados, Carlos creía contar con un arma infalible.

— Máximo me sostendrá hasta el fin de mi campaña — se decía.

Pero cierta mañana vió, con asombro bien comprensible, un suelto del diario oficioso anunciando su inminente renuncia e indicando ya el nombre del presunto sucesor.

Azorado, pero convencido de que se trataba de un error, acudió a la casa de Gobierno y pidió una audiencia que le fué inmediatamente concedida.

— ¿Qué te trae por acá? —preguntó el dictador.

— ¿Has visto esta noticia? — dijo Carlos, contestando con otra pregunta y presentándole el periódico.

— Sí. Yo mismo la he mandado publicar.

— ¡No puede ser! ¿O es que me destituyes, que me quitas de buenas a primeras el pan de mis pobres hijos?

—¡Cómo de buenas a primeras! ¿Cómo que te quito el pan? ¡No me vengas con historias! ¿Cuánto tiempo hace que te nombré Administrador General de Aduanas?

— Va para un año.

— ¡ Y no te basta con eso! ¿Cuánto has ahorrado?

— Ni un vintén.

— ¡No es posible!

— El sueldo no es grande, y los gastos son muchos. ¡Saldré del empleo como entré en él, con una mano atrás y otra adelante!

— ¡Se necesita ser tonto!... ¡Vaya! no te aflijas... No hay nada de lo dicho. Pero, y entiéndelo muy bien, dentro de seis meses me presentarás la renuncia. Tengo otros amigos que ayudar...

¡Y esta vez no seas guiso!...

ROBERTO J. PAYRÓ

Bodas de Oro y Plata



Los esposos Careni-Scaglia que han celebrado sus bodas de oro matrimoniales. — Temperley.



Señor Antonio Sánchez Arias y señora, que festejaron el 50.° aniversario de su enlace. — San Martín.



Señor Urbano Lariccia y señora, que celebraron recientemente sus bodas de plata. — San Andrés de Giles.



Señor Blas Sabatino y señora Luisa Nancuso, que han conmemorado el 25.° aniversario de su matrimonio.



Los esposos Martínez - Badano, que han celebrado recientemente sus bodas de oro.

Señora:

Para que sus vestidos adquieran la característica de la moda, y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la

Casa Izquierdo
490, Carlos Pellegrini, 490

y adquirir uno de sus famosos **Corsés** o **Fajas**, únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.

CANOL La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.
Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

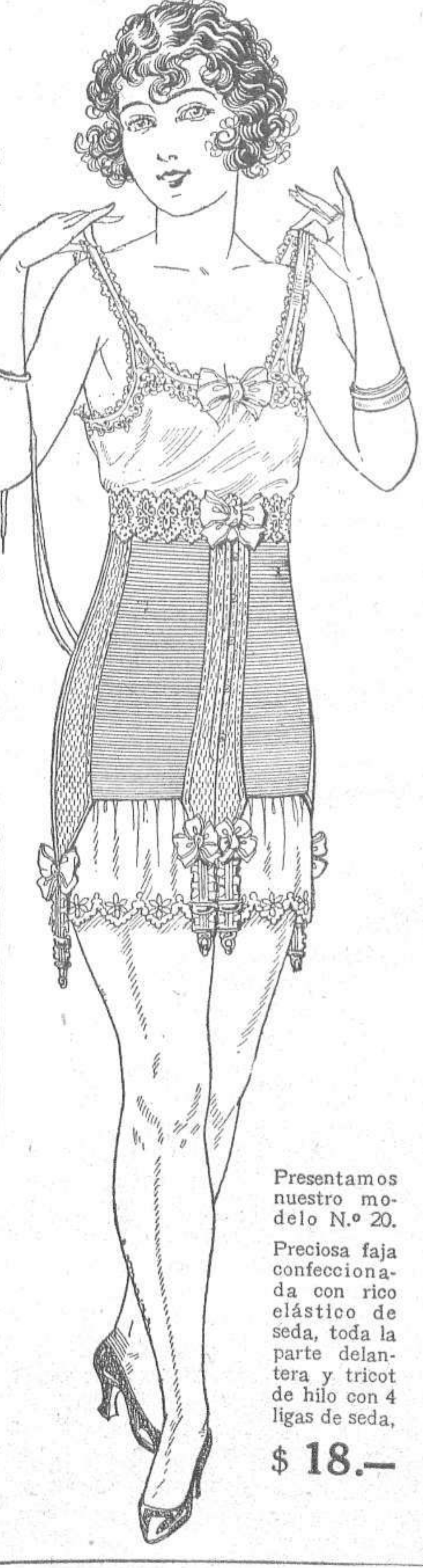
Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República... **$ 8.—**

Unico Concesionario para la América del Sud:
CASA IZQUIERDO
Carlos Pellegrini, 490. — Buenos Aires.

Solicite nuestro nuevo catálogo.

Casa Izquierdo
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
Carlos Pellegrini, 490.—Bs. Aires.
UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313



De Gerli



Núcleo de alumnas de la Escuela de Corte y Confección que sostiene la Sociedad de Fomento e Instrucción, a quienes les fueron entregados en una hermosa fiesta pública los premios instituidos por el Gobernador, señor Cantilo, y por la Comisión Directiva de ese entidad.

CREAMOS EN DIOS

La imposibilidad en que estoy de probar que Dios no existe me descubre su existencia.

Siento que hay un Dios y no siento que no existe; con esto basta, pues todos los argumentos del mundo son inútiles; concluyo, pues, que hay Dios. Esta conclusión está en mi naturaleza; recibí los principios muy fácilmente en mi infancia, y los he conservado muy naturalmente en edad más avanzada para sospechar que sean falsos principios. Pero hay espíritus que se deshacen de ellos, se me dice· yo quisiera encontrarlos; y si de veras los hay, eso me probará únicamente que hay monstruos.

LA BRUYERE.

VIVAS DESPUÉS DE 25 DÍAS DE ESTAR SEPULTADAS

Cuatro muchachas japonesas, estudiantes en la escuela superior de Yokohama, quedaron sepultadas bajo los escombros durante el terremoto y fueron sacadas vivas después de haber permanecido allí por espacio de 25 días sin comer. Los encargados de los trabajos de salvamento encontraron a las muchachas debajo de un alto arco de roca, en donde habían vivido sin tomar nada más que un poco de agua que se filtraba en aquel sitio. Ahora están convaleciendo en el hospital.

Los estados están a pique de perecer cuando la recompensa del mérito llega a ser el precio de la intriga.

La vanidad es el recurso del que poco vale. — ANTISTHENO.

Lo que Toda Mujer Ansía

Una linda cabellera es lo que da mayor realce a la Belleza femenina y esto se consigue empleando

Stallax



Se aplica al cabello con un paño, esponja o cepillo.

La Naturaleza ha dotado a toda mujer de una hermosa cabellera, suave y sedosa, llena de bellos tonos y colores, cabellera que debe ser la gloria de toda hija de Eva y el encanto seductor, capaz de rendir a todos los componentes del sexo feo.

Y cuando una mujer ha perdido ese magnífico dote natural, que es su derecho, es siempre porque ha descuidado su conservación o porque ha seguido procedimientos errados, empleando jabones fuertemente cargados de álcalis, o shampoos ya preparados y no apropiados a su clase de cabello, haciendo que éste pierda su brillo, su ondulación, su vida... y sin que ninguna forma de peinado logre disfrazar su manifiesta fealdad.

No ha mucho, un celebrado "coiffeur por dames", de París, descubrió que el stallax granulado forma la base de un shampoo ideal — lavado de cabeza — cuya fuerza puede ser graduada de acuerdo con la distinta naturaleza de cada clase de cabello, y que

El stallax resulta aun más conveniente por su fácil preparación.

Al efecto se echa una cucharada de stallax granulado en una taza de agua caliente, dejando que se disuelva perfectamente. La exacta cantidad necesaria para cada clase de pelo es fácil de averiguar después de una o dos pruebas.

Luego se frota muy bien con la punta de los dedos hasta obtener una espuma blanca que deja al cabello libre de polvo, tierra, caspa, sudor, grasitud y demás substancias extrañas, tan nocivas para la salud y el aspecto del pelo. Finalmente se seca la cabeza con una toalla caliente.

En cualquier farmacia, perfumería, peluquería, o tienda de cierta reputación, se vende el stallax, sea en pequeños paquetes del valor de 25 centavos, cantidad suficiente como para hacer dos abundantes shampoos, o en cajas del precio de $ 3.50 que contienen tanto stallax como para 35 ó 40 lavados de cabeza o shampoos.

Porqué las actrices nunca envejecen

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perfecta juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!" Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar un poco de cera pura mercolizada en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de arrugas y otras fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden a aprovechar esta lección?

La contabilidad es pura retórica, dice un tenedor de libros

Te parece a ti — me preguntó una vez Sebastián Bermejo — que si un comerciante compra al contado 500 pesos en mercaderías, Mercaderías le deba 500 pesos a Caja?

— ¿Quién te ha dicho ese disparate?—le contesté.

— Mi profesor de contabilidad.

— Pues debe ser algún impostor. ¡Empecemos porque las mercaderías están pagas!

Sin embargo, al siguiente día me dijo Sebastián Bermejo:

— Estábamos calumniando al profesor, al sospechar de su seriedad. Hoy me ha convencido de que tiene razón.

— ¿De modo que si yo compro al contado 500 pesos en mercaderías, resulta que todavía quedo debiendo lo que pago?

— ¡No! eso no — protestó Sebastián Bermejo. — Tú no debes nada. Pero Mercaderías le debe a Caja 500 pesos.

— ¿Pero, no ves que esa es una cosa sin sentido? Además, ya te dije: ¡Empecemos porque las mercaderías están pagas!

— No, es que tú no entiendes. Si yo te entrego a ti 500 pesos, tú me los debes. Quien recibe debe a quien entrega. Cuando tú compraste las mercaderías, quien recibió fué *Mercaderías* y quien entregó fué Caja. Luego, Mercaderías debe a Caja.

— ¡Sofisma! — exclamé indignado. — O el otro te ha sugestionado o tú te has vuelto también un impostor.

Pero Sebastián Bermejo hablaba de buena fe; y él, que al principio no quería creer en las desconcertantes lecciones de su profesor, acabó por poner, también él, academia de contabilidad, y enseñarles la misma cosa a sus alumnos; y lo hace con tan sincera convicción, y lo sostiene con tan ardiente vehemencia, que todos acaban por convencerse de que en efecto Mercaderías le debe 500 pesos a Caja.

Más tarde tuve ocasión de hablar acerca de esto con un viejo tenedor de libros.

— Siendo usted hombre de letras — me dijo él — me admira que no lo entienda.

— ¿Y qué tienen que ver las letras con la contabilidad? — le contesté.

— ¿No suelen ustedes decir que el amor es ciego?

— *No somos nosotros solamente; somos todos,* menos los oculistas.

— Bueno, pero cuando nosotros decimos que el amor es ciego, ¿no hablamos de él como si fuese una persona? Bien; en tal caso, cometemos la figura llamada personificación; personificamos al amor.

— He ahí una cosa que, a lo que yo veo, la saben mejor los tenedores de libros que los hombres de letras. Por mi parte, siempre que he cometido esa figura ha sido inocentemente.

— Pues mire usted aquí, en este tratado de Retórica, si eso no es una figura llamada personificación.

En efecto, allí decía que cuando hablamos del amor como de una persona, cometemos una figura llamada personificación.

— Bien — añadió él — cuando usted dice que su bolsillo paga, ¿no personifica usted a su bolsillo? El tenedor de libros hace la misma cosa cuando dice que la Caja paga, cobra o debe, o que Mercaderías entrega o recibe: las personifica.

— Pero ¿cree usted que si yo compro al contado 500 pesos en mercaderías, Mercaderías le deba a Caja, tanto si ellas están personificadas como si no lo están? ¡Aquí te quiero ver, escopeta!

— ¿Cree usted que el amor atraviese con flechas los corazones?

— Hombre, si yo estuviera tan fuerte en retórica como usted, diría que eso es una alegoría.

— Pues la contabilidad es una alegoría. ¿Caja ha pagado? Si Mercaderías recibió lo que ella ha pagado, *Mercaderías le queda debiendo el importe.* Mañana, habiéndose efectuado una venta, Caja recibe el importe de lo que Mercaderías ha entregado y entonces Caja le debe a Mercaderías.

Ahora yo había comprendido. No se trataba de deudores ni acreedores reales, sino alegóricos.

Acudí corriendo a lo de Sebastián a ver si todavía estábamos a tiempo de arrancarle de su error.

— ¿No te decía yo? — exclamé. — Caja debe, pero hablando en sentido figurado, como cuando yo digo que mi bolsillo paga; y Mercaderías le debe a Caja, pero también en sentido figurado, como cuando decimos que el amor traspasó un corazón con una flecha.

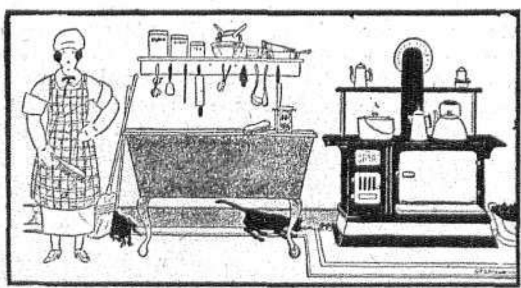
Pero Sebastián no quiso escucharme. Su profesor, a fuerza de repetírselo, le había impreso tan profundamente que Mercaderías le debe realmente 500 pesos a Caja, y él se ha confirmado tanto en ello a fuerza de repetírselo a sus alumnos, que es imposible quitárselo de la cabeza.

—*¿Mercaderías ha recibido?*—dice.—Luego, debe. ¿Caja ha entregado? Luego, Caja es acreedora. Luego, Mercaderías debe a Caja. ¡Y si debe, que pague!

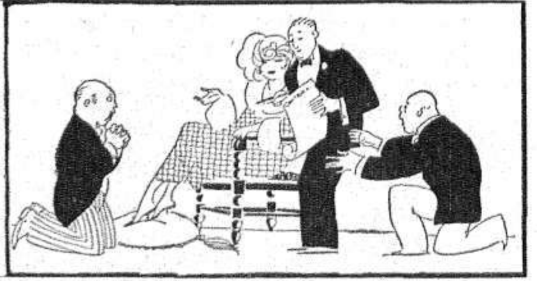
Y como si dictase una sentencia condenatoria, escribe en una hoja de papel:

Mercaderías a Caja, 500 pesos.

Enrique M. Ruas



EL GIMNASIO DE LA VERDADERA MUJER.



CONCURSO DE EMPRESARIOS DE CINE
Decidiendo a cuál se digna aceptarle más plata.



De funcionamiento
y duración
garantizado
Los más altos premios
en todas las
Exposiciones.
Angelus
El piano automático perfecto
Toda persona sin distinción de edad y sin tener nociones de música, puede ejecutar instantáneamente con este maravilloso piano automático, cualquier repertorio musical, por variado y difícil que sea, como si lo hiciera un célebre concertista.
Su adquisición no desnivela ningún presupuesto, dadas las GRANDES FACILIDADES que concedemos para las VENTAS A PLAZO.
Solicítenos catálogo, precios y condiciones o visite nuestra casa.
BREYER Hnos
FLORIDA 414 — Bs. AIRES
SUCURSALES:
LA PLATA, calles 7 y 55 N.° 601.
B. BLANCA, San Martín, 252.
TUCUMAN, 9 de Julio, N.° 90.
MENDOZA, San Martín, 1374.
PARANA, General Urquiza, 525.
CORDOBA, San Martín, 234.

CARNAVAL 1924

FESTEJE a Momo llevando a su hogar la alegría que proporciona una buena música. Aproveche las Ofertas Extraordinarias de la "CASA AMERICA"

GUITARRAS AMERICA

Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

N.º 3013. — Muy buena **GUITARRA** de voces inmejorables, construída con maderas bien estacionadas.......... $ **14.—**

N.º 3015. — **GUITARRA** construída en madera extrafina de nogal con cenefa alrededor de la tapa armónica.......... $ **19.—**

N.º 3017. — Rica **GUITARRA**, gran tamaño, construída en fina madera de nogal con adornos de mosaicos.......... $ **23.—**

N.º 3004. — Regia **GUITARRA** con boca de estrella, instrumento fino y recomendable.......... $ **30.—**

N.º 3005. — Preciosa **GUITARRA VALENCIANA** legítima, en fina madera de nogal de los Pirineos.......... $ **39.—**

Con cada guitarra regalamos el método América para aprender sin maestro. — El embalaje es gratis. — Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico aumentando su precio en $ 3.—. Otros modelos de guitarras hasta $500. — Solicite catálogo N.º 23.

VIOLINES tipos auténticos de STRADIVARIUS

N.º 4100 bis. — **VIOLIN** modelo Conservatorio. Completo con estuche, arco y pez.......... $ **33.—**

N.º 4101 bis. — **VIOLIN** de Orquesta. Completo con estuche, arco y pez.......... $ **38.—**

N.º 4102 bis. — **VIOLIN** de Salón. Completo con estuche, arco y pez.......... $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **VIOLIN** de Gran Orquesta. Completo con estuche, arco y pez.......... $ **53.—**

Otros modelos de violines desde $ 25.— hasta $ 2.500.—. Solicite catálogo N.º 24.

MANDOLIN MODELO DE CATANIA

N.º 5613. — Regio instrumento maderas finas, escudo calado, incrustaciones de nácar. — Con **FUNDA** y método para aprender sin maestro... $ **25.—**

Otros modelos de Mandolines desde $ 11.— hasta $ 350.—. Solicite catálogo N.º 25.

ACORDEONES finos, de las afamadas marcas AMERICA y PIEMONTE

N.º 6012. — Acordeón "AMERICA" de 8 bajos y 19 voces. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.......... $ **21.—**

N.º 6014. — Acordeón "AMERICA" de 8 bajos y 19 voces. Tamaño mayor. Con método y embalaje gratis.......... $ **26.—**

N.º 6015. — Acordeón "PIEMONTE" 8 bajos y 19 voces de acero. Con método y embalaje gratis.......... $ **30.—**

N.º 6016. — Acordeón "PIEMONTE" 8 bajos y 19 voces de acero. Esquineras STRADELLA. Con método y embalaje gratis.......... $ **45.—**

Grandioso surtido en acordeones a Piano, Semitonados y Cromáticos, únicamente artículos finos y modelos de STRADELLA. — Solicite catálogo N.º 26.

CONCERTOLA

La máquina parlante de mérito que se distingue por su tono y líneas artísticas. Toca toda clase de discos "CON y SIN PUA".

N.º 451. — **Bonita CONCERTOLA,** mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **45.—**

N.º 310. — **Preciosa CONCERTOLA,** con puertita, motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **55.—**

N.º 341. — **Rica CONCERTOLA** para mesa. Mueble en nogal de Italia o terminación caoba. Tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis a pesos.......... **99.50**

N.º 4. — **Hermosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.... $ **125.—**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.... $ **150.—**

N.º 5. — Regia **CONCERTOLA** de salón, mueble fino en roble o terminación caoba con armario guarda discos. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.... $ **250.—**

N.º 5 bis. — **Magnífica CONCERTOLA** *de salón, mueble en* rica madera de roble o terminación caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, a pesos.......... **330.—**

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo Estilo Luis XV, regio mueble en roble o caoba, membrana, brazo y demás accesorios dorados a fuego. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **380.—**

Acordamos facilidades de pago para la adquisición de las concertolas 4 bis, 5, 5 bis y 9. — Soliciten informes.

CONCERTOLAS PORTATILES DE VIAJE

IDEALES PARA EXCURSIONES PICNICS, FIESTAS CAMPESTRES, Etc.

OFRECEMOS TRES MODELOS CADA CUAL MEJOR a $ 85.—, 99.50 y 130.—

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979. BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES

NO CERRAMOS LOS SABADOS

SOLICITE GRAN CATALOGO ILUSTRADO de DISCOS N.º 22.

De Villa Domínico



Núcleo de distinguidas familias que concurrieron a presenciar el torneo de tennis realizado bajo los auspicios de la Sociedad Hispano-Suiza.

LOS GASES VENENOSOS

Los gases venenosos, el mayor horror de la guerra europea, están produciendo excelentes efectos en la paz.

Han sido empleados para combatir las plagas de roedores. Por medio de tuberías se lanza el gas, igual que el agua, y en pequeña cantidad se esparce por las paredes y los techos de las habitaciones calientes en donde las moscas se han refugiado durante el invierno y quedan muertas en el acto. De este modo las formidables plagas portadoras de tantas pestes se irán disminuyendo.

También se usan los gases venenosos para destruír los insectos que devoran árboles y plantas.

El país en que hay más mariposas es el Uganda. Algunas veces, se ven campos enteramente cubiertos de capas blancas o amarillas formadas por estos lepidócteros.


PRODUCTOS SUPREMA
En las próximas carnestolendas.
Si quiere Vd. verse rodeado por un sinnúmero de admiradores que ensalcen sus encantos atrayentes y seductores, sólo es necesario que embellezca su cutis con los
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO SUPREMA
De perfecta adherencia y mucho aroma.
AGUA COLONIA SUPREMA
Perfume delicioso, suave y distinguido
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. Gral. de PERFUMES PRODUCTOS SUPREMA
Bolívar, 1725 - P. BURS & Cía. - Buenos Aires.
A toda dama que lo solicite se remite GRATIS una muestra del Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Grupo de alumnas egresadas recientemente de la Normal Mixta.

DESCUBRIMIENTO DEL PAPEL SECANTE

Un día, en una fábrica de papel, sita en los collados del Berkshire, sucedió que al hacer, como de costumbre, cierta cantidad de papel, se le olvidó a un operario, por descuido, añadir a la pasta cierta cantidad de un ingrediente llamado sisa. Todo el papel se malogró, y, como se dió por inservible, se echó a un lado, y el operario sufrió el correspondiente regaño por su descuido. Poco después de haber sido arrojado el tal papel al desecho, el dueño de la fábrica, teniendo que hacer un apunte, tomó para ello un trozo de aquél, y se incomodó al ver cómo se corría la tinta por todo el papel, pero después se le ocurrió que dicho papel podría servir para secar la tinta tan bien como la secaba la arena. Escribió, pues, en buen papel y probó a ver si el que se había malogrado secaba bien la tinta, y resultó que sí, y hasta muy bien. El fabricante, entonces, anunció su descubrimiento y lo puso a la venta con el nombre de «Papel Secante».

Como los guiñapos rojos no podían servir para la fabricación de papel ordinario, por no poderles sacar del todo el color, sirvieron para papel secante, y por eso todo el papel secante fué en un principio de color rojo. Aquellos trapos solían desperdiciarse antes de llegar a emplearse para la fabricación de papel secante.

Nadie es buen juez de su propia reputación.

La ignorancia es siempre una desgracia, y no pocas veces un crimen.

GOYO

—¡Chua, chua, jua! ¡Juí, jua, jua, jua! ¡Uiru, uiru, uiru! ¡Chua, chua, chua! ¡Juera «Lechuza»!

Pero a pesar de todos los gritos, de las embestidas con los caballos, de los ladridos de los perros, la hacienda se movía con desesperante lentitud. Un ternero asustado disparó campo afuera, haciendo que la madre saliera en su busca.

—¡Délon güelta, délon güelta! — gritaban los reseros a los perros. Estos, ladrando furiosamente, amenazaban con morderlos, saltando alrededor de ellos o mordiéndolos en los garrones. La vaca se revolvía con rabia, mientras el ternero asustado trababa su acción; hasta que viendo Goyo, el peoncito, que era inútil la acción de los perros, se le apareó con su caballo al ternerito y, a lonja, lo llevó hasta el arreo. Era un hermoso espectáculo ver a ese gauchito sobre el lomo de su brioso caballo, empujando en su carrera, con el pecho del animal, al ternero que corría asustado.

—¡Goyo!... ¡Vas a quebrar a ese ternero! — le gritó el capataz.

Goyo no oía. Iba ensimismado en su loca carrera, y hasta que no vió al pobre animal meterse entre la hacienda no le dió tregua. Desde allí el ternero balaba hacia el sitio donde estaba su madre luchando todavía con los perros, que no le daban descanso. Atropellaba con la cabeza gacha mugiendo siempre dolorosamente.

—¡Juera! ¡Juera! — gritaban los peones.

La vaca, rabiosa, atropelló con decisión a uno de los perros, al «Lechuza», y logró alcanzarlo con sus cuernos. Tal ímpetu puso en la embestida, que lo llevó hasta el alambrado, en uno de cuyos postes hizo hincapié, traspasando con el cuerno el cuerpo del animal. Los gritos desesperados de éste amedrentaron a sus compañeros, que se retiraron ladrando siempre.

La vaca, que sentía al perro sobre su cabeza, se revolvía con furia, amenazando matarse contra el alambrado.

El capataz, Oliva, y Soto, presenciaban esta escena sin tomar ninguna determinación. Goyo, mientras tanto, desató el lazo que llevaba prendido a un costado del recado, lo acomodó, lo hizo girar por encima de su cabeza hasta que formó un perfecto círculo y lo arrojó con mano segura sobre la cabeza del vacuno. El círculo del lazo se fué estrechando velozmente en el aire, con elegancia, hasta llegar a la cabeza del vacuno, a la que aprisionó. Goyo dió un latigazo a su caballo, que corrió unos metros, para detenerse cuando la vaca sintió sobre su pescuezo la soga que la aprisionaba e hizo fuerza para desligarse de ella. Castigó nuevamente a su caballo, que se afirmó en sus patas traseras, levantó las manos, y en un violento esfuerzo dió en tierra con el cuerpo de la vaca, que cayó sudorosa, cansada, con la lengua fuera y los ojos dados vuelta.

—¡Saquelén al «Lechuza», pues! — gritó Goyo.

—¡Vas a ahorcar esa vaca, animal! — contestó el capataz mientras bajaba de su caballo con su lazo ya suelto. Se arrimó a la vaca, que mugía lastimeramente, le maneó las patas y le puso un pie sobre la cabeza.

—¡Aflojále, pues! — gritó.

Goyo hizo retro-



ceder su caballo. El capataz aflojó el lazo. La vaca respiró con fuerza, levantando una nubecita de polvo junto a sus narices. Genaipe sacó el perro — que ya había muerto — del cuerno y lo tiró a un costado; luego le sacó los dos lazos a la vaca y le dió un puntapié para que se levantara al tiempo que emitía un sonido gutural y levantaba los brazos para asustarla. La vaca se alzó pesadamente sobre sus rodillas y se dirigió hacia el arreo.

— Mire un poco — dijo Oliva — todo el tiempo que nos ha hecho perder esta porquería.

— ¡Pobre «Lechuza»! — agregó Goyo, mirando al perro, que tenía una horrible herida en un costado.

— Cha digo con el gauchito, teniendo lástima de un animal. ¡Qué no será de un cristiano! — dijo con burla Soto.

— Vamos, vamos, basta de lloros; eso queda bien pa las mujeres. Hay que meterle si queremos que no nos agarre el agua — dijo el capataz. Y uniendo la acción a la palabra, montó a caballo, atropelló a los primeros animales al tiempo que gritaba: ¡Vacaaa!

De nuevo empezó la hacienda a moverse lentamente y de nuevo se oyeron los gritos de los paisanos.

— ¡Uiru, uiri, uiru! ¡Chua, chua, chua, chua! Los perros, al lado de las patas de los caballos, marchaban silenciosos, cansados, con la lengua afuera.

— Nos va a agarrar el agua — comentó Goyo.

— Y qué, ¿le tenés miedo acaso? — le contestó Soto.

—No es por mí; es por vos que me da lástima.

— Vealón al gauchito retobón. ¿De ande sacás esas contestaciones? Te las enseña el patrón, siguro.

— Cayáte, negro trompeta, o te vas a arrepentir de venir al lado mío.

— ¡Ja, ja, ja!... ¡Lindo gaucho pa!...

— Vamos a ver; ¿qué hacen juntos? — los interrumpió el capataz — hay que apurar la hacienda, no sea cosa que nos agarre en campo raso... Se van durmiendo sobre el caballo — siguió rezongando el capataz.

Goyo se separó de Soto, mirándolo fijamente en los ojos. Este, a su vez, le devolvía la mirada con una sonrisita en la que quería expresar todo su desprecio por el gauchito que se había ganado ya la confianza del patrón de «El Destino».

El cielo se ponía por momentos más bajo y más negro. Los relámpagos se sucedían casi sin interrupción. La obscuridad iba impregnando al campo de una languidez enfermiza y contagiosa. Empezó a soplar un viento frío y fuerte.

— ¡Metanlén, metanlén! No se duerman en las pajas. A ver vos, Goyo, apurá un poco esa hacienda — gritaba el capataz.

— ¡Uiru! ¡Chua, chua, chua! — se oía a los cuatro paisanos a la vez. La hacienda entonces se movía más ligero.

— Si alcanzáramos a recostarla sobre el monte... — dijo Soto.

— ¿Pa qué? — replicó Goyo, devolviéndole ataques anteriores.

— ¿Pa qué?... Pa que no te enfermés de pulmonía...

— ¡Ja, ja, ja! No ti v'y a llamar a vos pa que me la curés.

— ¡Ja, ja, ja! — Y mirando a Goyo para que le alcanzara toda su intención, gritó;

— ¡Vaca, vacaaa!

Y Goyo, a tiempo que se retiraba de su lado, en la misma forma le contestaba:

— ¡Guacho, guachooo!



Ya se sentía el asfixiante olor a tierra mojada. A lo lejos se veía una brillante cortina que por momentos se acercaba más. Unas gotas grandes cayeron y en seguida un fuerte chaparrón se descolgó.

Faltaban aún unos doscientos metros para llegar hasta un monte que sería un buen abrigo para pasar la noche. En poco tiempo más llegaron. La hacienda se recostó sobre el monte. Las vacas se apretaban unas contra otras formando una admirable defensa para sus hijos.

— ¡Vamo adentro'el monte!—gritó Oliva.

Costaba trabajo hacerse entender entre el ensordecedor ruido de los truenos, el viento azotando los árboles y el agua copiosa que caía.

El capataz, Oliva y Soto conversaban entre ellos. El primero dirigiéndose a Goyo le dijo:

— Vos te vas a quedar aquí, que no se vaya campo ajuera ningún animal.

— Si no se va a dir ninguno... con el agua que está cayendo...

— Pero, vealón a éste. Quiere enseñarle a uno lo que son arreos. Vos te quedás aquí y nada más.

—Es el miedo... de mojarse—dijo con sorna Soto. Y taloneando su caballo se internó en el monte.

— ¿Miedo?... Ya no ti acordás parece... — le gritó Goyo con todas sus fuerzas. Se refería a cierta vez que en un boliche del pueblo salvó a Soto de una apremiante situación.

Entraron los tres paisanos al monte. Desensillaron. Ataron los caballos a los árboles. Llovía mucho menos adentro y no se sentía el viento helado que cruzaba la pampa.

Goyo se quedó solito, con el amplio poncho sobre sus hombros que cubría hasta las ancas del caballo; el sombrerito le chorreaba agua.

Comprendía en ese momento toda la injusticia de esos hombres viejos casi, para él, que se creía un hombre, pero que no era más que un niño.

«¿Miedo? — se repetía — ¿miedo? ¿a qué? Capaz de romperles el alma a los tres juntos, disgraciaos.»

No sabían, por cierto, todo lo que valía este gauchito que efectuaba su primer arreo. No sabían todo lo que era capaz de dar este gauchito de diez y seis años, al que le iba saliendo un ligero bozo sobre el labio superior y cuya voz tenía tonalidades desagradables como de campana rota.

«¿Miedo yo? —se decía. Nunca le reculé a naide».

El viento hacía entrechocar los árboles con violencia; la lluvia caía cada vez más fuerte; los rayos atronaban el espacio infundiendo terror.

Goyo en su caballo, de espaldas al viento, miraba cómo los relámpagos se sucedían abriendo enormes tajos al cielo, como si lo desgarraran con un cuchillo; así como cuando él, una vez, al cruzar un alambrado de púa, se rasgó el primer poncho que tuvo. Y sonreía ante el recuerdo.

De pronto un rayo zigzagueó en el espacio dejando una claridad inusitada en la llanura. Goyo vió los otros montes, las estancias, las parvas de pasto, como enormes monstruos que vinieran cabalgando; los molinos como gigantes con zancos, todo lo vió en un segundo, y la chispa eléctrica cayendo sobre su hacienda. Y, en seguida, el ruido ensordecedor que terminó por aterrorizarlo y cortarle la respiración. Sintió que no podía sostenerse en el caballo, oyó una vez más el mugido lastimero, dolorosamente largo, de las vacas, y se

sintió despedido violentamente de su cabalgadura.

Luego, no supo más.

Diez días pasó Goyo entre la vida y la muerte, al cabo de los cuales fué mejorando lentamente, hasta que un mes después del accidente pudo de nuevo subir a su querido caballo, que tan mal lo había tratado.

Estaba delgado, pálido y muy débil. Recordaba con vergüenza su desmayo y sobre todo su caída. Esperaba por momentos que saltaran las pullas de sus compañeros, guardadas hasta entonces por una suerte de conmiseración por lo mucho que había sufrido.

No tardaron en llegar, sin embargo. Hirientes siempre, parecía que estaban guardando el momento propicio para que fueran más crueles. Soto era el que más se ensañaba; como chimango sobre los ojos de una vaca muerta.

— Entuavía tenés el lomo sucio — le decía.

Goyo guardaba silencio; un silencio triste, revelador del enorme cansancio de su alma y de su cuerpo, aun no curado del todo.

— Cuando uno se mama — continuaba Soto — y se cae del caballo, siempre pierde algo... Vos no estabas mamao cuando te cayiste, pero el miedo es como una borrachera, y ¡claro! algo habías de perder y perdiste l'habla.

Los paisanos sentados ante el fogón festejaban con carcajadas las palabras de Soto. Goyo lo miró. Había en su mirada algo tan extraño, algo tan raro, que Soto se quedó en silencio.

— Debe ser lindo volar — dijo otro paisanito al tiempo que alcanzaba el mate a Goyo.

— No, gracias, no v'y a tomar — dijo éste, y se levantó y salió al patio.

Recostado en un árbol, contempló el cielo cargado de estrellas. Sus ojos se detuvieron en el *Puñal*, hermoso y brillante. La noche bien obscura lo destacaba en el fondo azul fuerte del cielo. Recordó que la madre sabía decirle que con ese *Puñal* Dios mataba a los hombres malos y que era tan grande porque había muchos hombres malos en el mundo.

— Pa los hombres malos — se decía, y un nudo en la garganta lo ahogaba.

— Pa los hombres malos... Pa Soto el primero, claro.

Y el recuerdo de su madre que había sido tan buena con él, le llenó los ojos de lágrimas. ¡Qué vergüenza! Si lo viera Soto con los ojos brillantes ¡qué no le diría!

Hacía mucho tiempo que no veía a su madre, casi dos años. Desde que se fuera de cocinera a una estancia que quedaba muy lejos, muy lejos, allá en las montañas.

— Pero va a venir, va a venir... Y ella que era tan buena, tan buena, lo llevaría. Pero, ¿cómo era que no lo había llevado? Le resultaba extraño. No, no lo había llevado porque no podía, claro, porque no podía. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?... Porque no podía...

¡Tan, tan, tan!, sonó la campanita llamando a comer.

Silenciosamente los peones abandonaron sus sitios y se dirigieron a la cocina.

— ¿Y vos no vas, Goyo?

Goyo se dió vuelta. Al sentir una voz tan amiga toda su alma vibró quizá espantada. Hacía tiempo que no oía pronunciar su nombre con tanta suavidad. Era el patrón, don Pedro.

— No, don Pedro, no tengo ganas — contestó.

— Tenés que alimentarte, muchacho... dejate de tonterías; vení, vamos al comedor.

— No, don Pedro, muchas gracias.

— Vení, hombre, vení que estoy solo, hacéme compañía.

Goyo no pudo resistir, a pesar de que descontaba todo el odio que esta comida le acarrearía de parte de los peones. Sin embargo, estaba contento. Olvidó las bromas de sus compañeros, las frases hirientes de Soto; todo lo olvidaba cuando sentía una voz que tuviera tonalidades más cálidas de las que acostumbraba a escuchar.

Poco tiempo después se efectuaba en «El Destino» la hierra, la fiesta del paisano por excelencia. La estancia hormigueaba de gente que había llegado de los alrededores y aun de lejos «pa dar una manito» decían, mas, en realidad, para *tumbear*, embriagarse y jugar.

Aquel domingo a la tarde se llevaría a cabo una importante jugada de taba. Por la mañana habían arreglado la cancha, regándola y apisonándola para que estuviera en condiciones de *clavar el güeso*.

Ya estaba reunido el paisanaje. Los gritos haciendo apuestas se cruzaban amenazadores en el aire. Decididamente les iba mal a los de «El Destino». Perdían todos, a pesar de que habían estado ensayando con esa misma taba desde tiempo atrás.

Tenía en ese momento la taba en la mano, Soto.

— ¡Hay cincuenta pesos de banca! — gritaba. — ¡Hay cincuenta pesos de banca! ¡Hagan juego, señores, hagan juego!

— Al que espera, veinte pesos — dijo Goyo.

— ¡Pago! — abarajó en el aire Soto. — ¡Hagan juego, señores — proseguía, mientras hacía dar vueltas a la taba en la mano, — hagan juego!

Seguían cruzándose apuestas: ¡Al que espera! ¡Al que tira! — se oía. Soto se dirigió hacia el sitio donde debía caer la taba y le pasó el pie para alisarlo. Un paisanito que estaba en cuclillas al lado de Goyo, gritó:

— Perro que escarba...

Soto se dió vuelta. Rápido e iracundo se encaró con Goyo:

— Más perro será tu... — le gritó haciendo ademán de sacar el cuchillo. Al ver la actitud resuelta de su rival, Goyo dió un paso atrás, pero ya varios paisanos habían tomado al primero de los brazos mientras otros le decían:

— Dejeló; no ve que es un chiquilín...

— Sí—decía Soto — por eso no le hago nada... Estos mocosos'e porquería no sirven más que pa sulfurar a los hombres.

Goyo, tranquilo, lo miraba sonriente, con un gesto tal de superioridad que exasperaba aun más a su contendor, quien volvía a acariciar el cuchillo.

— Vaya, amigo, tire el güeso; estamos perdiendo el tiempo. — se oía una voz por ahí.

Soto se dirigió a su sitio. Pálido de rabia, pero seguro de su triunfo, gritó:

— ¡A que es clavada, diez pesos!

— ¡Pago! — le contestó en el mismo tono de voz, Goyo.

Soto hizo revolear la taba en el aire, midió con la vista el sitio donde debía de caer, se acomodó bien y al tiempo que decía:

— ¡A disculparse con el almacenero, señores! — Y arrojó la taba, que, luego de dar dos vueltas en el aire, cayó con admirable precisión del lado del filoso calce.



—¡Traigan l'arao! — gritaban los que habían apostado a la mano de Soto.

Pero bastó un ligerísimo trozo de hierro que había en el suelo para que la taba, luego de picar, se diera vuelta. Soto se quedó pálido de despecho. y al ver la cara de Goyo que sonriendo esperaba que le pagara, su rabia creció. Sacó los últimos cincuenta pesos que le quedaban, pagó a todos los paisanos y cuando le llegó el turno a Goyo, le arrojó el dinero a los pies.

—Tomá — le dijo — mocoso'e porquería; por vos he perdido.

—Entregá esa plata como la gente o te v'y a enseñar lo qui es iducación.

—Mirá quién... o ti has cráido que por que sos el orejano del patrón te vas...

Goyo no oyó más. Rápido sacó su cuchillo, un hermoso cabo'e nácar que le regalara hacía mucho tiempo don Pedro, y se abalanzó sobre Soto.

La oportuna intervención del gauchaje hizo que la riña se frustrase. Separados ambos, la jugada se continuó hasta bien entrada la noche.

Hacia tres días que Goyo había tenido noticias de su madre. Sabía que hasta pasado un año no la vería.

La noche del domingo de la célebre jugada de taba en que los forateros *desplumaran* a los dueños de casa, Goyo, después de cenar, fué mandado a cerrar un molino distante seis o siete cuadras de la casa. Se había levantado mucho viento y hacía frío. Goyo caminaba de cara al viento e iba silbando una polka que oyera cien veces en el rancho del viejo Belisario. Iba tranquilo, repasando los incidentes de ese día. La noche estaba clara y el cielo bien azul.

De pronto, al dar vuelta a una parva de pasto, una voz apagada, de hombre, lo sobresaltó. El no tenía miedo a nadie, no, pero oyó la voz tan de golpe, tan repentinamente, que se atemorizó.

—Así te quería agarrar... mansito... sin que naides nos oiga ni te defienda.

Era Soto. Goyo reaccionó.

—¿Qué querés?

—¿Qué quiero? La pregunta... Romperte el alma, disgraciao!

—¡Ya podés ir empezando! — concluyó Goyo, mientras sacaba con agilidad su cuchillo. Soto tenía el suyo en la mano. Ambos dieron un paso adelante con resolución. Silenciosos, los dos se atacaron. Brillaban las hojas de acero. Ambos esquivaban con agilidad las puñaladas. Se oía únicamente el jadear de los dos y el ruido que hacían los pies al pisar en el pasto seco.

Soto rompió el silencio de la lucha.

—Te v'y a dar una paliza que te vas a acordar toda tu vida...

Goyo no hablaba nada, empeñada toda su atención en terminar cuanto antes esa lucha.

Cuanto más tiempo pasaba menores eran sus probabilidades de éxito. Se sentía débil y por momentos sentía miedo. Cruzaba por su cerebro rápidamente la idea del cuchillo de Soto penetrando en su cuerpo. Y ganas le daban de no defenderse más y dejar librado a su contendor el resultado de la lucha. Mas su amor propio sufrió una violenta reacción cuando oyó entre las palabras conque su adversario matizaba el duelo, aquella que lo hería tan profundamente:

—¡Orejano!...

Y atacó con decisión, con furia, como había visto tantas veces atacar a la vizcacha acorralada por los perros. Sus ojos se habían nublado y un temblor le sacudía el cuerpo. Atropelló a ciegas sin pensar que su cuerpo podía encontrar el cuchillo de Soto. Sintió un grito desesperado de éste y su cuchillo penetrando en el cuerpo de su rival. La embestida los llevó a ambos al suelo. Goyo estaba fuertemente asido al mango, la hoja había desaparecido en el cuerpo de Soto. Este, perdiendo abundante sangre, suspiraba desde el suelo:

—¡Orejano!... ¡orejano!...

—¿Te vas a cayar, lechuza?...—le decía Goyo mientras se esforzaba por sacarle el cuchillo.

—¡Orejano!... ¡orejano!... — seguía Soto en un último suspiro.

Goyo se incorporó con su puñal tinto en sangre para oir por última vez el insulto de Soto:

—¡Orejano!... — luego dobló la cabeza hacia un costado, se agitó en un espasmo doloroso y mordió los yuyos secos.

Recién entonces comenzó Goyo a darse cuenta clara de todo.

Pensó que ese hombre nunca más lo molestaría con sus frases hirientes; nunca más le diría orejano, pero también recordó la comisaría a la que le tenía un terror mezcla de superstición y de vergüenza. Sabía que los que cometían un delito como el suyo, después de la comisaría iban a Mercedes y de allí a Sierra Chica. Y el alma se le llenó de angustia infinita y el corazón se le oprimió por la congoja. El recuerdo de su madre hizo aun más angustiosa su situación y la idea de huir lejos, lejos, se le apareció como absolutamente necesaria. A la casa, sin embargo, no podía volver; quizás se dieran cuenta de que algo grave le ocurría a Soto; los demás peones ya sabrían seguramente que éste había salido a darle una paliza a él. Entonces, resuelto a todo, caminó hasta el cuadro de la tropilla de caballos. Después de no poco trabajo logró arrinconar a uno de los más mansos, al *Mosquito*; le hizo un bocado con la faja que usaba para sujetarse las bombachas y lo montó en pelo. El *Mosquito*, dócil, se dejaba gobernar por medio de golpes, que le daba su jinete en la cabeza.

Y así huyó Goyo de «El Destino». Conocía todas las estancias de los alrededores y no le era difícil esconderse durante el día en los montes, para seguir huyendo durante la noche hasta internarse en La Pampa, donde había oído decir que había enormes extensiones de montes de caldén, donde se ocultaban los hombres que no querían pasar su vida en Sierra Chica.

Y huyendo en loca carrera toda la noche para alejarse cuanto antes de la estancia, veía el Puñal en el cielo diáfano, que se destacaba brillante como justificando su crimen.

Y entonces recordó de nuevo a su madrecita que estaría allá en las montañas deseando que se portara bien, que trabajara mucho, que tuviera contentos a sus patrones. En el cielo intensamente azul se destacaba el Puñal.

—Pa los hombres malos... — y un sollozo ahogó las palabras en su garganta.

Dejó que el *Mosquito* siguiera al tranco, inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró largamente su destino cruel, que así lo obligaba a ser un gaucho errante en la soledad inmensa de los bosques de caldén de La Pampa.

RUIZ DE GALARRETA



GRAN APERITIVO



Miembros de la Sociedad de Patrones Panaderos, que celebraron con un picnic el éxito obtenido en sus negocios.

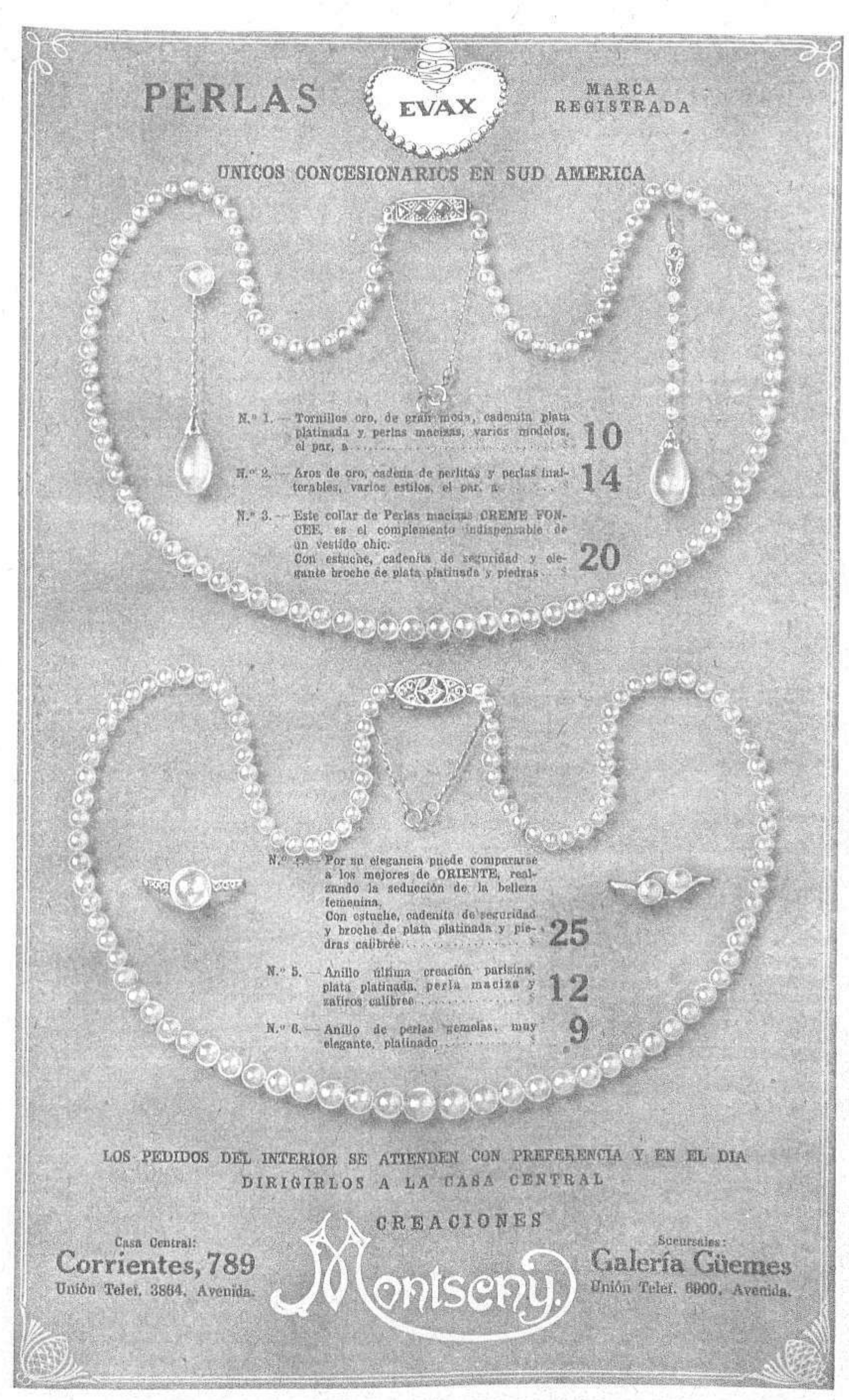
EL SIMBOLISMO DE LA MANO

La mano es el símbolo natural de la fuerza y del poder; por eso la voz «manus» designaba en la antigüedad la autoridad del jefe de familia, sobre todas las personas que estaban «in patria potestate» y todo lo concerniente a la casa.

La mano derecha es símbolo de fidelidad, liberalidad, paz y alianza entre los príncipes y los pueblos. Tanto la alianza como la amistad se expresan por dos manos unidas, simbolizando también la buena fe y la concordia. Así lo atestigua el hecho de estracharse la mano en el saludo y en la ceremonia del matrimonio.

Una mano sobre la cabeza indica seguridad; con el índice extendido, juramento, y en esta forma, sobre los labios, silencio; saliendo de una nube, poder supremo; abierta y derecha, representa la justicia, y una mano alada expresa viveza y presencia de espíritu en la ejecución de un proyecto.

En la Edad Media estuvo muy generalizada la superstición de que la mano abierta y extendida era un talismán contra el mal de ojo y demás maleficios, creencia que aún persiste en algunos pueblos.


PERLAS
EVAX
MARCA REGISTRADA
UNICOS CONCESIONARIOS EN SUD AMERICA
N.º 1. — Tornillos oro, de gran moda, cadenita plata platinada y perlas macizas, varios modelos, el par, a .... $ 10
N.º 2. — Aros de oro, cadena de perlitas y perlas inalterables, varios estilos, el par, a .... $ 14
N.º 3. — Este collar de Perlas macizas CREME FONCEE, es el complemento indispensable de un vestido chic.
Con estuche, cadenita de seguridad y elegante broche de plata platinada y piedras ... $ 20
N.º — Por su elegancia puede compararse a los mejores de ORIENTE, realzando la seducción de la belleza femenina.
Con estuche, cadenita de seguridad y broche de plata platinada y piedras calibrée .... $ 25
N.º 5. — Anillo última creación parisina, plata platinada, perla maciza y zafiros calibres .... $ 12
N.º 6. — Anillo de perlas gemelas, muy elegante, platinado .... $ 9
LOS PEDIDOS DEL INTERIOR SE ATIENDEN CON PREFERENCIA Y EN EL DIA
DIRIGIRLOS A LA CASA CENTRAL
CREACIONES
Montseny.
Casa Central:
Corrientes, 789
Unión Telef. 3864, Avenida.
Sucursales:
Galería Güemes
Unión Telef. 6900, Avenida.

Distinguidas familias que concurrieron a la fiesta social realizada en el domicilio de los esposos D'Estefano - Castagnini, celebrando un grato acontecimiento familiar.





De Los Cardales, F. C. C. A.



Núcleo de familias que concurrió a la fiesta campestre organizada por la Comisión Directiva del centro recreativo "Juventud Unida".

LOS CALVOS Y EL ÁCIDO CARBÓNICO

Un cirujano de cierta ciudad alemana hizo, de un modo imprevisto, el más singular descubrimiento. Debiendo cuidar a un herido cuyo estado requería especiales precauciones, lo trató por el ácido carbónico, empleando una corriente gaseosa puesta en contacto directo con las heridas.

La idea no es enteramente nueva, pero sus consecuencias lo son, y aquí reside lo singular del hecho.

Cuando el herido estaba en vías de curación y el tratamiento prometía dar los mejores resultados, el cirujano echó de ver, con el asombro consiguiente, que la piel sana casualmente tocada por el chorro de ácido carbónico, quedaba en pocos días cubierta de espeso y abundante vello. Como es lógico, lo primero que el médico se preguntó fué si el ácido carbónico tendría la virtud de hacer salir el pelo aun en los sitios donde la piel aparece por naturaleza desnuda.

Como, de ser exacto, el descubrimiento es verdaderamente prodigioso, la cosa merecía estudiarse despacio. Así, nuestro cirujano se apresuró a comenzar una serie de experiencias metódicas con calvos de los dos sexos, y en distintos grados de calvicie. Para ello ha empleado un casquete de caucho encajado en el cráneo, y bajo el cual pasaba una corriente de ácido carbónico. Los calvos sometidos al experimento, vieron al cabo de cinco o seis días, cubiertos sus cráneos de un ligero vello, nuncio de abundosa cabellera.

Desgraciadamente, los periódicos extranjeros no han vuelto a decir ni una palabra ni sobre la forma, ni sobre la naturaleza, ni sobre la génesis de las calvicies tan milagrosamente remediadas, ni sobre la duración del tratamiento, ni siquiera sobre el material operatorio. Pero todo llegará. La fisiología del sistema piloso está todavía por estudiar, y los fenómenos de su crecimiento y de su degeneración se encuentran todavía rodeados de misterios. Después de todo, el ensayar el sistema del cirujano alemán no es peligroso ni difícil, ni puede tampoco ocasionar grandes gastos.

NOTAS SOCIALES

Indudablemente nuestra brillante «Feria de Vanidades» sufre, en la temporada actual, una crisis inesperada muy difícil de clasificar... el elemento *super chic* lamenta, en todos los tonos, la marea incesante de los que quieren disfrutar hoy de todos los privilegios de aquella vida deslumbradora; los recién llegados lamentan, a su vez, el retraimiento inexplicable de las figuras más interesantes y decorativas de la alta vida mundana... la «Feria» tradicional va perdiendo sus más brillantes atractivos: transcurren las horas, opacas y mediocres, mientras el desencanto cunde entre los que creyeron disfrutar del bullicioso deslumbrador espectáculo...

Tal vez recuerden, en medio de desconsolado tedio, que la contemplación del mar puede llenar muchas de esas horas... Pero casi siempre se prefiere contemplar la marea incesante de los que tratan de divertirse a toda costa, a pesar de la crisis inexplicable; sus impresiones merecen anotarse, se lo aseguro a ustedes, lectoras amigas...

Me aseguraba días pasados uno de esos observadores — hombre de letras muy difundido en nuestro ambiente — que aquel interesante desfile femenino le hacía evocar el recuerdo de viejas crónicas, cuando, en la época del Directorio, presenciaba todo París la lucha emprendida entre aquellas célebres figuras que fueron Madame Tallien y Madame Hamelin, lucha que tenía por objeto el poder presentarse en público «de moins vêtue possible...» y respeto el texto francés, porque tales expresiones resultan siempre menos indiscretas cuando se dicen en el idioma empleado por mi eminente amigo... Felizmente — añadía el sagaz observador — los chales y hasta los pañuelos de colores, son detalles muy discretos y oportunos para completar ciertos atavíos... Pero las elegantes y seductoras figuras del Directorio podían ostentar el lujo de los bucles recogidos muy alto sobre la frente, o sujetos en la nuca por las artísticas vinchas *a la grecque*... La moda actual, inexorable como siempre, nos impone esa su *uniformidad*, que destierra el encanto de la nota personal, llena de originalidad, o por lo menos, el sentimiento de independencia para interpretar — cada una según su tipo — su ley ineludible. Peinada, forma de vestido, chal o pañuelo, actitudes, andar, gestos... Alguien ha dicho también que esa legión de figuras juveniles recordaba un lote de primorosas muñecas expuestas por el mismo taller...

Pero hagamos un poco de crónica, lectoras amigas, y sobre todo, escuchemos el amable comentario. A pesar de los innumerables, febriles preparativos, a pesar de la ansiosa espectativa de los veraneantes, han pasado ya las fiestas que debieron ser memorables, dejando una impresión de desencanto; en verdad, la única faz brillante de las fiestas preparadas fué la dedicada a las ceremonias religiosas... y por eso también se ha dicho que la sección social de los grandes diarios pudo haberse encomendado a los cronistas encargados del culto católico...

En las grandes comidas de gala pudieron anotarse muchos nombres, eso sí, y variadísimos, pero pocos, muy pocos detalles de esa exquisita y señoril elegancia de otras épocas... En cambio, para las recepciones preparadas con el refinamiento más perfecto, y a pesar de las invitaciones especiales, se anotaron pocos, poquísimos nombres... Está visto que *todo el mundo* está decidido a hacer su gusto, sin preocuparse de cumplir con ninguna obligación mundana y ni siquiera oficial... ¿Pero qué es en realidad lo que divierte a los habitantes de la «Feria de Vanidades?» Se ha perdido el entusiasmo por el Golf, y sólo se juega — pero no con los bríos de otros tiempos — en las salas de ruleta... Al Hipódromo no se consigue llevar mucha gente, a pesar de la entusiasta propaganda de una simpatiquísima personalidad, que desea conquistar a los aficionados al *turf* con la misma elocuencia del *chat botté* cuando enumeraba los maravillosos bienes del marqués de Carabás.

Pero el síntoma más alarmante en esta crisis inexplicable, es la soledad augusta del centro social más representativo y más inexpugnable, al mismo tiempo, de aquella región maravillosa... Cuenta la crónica maliciosa que las circunstancias actuales imponen al aristocrático club un nuevo nombre, y el ingenio criollo ha encontrado uno de rigurosa oportunidad... «¡La Tumba de Tutankhamon!»

La dama duende.

Buenos Aires, febrero de 1924.

IN MEMORIAM...

Eras tan pálida y preciosa,
eras de luna y de marfil,
eras como una blanca rosa,
eras romántica y gentil.

Eras hermosa de perfil,
eras de frente más hermosa;
eras tan dulce y deliciosa
como un templado día de abril.

Eras mi encanto y mi consuelo;
eras tan bella como el cielo
en una noche sublunar.

¡Y eres solo ceniza ahora,
y eres tristeza evocadora,
y eres recuerdo y suspirar!...

Sólo viví para adorarte,
mujer divina, encantadora.
Sólo sabía idolatrarte
mi corazón, que hoy por ti llora.

Fuiste como una hermosa aurora
para la noche de mi arte.
Dulce mujer, ya muerta ahora
sólo vivía para amarte.

¡Y ahora que estás entre los muertos
mis ratos son como desiertos
nocturnos lúgubres y obscuros...

Y hoy que ya estás con Jesucristo,
a quien amabas, sólo existo
para evocar tus rasgos puros!...

EMILIO PRATS GILL



Concurrentes a la fiesta campestre organizada por un núcleo de vecinos, con el plausible fin de estrechar amistades.

1.640.000 VIAJEROS POR DIA

Este es el número de personas que ha transportado el Metropolitano de París, por término medio, del 1 de abril al 30 de junio. No están comprendidos en esta cifra los viajeros del Norte-Sur.

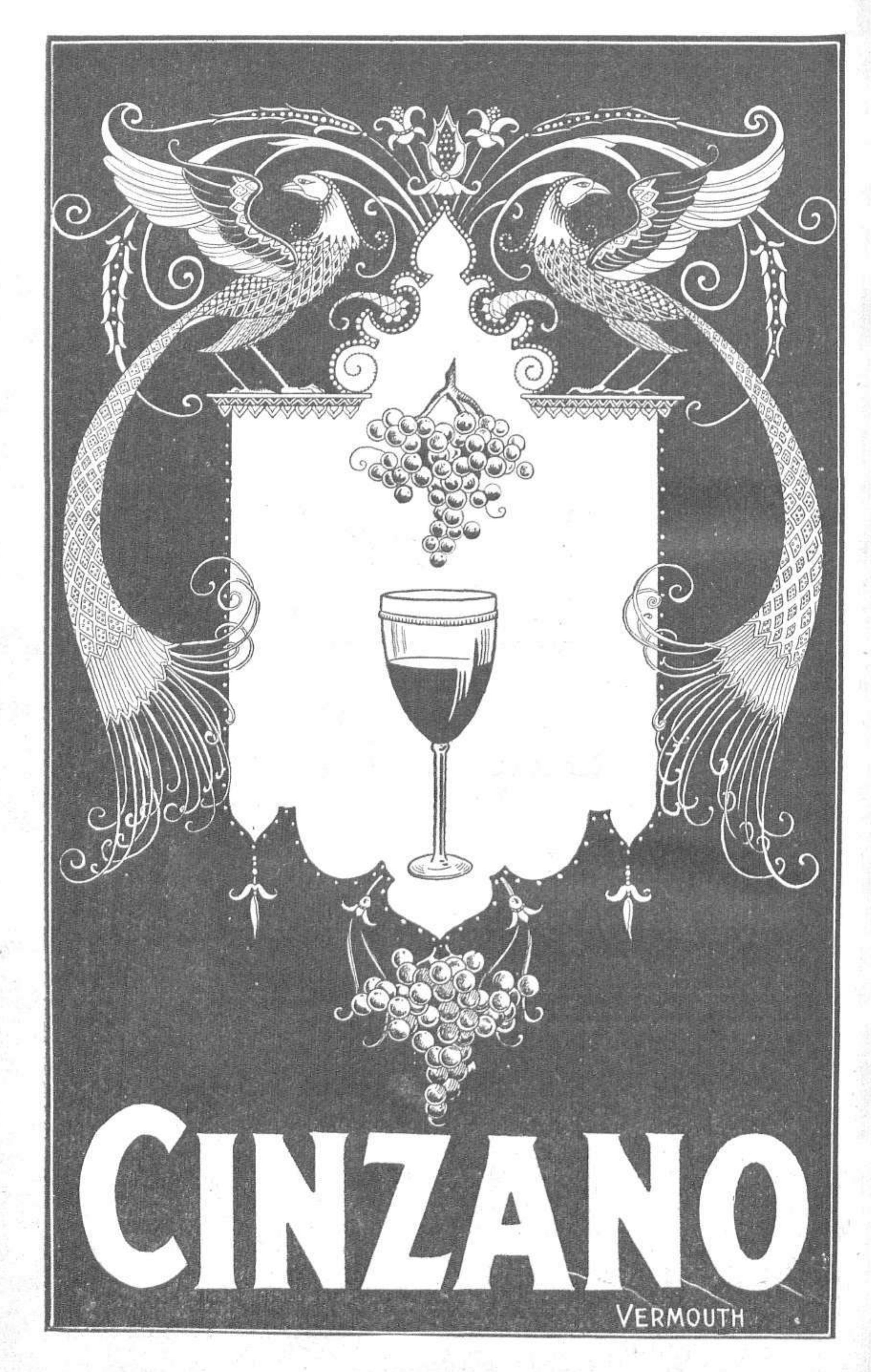
Se han distribuído 32.036.082 billetes de ida y vuelta; 16.105.682 billetes de primera clase; 68.876.809 billetes de segunda, y 31.472 billetes colectivos. En total son: 117.050.045 los billetes expendidos.

Como los billetes de ida y vuelta sirven para dos viajes, se puede asegurar, sin vacilar, que ha habido un total de 149.086.127 personas que han utilizado el Metropolitano.

¡Y pensar que el año 1896, cuando se dió el primer golpe de azada, los más ilustres entre los ilustres afirmaban que los parisienses nunca consentirían en viajar bajo tierra!

Algo de esto ha pasado y pasa en Madrid. ¿El Metropolitano? ¡Qué locura! Esta no es una ciudad industrial, ni tiene dos o tres millones de habitantes, ni las gentes, amantes del sol, se enterrarán para morir asfixiadas un día, etc., etc.

Y, sin embargo, toda proporción guardada, aquí como en París el Metropolitano rebosa de gente...


CINZANO
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 23 DE FEBRERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1325

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LAS NOVEDADES EN EL BALNEARIO ARISTOCRÁTICO

He aquí, sorprendidas por el fotógrafo, las dos novedades introducidas por la caprichosa Moda en la temporada marplatense: la dama que luce, con elegante donaire, una sombrilla japonesa, y el caballero descubierto que muestra, desafiando los rayos solares, el meticuloso «planchado» de sus cabellos, detalle éste que también han ensayado con éxito algunas gentiles veraneantes, aunque, por contraste, dejando la cabellera graciosamente «alborotada».

FOTOS DE VARGAS.

Te danzante



Señoritas y jóvenes que fueron invitados al festival benéfico celebrado por la Comisión de Damas Católicas Pro Infancia que preside la señorita Enriqueta Cordoba.

En el Giulio Cesare



Dos aspectos del concierto vocal e instrumental organizado por la Federación General de Sociedades Italianas a bordo del "Giulio César".

Demostración



Cabecera de la mesa del banquete ofrecido por un núcleo de caracterizados vecinos al ex juez de paz y al secretario del mismo juzgado de la sección 2.ª, Srs. M. F. Janza y J. R. del Camino.

A bordo del Gelria



Concurrentes al festival que se efectuó en los salones del trasatlántico "Gelria" bajo los auspicios de la Asociación de Deportes Racionales y en provecho de sus obras.

NOTAS GRAFICAS



Señora Damiana F. de Giacaglia y señorita Mary Mac Garrel, 1.ª y 2.ª ganadoras de la 8.ª carrera de natación.



Los notables nadadores Tiraboschi y Garramendi con un grupo de aficionados que presenciaron sus demostraciones deportivas durante la visita a la ciudad.



Stas. Amalia Meyer y Elvira Hutchinson, triunfantes en la 5.ª carrera de natación del Club Remeros Alberdi.

Festival de caridad en el Tigre Club



Distinguidos concurrentes al concierto Carlos Olivares que tuvo lugar en el salón de fiestas del Tigre Club a beneficio del Hospital de Caridad de aquel pueblo veraniego del Norte.



Señora Adela Z. de Zavalía y señoritas Matilde, María Adela Zavalía y Lilia Quinteros, luciendo hermosas "toilettes" en el brillante festival.



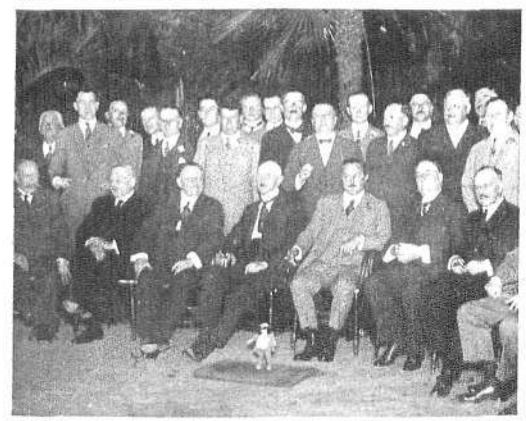
Señorita Sarah Carreras y señores Carlos Olivares y Heraclio Vivié, artistas que tomaron parte en el festival organizado por el segundo.

20.º aniversario de la fundación del club "Aristóbulo del Valle"



Dirigentes y asociados que fueron comensales en el animado banquete que los socios del club radical "Aristóbulo del Valle" celebraron para festejar el vigésimo aniversario de su fundación.

DE ROSARIO



El señor Enrique Kopp, gerente del Banco Alemán, rodeado de un grupo de amigos que le obsequiaron con una comida con motivo de su próximo viaje a Europa.



El doctor Mihura, director General de Correos y Telégrafos, presidiendo la reunión realizada en la Bolsa de Comercio para acordar acerca del nuevo edificio postal y telegráfico.

ELECCION DE CANDIDATOS A SENADOR Y DIPUTADOS POR EL PARTIDO SOCIALISTA



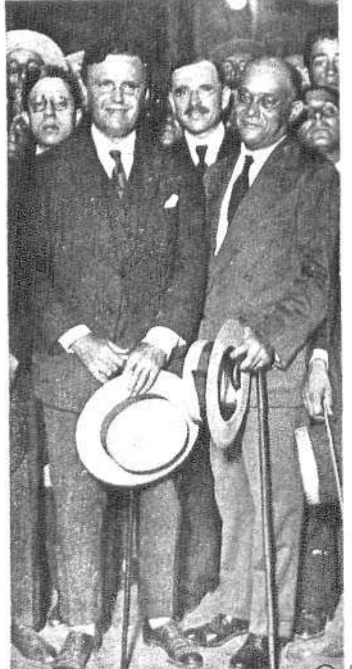
El prestigioso "leader" del Partido, doctor Juan B. Justo, con un grupo de afiliados, después de haber sido electo candidato a senador, por abrumadora mayoría, en la asamblea realizada en la Casa Suiza. Como en casi todas sus reuniones, ésta resultó una disciplinada y correcta demostración partidaria.



El señor Eugenio Albani, uno de los candidatos más votados, presidiendo una de las mesas.



Simpática afiliada en momentos de depositar su voto en la urna, sin duda alguna consciente del derecho que ejercía como ciudadana argentina.







[illegible] Fernando de Andreis. El candidato doctor Héctor González Ira-

POLITICA

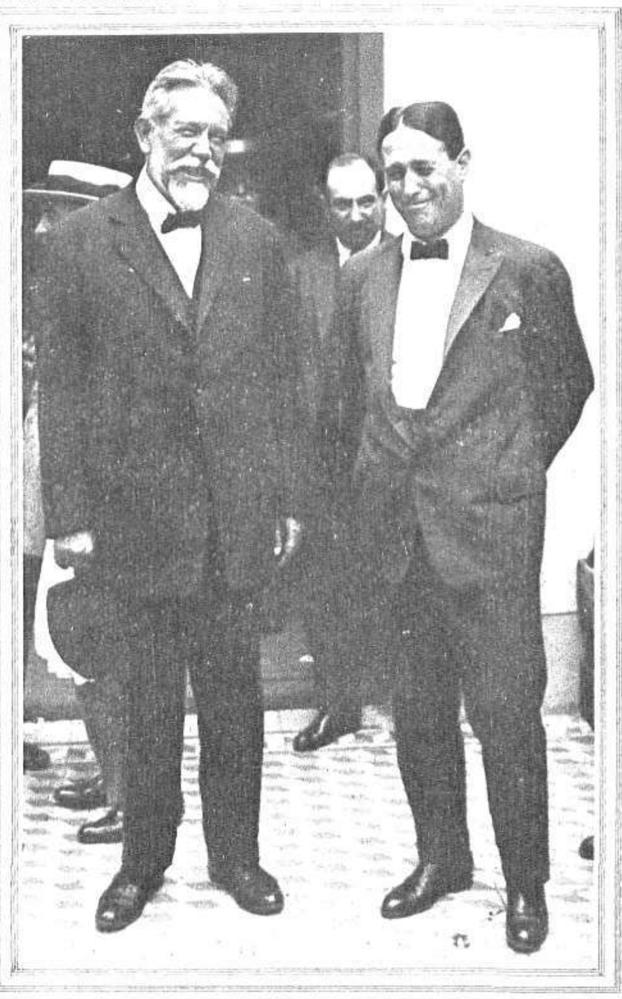
EL PARTIDO CONSERVADOR DE BUENOS AIRES ELIGE SUS CANDIDATOS A DIPUTADOS NACIONALES



El doctor Manuel F. Gnecco presidiendo la reunión en la que se votaron los ocho candidatos que sostendrá el partido en las próximas elecciones.



Los delegados, señores Oscar Ivanisevich y Amadeo Carmelli, y el diputado provincial doctor Salcedo, comentando el resultado de la elección.

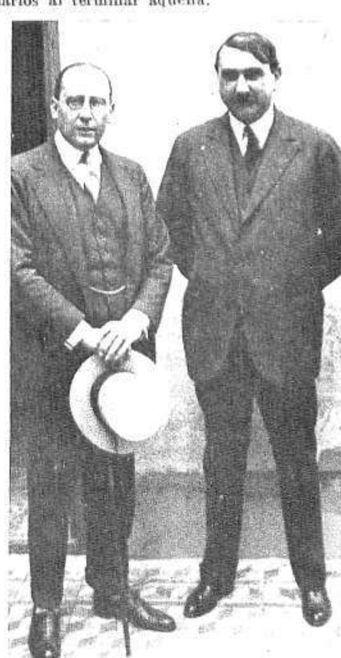


El presidente de la asamblea, diputado provincial doctor Manuel F. Gnecco, candidato reelegido, y el secretario, diputado provincial Luis María Berro, ampliamente satisfechos a juzgar por la sonrisa con que respondían a los aplausos de sus correligionarios al terminar aquélla.



Doctor Luis Guerci, que obtuvo 130 votos en la elección.

El doctor Edgardo Míguez, enterándose de [illegible] 157 votos.

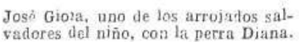


Dos "ases" del partido: los doctores Sánchez Sorondo y Antonio Santamarina, el primero

CONMOVEDORA Y NOBLE ACCION DE TRES PERROS

Un niño se salva de ser ahogado auxiliado por dos heroicas personas, que acuden a los ladridos de aquéllos.





José Gioia, uno de los arrojados salvadores del niño, con la perra Diana.



Gastón Polese, el niño que cayó en el arroyo Maldonado y estuvo a punto de ahogarse, leyendo en el lecho la información dada por los diarios.

Antonio Givilisco, el otro salvador, con "Cusquito", el inteligente perrito.

UNA vez más el llamado «amigo del hombre», en este caso representado por tres nobles ejemplares acaba de dar una prueba concluyente de su afecto y abnegación por la raza humana.

He aquí el suceso, digno por todos conceptos de un amplio comentario: El niño de 12 años Gastón Polese, que vive con su familia en la calle Luis Viale 2965, hallábase a orillas del arroyo Maldonado, entonces en plena crecida a causa de la lluvia torrencial de la mañana, pretendiendo dar caza a un pato que se debatía entre la corriente. De pronto perdió pie y se cayó al agua, siendo arrastrado con violencia. Entonces fué cuando entraron en escena «Ford», «Diana» y «Cusquito», los tres canes, que movidos del mismo generoso sentimiento se lanzaron para salvarlo. El perturbado instinto del niño en aquel angustioso trance no correspondió a la nobleza del acto; por el contrario, creyéndolos hostiles, comenzó a defenderse y manotear; éstos se pusieron a ladrar furiosamente hasta que sus ladridos fueron escuchados por Antonio Givilisco y José Gioia, dos vecinos que, sin saber nadar, se lanzaron al arroyo en cuanto se dieron cuenta del accidente, logrando asir al niño pero no siéndoles posible ganar la orilla por la fuerza de la corriente, y fué al pasar por debajo del puente más cercano cuando Domingo Gioia les tiró una cuerda salvadora a la que felizmente se agarraron.



Domingo Gioia, el que arrojó desde el puente del arroyo la cuerda que salvó a los tres, con "Ford", "Diana" y "Cusquito", animales a quienes corresponden las primicias del salvamento.



Miguel Millán, ayudante de policía, muerto.



Antonio Badoza, autor de los cinco mortales balazos.



El estudiante Eliseo Urquiza, la víctima.



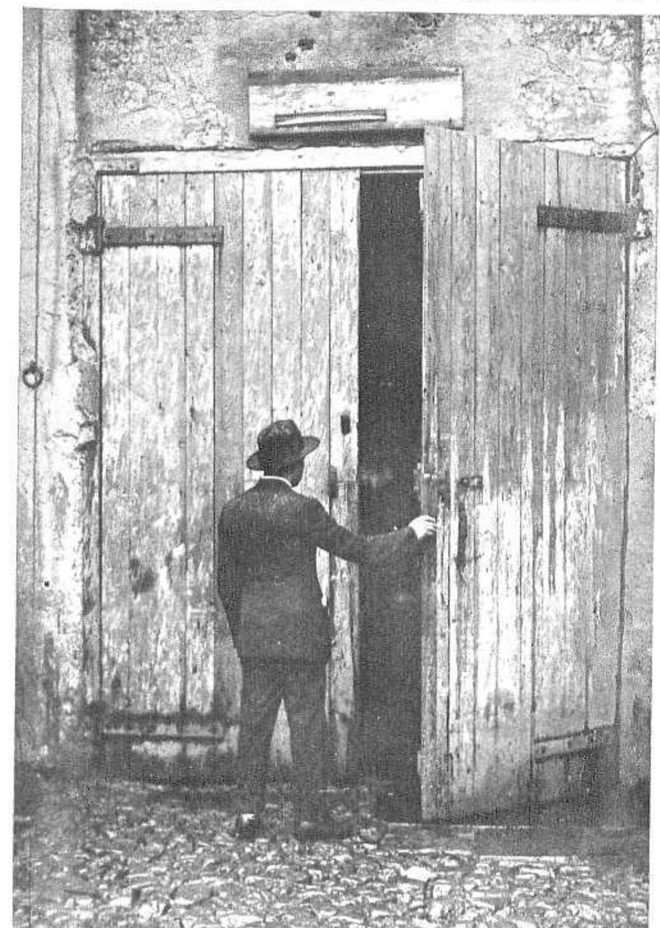
Ernesto Aybar Augier, el matador

POR enconadas rivalidades en que andaba de por medio una mujer pública, que abandonara al asesino y se fuera a vivir con la víctima mientras aquél cumplía en la cárcel una condena, Antonio Badoza mata de cinco balazos al ayudante de la policía Miguel Millán, tragedia que se desarrolló en pleno día frente al número 3000 de la calle de Rivadavia. El criminal, que se dió a la fuga, pudo ser detenido por el auxiliar Grisolía a las pocas cuadras. El cadáver presentaba dos proyectiles en el brazo derecho, dos en el abdomen y u[illegible]

POR causas muy privadas que no ha querido confesar, un delegado de la alcaldía de menores, casado, penetra en la habitación de su amigo Urquiza, ex compañero de pensión en la calle de Azcuénaga, 964, y después de ambos sostener un breve diálogo, suenan tres detonaciones. Los vecinos que acudieron a la pieza hallaron al segundo, estudiante de 6.º año de Medicina, soltero, agonizando sobre su lecho. En tanto, el agresor Augier se presentaba en la comisaría 19.ª y confesaba su delito, entregando el arma [illegible] y negándose a declarar los motivos.

ASESINATO DEL SR. JUAN FLORO FINOCCHIO

El criminal reconstruye las escenas del crimen en el lugar del suceso



El criminal llegando a la puerta de la cochera en seguimiento de su víctima, que acababa de entrar. En uno de los bolsillos exteriores del saco se puede apreciar el mango saliente del arma homicida.



Ya dentro de la cochera el asesino, sorprende al señor Finocchio ocupado con un tarro de pintura; y al llamarlo y éste semi-volverse y mirarlo, le dispara el primer tiro.



El agresor haciendo fuego por segunda vez sobre el indefenso perseguido, que de nuevo le miraba desde el fondo de la cochera hasta donde retrocediera ya herido de muerte.



Cabanillas, ya consumado el crimen, sale de la cochera, deteniéndose unos instantes en la puerta para observar.



El homicida, con el revolver en la mano todavia humeante, avanza por el patio del corralón hacia la calle sin que ninguno de los allí presente se animaran a detenerlo, huyendo en el "auto" que le aguardaba afuera.



Pedro Cabanillas o Alberto Coronel, alias Pastor Luna o Arlequín, ácrata conocido y varias veces procesado.

Como se recordará, dados los antecedentes publicados en estas páginas no hace mucho, el señor Juan Floro Finocchio fué asesinado de una manera alevosa en el interior del corralón de su propiedad por una persona desconocida; y ahora, merced a las activas diligencias de la policía, fué conducido á esta ciudad, procedente de Rosario donde fuera detenido por sospechoso, un individuo llamado Pedro Cabanillas, con varios nombres y alias, panadero, anarquista conocido, registrando numerosos procesos por hurto, lesiones, desacato a la autoridad y ebrio, el cual confesó su crimen, declarando lo siguiente: que decidiera asesinar al señor Finocchio por contrario al movimiento huelguístico y enemigo de los trabajadores, a cuyo efecto adquirió un revólver y después de tomarse algunas copas para animarse, se dirigió en automóvil al lugar del suceso, logrando encararse con su víctima que entonces salía del escritorio y que, hallándose ocupado, le hizo una seña de que no podía atenderlo. Luego, al sentirse llamado nuevamente el señor Finocchio, que en aquellos precisos momentos se dirigía a la cochera perseguido por el criminal, éste le disparó a quemarropa después de pronunciar su nombre y cuando la víctima le miraba, la que huyó al fondo volviendo desde allí a mirarlo y recibiendo en tales circunstancias un nuevo balazo que la derribó, agregando que, ya satisfecho de su obra, pudo retirarse tranquilamente, con el revólver en la mano, sin que las personas que se hallaban en el patio se lo impidieran, huyendo en el automóvil que le aguardaba y yéndose a los pocos días a Rosario.

TORTEROLO



EL FAMOSO JOCKEY SE RETIRA DE LAS PISTAS ARGENTINAS

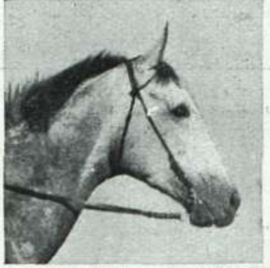
El público aficionado ha visto con pena el alejamiento de Torterolo de las pistas de Palermo donde se consagrara como un verdadero maestro de la fusta. Cuando recientemente, pocos días antes de embarcarse para Europa, se presentó por última vez en el Hipódromo Argentino, una ovación calurosa saludó su paso, y en esa ovación estaba compendiada toda la simpatía que supo despertar con sus admirables triunfos. La actuación de Mingo, como se le denominaba cariñosamente, no ha sido jamás superada en nuestros hipódromos, y es que no en vano estaban reunidas en él las más destacadas condiciones que puede tener el mejor y más completo jockey. Habilidad, serenidad, maravillosa *precisión para calcular la distancia* cuando era necesario avanzar con un caballo en busca del triunfo, así como para mantenerlo entero y hacerle desplegar en el final todas sus energías, engañando a sus contrarios cuando lo creían ya vencido: todo eso lo demostró Torterolo en infinitas ocasiones, alcanzando victorias tan impresionantes que el público estupefacto no salía de su asombro. Desde su iniciación hasta la actualidad, larga sería la enumeración de aquéllas en que a veces al jockey se le debió el triunfo más que a la misma cabalgadura; por eso era muy común la frase de los aficionados: Mingo ganó la carrera. En las pistas extranjeras no es de dudar que Torterolo logre obtener grandes éxitos, pues aún se halla en la plenitud de su vida y lleva como aliciente su inquebrantable fe.



MOUCHETTE: Con quien el maestro de la fusta alcanzó una de sus más memorables victorias, venciendo a Juez de Paz por media cabeza.



OCURRENCIA: Después de una hermosa lucha, Mingo logró hacer puesta la carrera con Dijital, merced a su serenidad en el final.



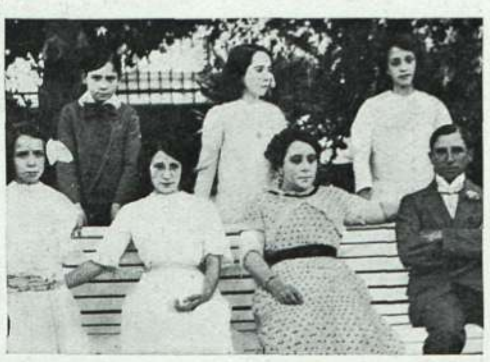
GREY FOX: Con el tordillo, Torterolo consiguió quizá su más sonado triunfo, venciendo al invicto Botafogo.



ALDEANO: Con el defensor del stud Don Alfonso, el gran jockey puso en peligro el título de invicto que hasta entonces ostentaba Rico.



Una de sus últimas fotografías.



Torterolo en la primera época de sus brillantes triunfos, con sus hermanas Carmen Torterolo de Coll, Matilde, Carolina y Blanca y sus sobrinos Carmen y Rufino Coll.

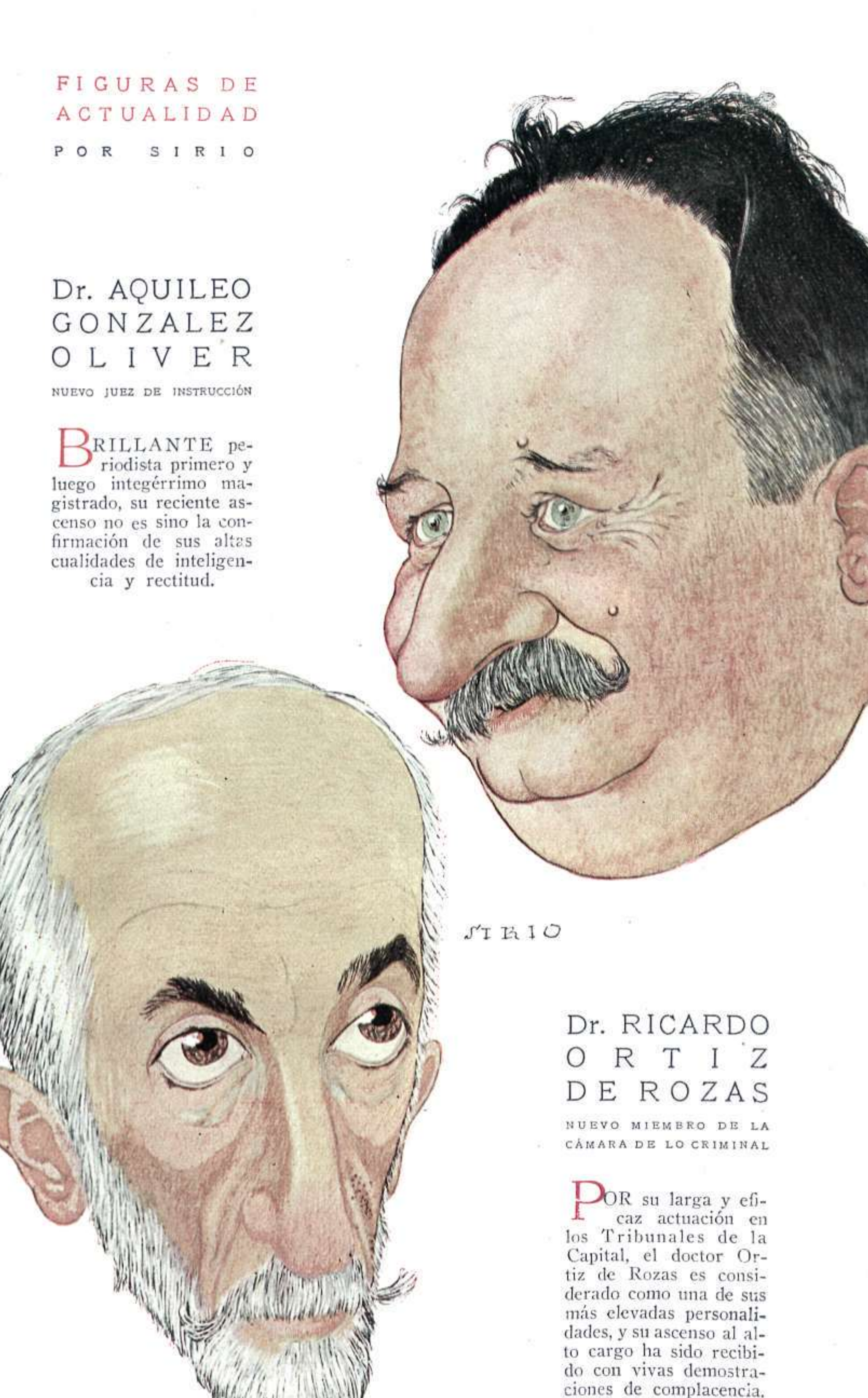


La expresión más familiar de Mingo.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

POR SIRIO



Dr. AQUILEO GONZALEZ OLIVER

NUEVO JUEZ DE INSTRUCCIÓN

BRILLANTE periodista primero y luego integérrimo magistrado, su reciente ascenso no es sino la confirmación de sus altas cualidades de inteligencia y rectitud.

Dr. RICARDO ORTIZ DE ROZAS

NUEVO MIEMBRO DE LA CÁMARA DE LO CRIMINAL

POR su larga y eficaz actuación en los Tribunales de la Capital, el doctor Ortiz de Rozas es considerado como una de sus más elevadas personalidades, y su ascenso al alto cargo ha sido recibido con vivas demostraciones de complacencia.

Página Infantil

Hilda Noemí Giachetti Hamberger



Nicanor Bavastro



Wenceslao Henry Rimoldi Gilardoni



LEYENDAS DE LA PATAGONIA

EL HOMBRE DE LOS OJOS AZULES

Esta novela corta que mereció el 3er. premio de $ 500 y medalla de oro en el Gran Concurso Literario de CARAS Y CARETAS, *es una hermosa y sentida narración, llena de interés y de ambiente, por la que desfilan, trazados con gran acierto literario, tipos argentinos y extranjeros enredados en una trama perfectamente desenvuelta.*

CUANDO Pedro «el francés», minero, mostró a los ojos maravillados de los demás cateadores la primera pepita de oro, encontrada en su escondido lavadero, la noticia de este hallazgo corrió como un estremecimiento por los pequeños pueblos del extremo austral de América del Sur.

Todos los buscadores, desde el austriaco, fornido y rubio, hasta el sudamericano — chileno o argentino, — bajo y moreno, abandonaron sus cateos del centro de Argentina Chile, metieron las herramientas en sus bolsas; y un día en Río Gallegos, Deseado, Ushuaia, Punta Arenas y otros puertos situados sobre el Estrecho de Magallanes o cercanos a él, desembarcaron hombres extraños, de sombreros anchos, de espaldas más anchas aún, y que hablaban lenguas distintas al preguntar la misma cosa:

— ¿Dónde hay oro?

Y fué buscado con ahinco, con fiebre, hasta que apareció. A la primera pepita siguieron muchas otras. Y como sucede siempre, la leyenda, con sus alas

doradas, levantó su vuelo, y la visión de una nueva California hizo volver la cabeza a más de un aventurero del Norte. Un día el vapor «Santa Rita» depositó en Punta Arenas un grupo de mineros yanquis, que se internaron en los lavaderos. Mientras tanto, los pueblecitos prosperaban rápidamente. Se veía dinero. Al principiar el invierno, volvían los mineros. En sus cinturones, y en pequeñas botellitas, las pepitas de oro pesaban gloriosamente. El apreciado mineral hizo abrir hoteles, cantinas y tiendas, y se conocieron las peleas a balazos y a puñaladas, en medio de la calle o en el salón mugriento de una casa de juego, por la posesión de una mujer o de un lavadero.

 II 

De los californianos venidos en el «Santa Rita», uno de ellos quedó en Punta Arenas. Era un verdadero tipo de cateador y de bandido. Se informó de la situación en que se encontraban los trabajos del oro. Supo que Pedro, el francés, trabajaba solo su lavadero y que nadie sabía dónde estaba situado, pues Pedro salía y volvía a escondidas. Pero Kanaka Joe, nombre de guerra adquirido en sus correrías, no tenía prisa; espió pacientemente a Pedro, y un día lo sorprendió en el momento en que se guardaba una pepita en sus faltriqueras. Más sorprendido que otra cosa, pues Pedro, el francés, era un fugado de Cayena, el presidio francés de América meridional, y no sabía qué era el miedo, interrogó al recién venido sobre el objeto de su visita, y a Kanaka Joe le brillaron los ojos azules, al decir, a manera de respuesta, una única palabra:

—Oro...

E hizo una señal que quería decir:

—Trabajemos juntos y seremos dos a ganar y a defendernos.

Y medio en inglés y medio en francés, aquellos hombres hablaron y se entendieron.

Kanaka Joe era un hombre de grandes vistas comerciales. Si la suerte le hubiera sido favorable, su nombre sería hoy el de un millonario conocido. Estudió, con una larga práctica a su favor, el rendimiento máximo que podía dar aquel lavadero, y vió que prometía un producto mediocre después de mucho trabajo. Como el mucho trabajar no era una cláusula tomada en cuenta en su programa de fortuna, buscó un comprador; a un austriaco, que se había enriquecido en el comercio de las pieles, y le adjudicó aquel «clavo». El austriaco sacó de él lo necesario para hacerse tres cadenas de pepitas, y Pedro, el francés, y Kanaka Joe, con el producto de su venta, proyectaron un vasto plan de negocio.

Pero el oro de la Patagonia fué un relámpago que deslumbró y murió. Fué así cómo las empresas formadas para su explotación se arruinaron completamente. En Tierra del Fuego, el dólar yanqui no pudo vencer al invierno brutal de esa región, y las maquinarias se inutilizaron. En Punta Arenas todavía se ve en el camino de la mina «Loreto» una pala mecánica abandonada. El gasto era más alto que la producción y la leyenda del oro se desvaneció; solamente subsistieron pequeñas empresas que se conformaban con un producto escaso y lento. Poco a poco desaparecieron los cateadores y sólo de tiempo en tiempo, pasado el invierno, algunos ambiciosos se aventuraban por los arroyuelos fueguinos en busca de las arenas auríferas.

 III

Pedro y Kanaka, metidos en una amplia combinación, se arruinaron. Pedro quiso echar la culpa al americano, pero éste era optimista, y se sonrió al oir las quejas de su compañero.

—Para el hombre guapo, todo el mundo es un lavadero — dijo.

Y como de un minero fracasado el Destino suele hacer un magnífico bandido, Kanaka y Pedro, siguiendo este camino de perfección: se hicieron contrabandistas de animales. Pero también en esta profesión había contrariedades y competencias. La policía aduanera no vigilaba mucho los pasos cordilleranos, pero, cuando se la encontraba, era necesario abandonar el ganado o trabarse en una lucha siempre fatal y estéril. Y respecto a la competencia... En uno de sus viajes, casi a la mitad del camino, Kanaka Joe alcanzó a ver un hombre, que le pareció indígena, aparecer y desaparecer rápidamente entre las rocas. Kanaka gritóle que se detuviera, y hasta disparó un tiro, pero el misterioso indio no volvió. No volvió, pero dos kilómetros más adelante, al volver de un recodo, dos hombres a caballo y un indio a pie, detuviéronles; se adelantó uno de ellos, y les dijo:

—Como somos arrieros, y por un mismo camino vamos, alguna vez nos teníamos que encontrar; el camino es ancho y como hay paso para todos, supongo que no tendremos necesidad de tropezar unos con otros. Hasta la vista, y buena suerte...

Prosiguieron unos y otros, al parecer tranquilos, su camino. Pero a Kanaka Joe no le gustaban las rivalidades, y en previsión de futuros acontecimientos, inquirió noticias sobre las vidas y milagros de los contrabandistas aquéllos, y supo las siguientes:

 IV 

Matías, el que los había hablado, era argentino, nacido en Cerro Corá, puertecito situado sobre el Alto Paraná, en la Gobernación de Misiones; era un mocetón no muy alto, pero macizo y fornido, de cara morena y ancha; hasta los diez y nueve años vivió en su ciudad natal sin más horizonte que el río y la selva inacabable, pero un día alguien le habló de las llanuras y de la Cordillera, de las minas de oro y de la vida heroica del hombre que luchaba en la lejana Patagonia, y cansado, aburrido de cazar jaguares y matar caimanes a puñaladas, abandonó su terruño y durante un largo tiempo rodó por los territorios del Sur, siendo sucesivamente peón de estancia, esquilador, domador, cazador, cateador, todos los oficios del gaucho, y por último, contrabandista, con una foja de servicios que merecía el respeto de los más guapos hombres de acción. Al adoptar su última profesión se radicó en Ñorquín, donde esperaba la época propicia para la introducción de ganado. Sus clientes eran estancieros que, burlándose de las leyes, entregaban sus haciendas a hombres como Matías, que las transportaban a Chile.

Matías, que andaba siempre solo, encontró un día al compañero deseado: durante un viaje de Bariloche a Cura-Cautín, en una parte abrupta del camino, un hombre saltó desde una roca y se paró delante de él. Pálido y demacrado, con voz llena de angustia, dióle el alto. Matías retrocedió y aunque no sacó arma alguna, permaneció alerta. El hombre avanzó varios pasos, quiso hablar, pero la voz se le cortó en la garganta; hizo señas y entonces Matías comprendió; aquel hombre se moría de hambre. Matías desmontó. Un trago de

aguardiente y una lonja de charque reanimaron al extraño viandante, que le dijo, cuando pudo hablar:

— Si no me hubiera comprendido tan pronto, tal vez lo habría muerto...

Y tomando al caballo de las riendas, guió a Matías hacia un lado del camino, donde, sentado, con cara de resignación, un indio araucano sonrió al verlos. El aguardiente reanimó también al indio, y sentados los tres en una roca conversaron largamente.

El blanco era Juan Herrera, alias «El puelche», palabra esta última de origen indio con la cual se designa un viento helado que sopla en la cordillera, y el indio, de la tribu de Manquilef, era llamado Mariluán. Ambos chilenos, pocos días antes eran mutuamente desconocidos. Hacía ocho días que caminaban, extraviados, sin alimentos, bebiendo únicamente agua y con el temor constante de ser detenidos por los carabineros.

Juan era del norte de Chile, atacameño, nacido en Copiapó, capital de la provincia de Atacama, región minera por excelencia. Cateador de raza, cuando la minería decayó en sus tierras, Juan emigró al centro de Chile y se internó en las minas de Las Condes, donde al final de una temporada de seis meses, jugando, ganó al minero Francisquito, un gigantón, todo el dinero recibido por éste como jornal ganado en ese tiempo. Con su dinero y el ganado jugando, reunió Juan una buena suma y abandonó la mina, en dirección a Santiago. Pero Francisquito salióle al paso, y a pesar de su ofrecimiento de devolverle la plata ganada, ofrecimiento que éste rechazó diciendo que quería lo suyo y lo de él, se vió obligado a abrir el vientre del gigante, por medio de un tajo dado con su corvo, un cuchillo de tres dedos de ancho y de veinticinco centímetros de largo, que Juan manejaba indistintamente con las dos manos. Desde entonces, Juan «El puelche», al margen de la ley, rodó de mina en mina.

Un día que viajaba en la plataforma de un vagón de tercera clase, en viaje a las minas de Máfil, establecimiento situado entre Temuco y Valdivia, vió subir en una pequeña estación a un indio que, con aire humilde, ocupó la plataforma del coche anterior. En la estación siguiente, un carabinero intimidó al indio para que abandonara ese lugar y buscara asiento en el interior del coche. Con palabras confusas murmuró el indio una excusa que seguramente no satisfizo al carabinero, pues, tomándolo de un brazo, intentó hacerlo entrar violentamente. Rebelóse el indio, y la mano del carabinero cruzóle la cara; contestó aquél mudamente tomándolo de los brazos; el carabinero quiso desprenderse, pero no pudo; entonces gritó, y un segundo carabinero que salió del interior del vagón ayudóle a sujetar al indio. La sangre aborigen, que en alto porcentaje poseía Juan, ardió en sus venas y tomando del cuello a un soldado dióle tal bofetada, que lo hizo caer de la plataforma sobre un terraplén por el cual pasaba el convoy. El otro quiso hacer uso de su carabina, pero Juan tenía la mano rápida y fuerte y el segundo fué a hacer compañía al primero. El indio, sorprendido, pues nadie nunca había alzado una mano en su defensa, y sí muchas en su castigo, cogió una mano de Juan y se la besó, diciéndole:

— Huinca, buen huinca...

— Déjese de agradecimientos — contestó Juan; — lo que hay que hacer ahora es escapar, porque si nos agarran nos van a hacer humear a palos.

Entendió el indio, y antes de llegar al pueblo de Pillanleloún, (Hijo del Diablo), invitó a Juan a seguirlo. Descendieron del tren y se internaron en los campos, y al cabo de varias horas de marcha llegaron a un lugar lleno de rucas. Hiciéronle los indios un amable recibimiento: ofreciéronle la mejor muchacha, la ruca más bonita y el vaso más grande lleno de chicha, pero, fuera de lo último, Juan no estaba para voluptuosidades. Era grave cosa rebelarse contra los carabineros, y más grave aún hacerlo en defensa de un indio, para ellos animal irracional, ser inferior. Además, el recuerdo de Francisquito le pesaba demasiado, y no quería saber nada con las autoridades. Preguntó cuál era el camino más corto para llegar a la Argentina, y después de haber sido informado extensamente, decidió ponerse en marcha. Antes de partir, Mariluán, abrazado a sus rodillas y casi llorando, le rogó que lo llevara con él.

— Yo servir... Hacer todo, hermano... Llévame contigo...

Pero Juan no quería sirviente, y propuso al indio un plan de trabajo, en el cual serían a medias las labores y las ganancias. Aceptó éste, y una mañana, Juan el Puelche y el indio Mariluán hicieron rumbo al más cercano paso de la Cordillera.

Nunca el Destino formó una pareja tan diferente y tan unida: Juan era la astucia popular, el valor ingénito, espíritu hecho de truhanería, buen humor y desprecio por todo lo que no le interesaba. Era alto, delgado, de nariz aguileña, un tipo del Norte de Chile. Como buen minero, era casto y sobrio, y tenía la mano rápida y la decisión más rápida aún. Mariluán, en cambio, era la astucia natural, la inteligencia intuitiva; era humilde y casi tímido. Poniendo el oído en el suelo, sabía a qué distancia galopaba un caballo; conocía todos los secretos de la selva y de la montaña. Era bajo, un poco grueso, con unos hombros que denotaban una fuerza singular. Su paso era breve y rápido, y cuando caminaba a prisa, en bajada o en subida, su marcha era un trotecillo que podía cansar a un caballo. Antes había tenido tierras y bienes, pero unos bandidos, decía, valiéndose de la ley de minas, desposeyéronle de sus tierras con el pretexto de que en ellas había un yacimiento de cobre. El mineral no se vió nunca, pero Mariluán no recuperó sus tierras. Tales fueron las noticias, aunque no tan minuciosas, que Kanata Joe recibió en sus indagaciones.



V

Fué así como Matías encontró a los amigos que buscaba, y Juan el Puelche y Mariluán, el compañero que los guiara en tierra extranjera. Organizáronse los tres en forma de sociedad para explotar el negocio de contrabando de ganado, y la fortuna, por largo tiempo, sonrió a los extraños negociantes: llenáronse las faltriqueras de dinero al término de cada viaje, el rollo de billetes recibidos por ellos hacía exclamar a Juan:

— Con esta música, que me entierren.

El indio pudo beber bastante «huachacay» (aguardiente), para humedecer sus meditaciones de desposeído, pues este hijo de Arauco tenía todas las virtudes y un solo vicio; creía que el aguardiente era el único bien a que podía aspirar un hombre. Juan bebía poco, y en cuanto a Matías, se conformaba de cuando en cuando con un «enjuague» de caña.

En el desarrollo de las operaciones a que se dedicaban, Mariluán hacía el papel de explorador, papel de bastante responsabilidad, ya que la perspectiva de una intervención aduanera era temible en esos sitios, pues el carabinero no da el «alto» sino después de disparar su arma, costumbre ésta que traía como consecuencia una considerable disminución de carabineros y contrabandistas, ya que los segundos la usaban con tanta perfección como los primeros.

Al mismo tiempo, Kanaka y Pedro se entregaban a *idénticas operaciones*; habían solicitado para ello el concurso de dos conocidos cuatreros, Miguel Fernández y Santos Gonzalo, el arriero, dos hombres que no habrían tenido bastante vida para cumplir los años de condena que un juez, no muy exigente, hubiérales aplicado al hacer el balance de sus delitos.

De este modo, dos bandas de demonios burlaban *las leyes de internación* y se reían de la policía, que los miraba duramente cuando volvían de sus jiras.

Pero, desgraciadamente para ellos, la bonanza no duró mucho: los extranjeros, aunque ganaban la plata que querían, eran ambiciosos y no podían soportar la rivalidad de los criollos. Intentaron y lo consiguieron, poner en entredicho a éstos con los estancieros que les confiaban sus ganados. Fué así como Juan, Matías y Mariluán quedaron un día sin medios de trabajo. Pero al mismo tiempo recrudeció en tal forma la vigilancia de los carabineros, que en un último viaje, Miguel Fernández, cogido por una descarga cerrada, quedó tirado sobre el camino. Los compañeros huyeron, toda la hacienda se perdió, y con ello vino la negativa, de parte de los dueños, de entregarles otra tropa. De esta manera todos tuvieron que abandonar sus correrías por la Cordillera y vegetar en Ñorquín, a la espera de los acontecimientos y de las mudanzas del tiempo.

 VI 

La vida en Ñorquín transcurría plácidamente; después de la agitada que habían vivido; la actual era perezosa, suavizaba los ánimos y descansaba los cuerpos. Dormían hasta tarde, daban una vuelta por el pueblo, y por la noche se instalaban en las mesas de una taberna que ostentaba el pretencioso rótulo de «La Estrella de la Patagonia», lugar de cita obligado de todos los que llevaban una vida errante, en busca de la fortuna fácil. Arrieros, buscadores de oro, ladrones, trabajadores, toda gente conocida entre sí, que aparecía y desaparecía, sin que nadie supiera adónde iba ni de dónde venía. Allí se organizaban expediciones de toda índole, tanto las que tenían por objeto fines honrados, como las que podían ser merecedoras de una intervención policial. De vez en cuando la noticia de un robo de animales, de un asalto o de un crimen, constituían un motivo de conversación. Cuando esto acaecía, se notaba la ausencia de algunos, y era inevitable la visita del Sargento Chaparro. Con una guardia de tres o cuatro soldados penetraba al negocio, miraba a los parroquianos, a veces se llevaba dos o tres, y otras se conformaba con aceptar una copa de caña y marcharse después de examinar nuevamente las caras de los habituales concurrentes

Pasaron así dos largos meses; una mañana, Juan, que era el tesorero, dió cuenta de la merma considerable que habían sufrido los ahorros. Era tiempo de pensar en hacer algo; había que descartar la idea de lanzarse a una vida de violencias, pues tanto Matías como Juan eran partidarios del trabajo, trabajo que, aunque no fuera muy honrado, no necesitara el uso de la fuerza. El invierno se acercaba, y un invierno sin medios de subsistencia era cosa horrible. En el contrabando no se podía pensar; trabajar como esquiladores o peones era cosa que se les hacía muy cuesta arriba y además habría que emigrar más al sur. Pasaron unos días. Se observó que Mariluán estaba más pensativo que nunca; tal vez la perspectiva de una sequía de aguardiente le hacía meditar más que de costumbre.

¡Y pensar que aquel bruto de Kanaka y ese franchute de Pedro *tenían la culpa de todo!*... La ambición de ellos había arruinado el negocio. No se miraban con buenos ojos, no; cuando se encontraban frente a frente, Juan y Kanaka se miraban tan duramente, que los contertulios de «La Estrella de la Patagonia» esperaban cada noche, con una especie de voluptuosidad, el encuentro de esos dos hombres. Pero Juan pensaba que todavía no era *tiempo*, y se *conformaba con escupir, mientras* decía:

— ¡Gringo cara de caballo alazán! — Y Mariluán terminaba la frase, exclamando:

— Hombre malo, ojos azules...

Había habido ya un principio de pelea, la cual no prosperó gracias a la intervención de Pedro y Matías. Por suerte, Juan no estaba presente, pues de haber estado *allí*, el incidente hubiera terminado mal. Una noche que Matías y Mariluán abandonaban el negocio, se encontraron en la puerta con Kanaka y Pedro, y como el indio no cediera el paso al californiano, éste le dió un empujón y lo echó sobre Matías, que se enfrentó al yanqui, diciéndole:

— No sos vos tan barrigón, como pa necesitar *más cancha pa entrar*...

Kanaka contestó con una interjección en inglés, y echóse para atrás en actitud de agredir, pero Pedro pidió disculpas, y como Matías era hombre tranquilo, no llevó el asunto más adelante. Por otra parte, el odio de Kanaka era contra Juan, aquel hombre delgado y alto, de facciones aguzadas, que sonreía al verlo y al que estaba seguro de derribar de un puñetazo.

En la taberna habíanse ya formado partidarios de ambos grupos que fomentaban los odios y las rencillas; los chismes y las hablillas hacían más inminente el instante de la riña, y a todo esto se unía el influjo de Rosa y María, las dos hijas del dueño de casa, dos criollitas menudas y sabrosas que repartían sus preferencias entre Matías y Juan, con gran desesperación de los demás.

A todo esto el tiempo transcurría y el problema económico se hacía más insoluble. Por fin, una noche, Mariluán confió a sus compañeros un vasto proyecto que requería un poco de plazo, pero que de realizarse, llenaría por completo las necesidades de todos.

Había oído hablar Mariluán a un indio viejo, residente en su toldería, de un yacimiento de oro. Refería aquél que una vez un huinca, (en araucano, «güinca», hombre blanco) habíale llevado consigo en busca del oro. Habían ido tres: el huinca jefe, otro hombre, y él. Contaba que después de mucho andar, habían encontrado un gran placer; que el otro hombre, al regreso de la expedición, cargados de mineral, había robado al huinca su parte de oro y huído; que el jefe lo había perseguido, y después había muerto al ladrón y recuperado su parte, pero que el invierno sorprendiólos en la Cordillera y el hombre blanco había perecido helado, no salvándose sino el indio, que había regresado con una pequeña porción de oro y con los pies casi comidos por la nieve. Recordaba Mariluán que aquél habíale dicho que podía precisar el sitio donde estaba el mineral, y que lo diría algún día a un jefe blanco o a un indio joven que le mereciera confianza.

Todo esto, contado con frases entrecortadas, dejó un poco incrédulos a los amigos; parecióles más bien una fantasía debida al aguardiente, pero Mariluán juróles que hacía más de cinco días que no probaba licor alguno:

— Huachacay, nada, huinca, nada...

Hiciéronse repetir la historia. Mariluán recordó nuevos detalles y Juan y Matías quedaron casi

convencidos, pero las dificultades eran enormes: no se sabía dónde estaba el misterioso yacimiento; tanto podía ser en las entrañas casi desconocidas de la Cordillera Nahuelbuta como en cualquier rincón inexplorado de los Andes, o en un río, cercano o lejano, de los innumerables que riegan la Patagonia. Además, para un viaje así se necesitaba mucho dinero.

— Yo podría conseguir algo — dijo Matías. — Don Jesús me prestaría algunos pesos.

Don Jesús era uno de los estancieros que habíales entregado en otro tiempo sus animales. Con esto quedaba resuelto el punto menos importante del problema. Quedaba el otro: la ubicación precisa del manto, arena o filón aurífero. Hubo un silencio, y después, humildemente, Mariluán pidió permiso para ir a Chile a buscar el derrotero fijo. Matías se quedó callado, pero Juan se echó a reir.

— Te has vuelto loco, ¡mapuche! Ir a Chile... ¿Te creís que está a la vuelta del a esquina? ¿Y la nieve, y el frío, los carabineros, no te meten miedo?

Pero Mariluán contestó:

— Mariluán quiere mucho al huinca Juan y no tiene miedo.

Juan se encogió de hombros y dijo:

—Si querís ir, anda... Te vay jugando el pellejo.

Así quedó concertado el viaje de Mariluán. Diéronle algún dinero y una botella llena de aguardiente, y una noche en que el cielo estaba florecido de estrellas, y la Cruz del Sur brillaba marcando el rumbo austral, Mariluán abrazó a sus compañeros y partió.

 VII 

La espera fué larga: los días pasaban lentamente, aumentando en el transcurso de ellos la angustia por la suerte del fiel indio, y el pesimismo por el resultado de su viaje. En la taberna fué notada la ausencia prolongada del araucano; se hicieron variadas conjeturas, pero nadie se atrevió a preguntar nada. La cara de Juan denotaba una profunda preocupación. Matías no dejaba traslucir su estado espiritual, pero Juan veía que su compañero languidecía en la espera. Habían calculado treinta días como plazo. Pasaron éstos y Mariluán no apareció. Los amigos no hicieron comentario alguno, pero se acentuó en ellos la idea del fracaso.

Dos días después, en una noche en que el viento aullaba en las callejuelas del pueblo, Juan y Matías, sentados ante una mesa de la cantina, a la sazón silenciosa, sintieron en la calle un paso rápido que les era conocido. Un instante después un grito agudo y prolongado, grito que Mariluán lanzaba cuando estaba *contento o cuando llamaba* a alguien, resonó en la calle e hizo volver la cabeza a todos los parroquianos:

— ¡Aaoouuhh!...

Era una especie de maullido triste, que evocaba los chivateos del malón y despertaba ideas de muerte. Mariluán apareció en la puerta. Siempre era su cara ancha y sonriente y no se notaba en ella el gesto del cansancio; parecía volver de una larga carrera. Levantáronse los dos amigos, y tomándolo cada uno de un brazo, marcharon rápidamente hacia su alojamiento; mientras en la taberna un viejo bigotudo comentó:

— ¡Ave María! ¡Yo creí que era el Malo!...

— No hubiera sido raro. En estos días de viento, el diablo anda suelto... — respondió un arriero. Y sobre el motivo, iniciaron los parroquianos una larga charla.

Cuando llegaron a su pieza, la pregunta fué:

— ¿Y?...

Y Mariluán dió cuenta del resultado de su misión. Había encontrado al indio casi ciego ya, próximo a morir; con palabras balbuceantes habíale contado de nuevo la historia conocida. Se negó en un principio a indicar el sitio exacto y la ruta seguida por ellos, pero convencido por el jefe de la tribu, había consentido en dar mayores detalles con la condición de que la mitad de las ganancias fueran entregadas al cacique. Aceptado esto por Mariluán, el indio había grabado en un papel, con tinta de «maqui», un rudimentario plano topográfico de la ruta seguida hasta encontrar el yacimiento. Mariluán sacó un papel y Juan lo tomó; abriólo rápidamente y de una ojeada recorrió el esquema aquél; pero se lo devolvió a Mariluán: todas las palabras estaban trazadas en caracteres indios, y las indicaciones representaban figuras de cosas, dibujadas de tal forma que solamente un individuo perteneciente a la raza del extraño topógrafo podría comprenderlo:

— Leela vos...

Y Mariluán, aventurándose con pie firme en aquel revuelto plano, dijo, señalando un dibujo que figuraba un cono:

— *Llaima*...

Y explicó que debía tomarse como punto de partida el volcán de ese nombre. Seguía después una raya que se desviaba hacia el sur: era el camino; y al término de aquélla, una sucesión de líneas formando cuadros pequeños indicaban un pueblo.

— Cura-Cautín.

Después la raya del camino tomaba un rumbo derecho hacia el este, hasta tocar el vértice de otra, con la cual formaba un ángulo. Esta última línea se alargaba hacia el sur, y sobre ella estaban dibujadas figuras como la que indicaba el Llaima, con la diferencia de que éstas eran de distinto tamaño entre sí. Mariluán contó:

— Quiñe, Epu, Quila, Meli... Quince cerros.

Al final, la raya hacía una suave curva y terminaba en un círculo pequeño.

— Oro — dijo Mariluán.

El plano terminaba con una línea que corría de oeste a este; paralelos a ésta había unos puntitos.

— Río — explicó Mariluán.

— Viene a quedar en el centro de la Cordillera, entre Río Negro y Chubut. Este río debe ser el Chubut, o algún otro río chico que va a desaguar en aquél.

Quedaba precisado el punto principal; pero nuevas dificultades se presentaron: era un viaje larguísimo, y en una región donde sólo el sentido personal de orientación podía servir de algo.

— Eso es lo de menos. Si acertamos, bien... si no, paciencia. Lo peor que nos puede suceder es que nos muramos; pero más vale morir andando que no acostado. Echemos las patas al camino

Juan había hecho su plan: si no encontraban nada, descenderían de la Cordillera y se internarían en el Chubut. Si encontraban, bajarían por el mismo sitio, y de ahí, a Chile. En el primer caso, no se perdía más que el viaje; en el segundo, se ganaba todo.

La expedición fué organizada rápidamente; caballos y armas fueron objeto de especial atención. Luego, las provisiones de boca, el aguardiente y las ropas de abrigo, mantas chilenas, sin flecos, listadas de rojo y amarillo y ponchos cuyanos, gruesos, de largo fleco, y matritas tejidas a mano por los indios fueron cargadas en dos caballos de repuesto que llevaban. Todo quedó listo en cuatro días, y había que apurarse; estaba terminando el mes de enero y el invierno se echaba encima. Les quedaban por delante dos meses, ya que al principiar abril debían estar de vuelta.

Todos los preparativos, como la compra de provisiones en gran cantidad y la adquisición de buenas cabalgaduras, llamaron la atención de Kanaka y de Pedro.

— Estos diablos de criollos se traen algo bajo el poncho — decía Pedro.

— Oh, lo sabremos — contestaba Kanaka.

El día antes de partir, Santos el arriero invitó a Mariluán a hacer una «gargarita» de aguardiente, y el indio, que nunca pudo negarse a estas invitaciones, aceptó. La «gargarita» resultó un riego intenso que dejó a Mariluán en un estado deplorable. Fácil les fué a los interesados hacer hablar al indio. No dijo muchas cosas. Murmuró:

— Oro — y mostró el plano. Se apoderó de él el arriero, pero al ver aquellos signos ilegibles para él, se lo pasó a Kanaka, diciéndole:

— Esto debe estar en inglés...

Nadie entendió nada, pero Kanaka ya sabía todo; devolvieron el plano al indio y el arriero lo condujo al alojamiento. Al ver aparecer a Mariluán en ese estado, y al ver al arriero que sonreía cazurramente, Juan tuvo un acceso de cólera.

— ¡Maldito mapuche! ¡Se ha emborrachado y lo ha contado todo!...

Cogió al arriero por el cuello y sacudiéndolo furiosamente, le gritó:

— ¿Qué le han hecho, animales?... ¡Habla!; te juro por mi madre que si no me decís la verdad te rebano el cogote!...

Pero el arriero negó todo; dijo que nadie estaba en la cantina cuando él llegó, nadie más que Mariluán, y que él, al verlo así, lo había venido a dejar. Juan lo soltó y registró al indio: el plano estaba en poder de éste. El arriero desapareció rápidamente, y Juan dijo a Matías:

— Hermano, si no fuera que puedo parecerle un cobarde le diría que nos quedáramos aquí.

— Como usted quiera, Juan — contestó Matías.

— Pero no importa; ¡a ser hombres nó nos van a ganar! Vamos nomás...

Al otro día, al amanecer, tomaron el rumbo de la cordillera. Pocas personas presenciaron la salida de la pequeña caravana. Al trasponer la última calle del pueblo, los viajeros sintieron una voz que les gritaba irónicamente:

— ¡Buena suerte, caballeros!...

Juan se dió vuelta rápidamente, pero la callejuela estaba desierta.



VIII



El primer día de viaje transcurrió sin incidente alguno. Atravesando los pueblos en dirección al macizo andino, los viajeros encontraron antiguos conocidos con los cuales charlaban brevemente. Preguntando el motivo del viaje, contestaban que iban a Chile por razones de negocios, o bien que marchaban a recoger una hacienda que debían conducir a otro pueblo. Como estas cosas eran corrientes, nadie se extrañaba, y así, tranquilamente se sucedían las leguas, sin que a su paso quedaran dudas o reservas mentales sobre el viaje y su objeto.

Al fin de varios días la cordillera levantó ante ellos su pendiente inicial. Juan respiró: por fin estaban en la soledad.

Fué en un amanecer claro y brillante. Un viento fresco traía de las montañas el aliento de los bosques; cantos de tenca, gritos de chincol y gemidos de urracas azules, hacían armonioso el viento, ya perfumado. ¡Qué gusto daba vivir así! Todas las fuerzas instintivas despertaban en el hombre; ideas y sentimientos se suavizaban o se exaltaban. La pereza desaparecía: los nervios se distendían plácidamente bajo la piel, como pequeñas víboras bajo el sol.

Sin sentirlo se había detenido. Juan dió vuelta a su cabalgadura y miró la pradera patagónica que se alargaba al este, hasta el mar, y corría hacia el sur, amplia y fecunda.

Iba asomando el sol. Se colorearon levemente las cumbres; el viento hinchó su soplo fragante y los pájaros atacaron con brío un canto prolongado.

Grandes manchas se abrieron en la tierra; leves primero, vigorosas después, se alargaban y brillaban: eran pequeños arroyos y lagunas. Al sur, una ancha franja corría hacia el mar: era el Limay. Más al sudoeste, el Nahuel Huapí era como un diamante azul.

La mañana había florecido.

— ¡Andando! — gritó Juan.

Al darse vuelta, su mirada tropezó con el bulto obscuro de una caravana que venía hacia ellos, allá lejos. No se distinguía más que un grupo compacto: podían ser cinco como diez las personas que lo formaban.

— Algunos que van a Chile — pensó Juan, y marchó tras sus camaradas.

Caminaban a paso mesurado; el camino estaba bueno. Grandes bosque de robles y de hayas, encajados en los cerros, mostraban sus manchas obscuras. A lo lejos, el volcán Domuyo y el Trílope asomaban sus cabezas pensativas manchadas de nieve.

Al anochecer hicieron alto. La mitad de un cordero, ensartado en el asador, se doró sobre los carbones de una fogata. Luego tendieron sus mantas y durmieron. Antes del amanecer ya estaban de nuevo en marcha. Al tercer día llegaron a la mitad del camino. Era el punto donde el plano indicaba que debía tomarse la ruta del sur.

— ¿Descansamos o seguimos? — preguntó Juan.

— Sigamos — respondió Matías. — Mientras más pronto nos alejemos del camino, mejor.

Y se internaron en el corazón de la cordillera; quebradas y valles se sucedían sin interrupción; daban vuelta a un cerro y tropezaban con otro más alto. Arroyos y torrentes que bajaban resonantes de las cumbres y se perdían en las fragosidades del monte, interrumpíanles el paso. Los bosques eran tupidos. Muchas veces debían marchar a pie, llevando a los caballos de las riendas. Pero, en fin, poco a poco se avanzaba y eso era lo principal.

A los dos días ya se habían alejado bastante. El camino era mucho mejor; los cerros chicos eran menos, y eso facilitaba el viaje, pues había que hacer menos vueltas. Ya el volcán Lonquimay había quedado atrás. El Villarrica se veía aún sobre los cerros altos, silencioso y enorme.

Así pasaron varios días. Todo iba bien; solamente había que anotar una desgracia: un caballo se había desbarrancado, y perdieron varias horas en bajar hasta el fondo de la quebrada a recoger la carga.

Una noche, después de una rápida y frugal comida, Juan advirtió a lo lejos, al pie de un cerro que quedaba al frente, una fogata. ¿Quiénes serían? ¿Contrabandistas, acaso? ¿Un buscador de oro? ¿Algún cazador? Nadie podía saberlo. Juan tomó su carabina y disparó hacia allá. El eco del tiro se extendió interminablemente. Al rato, el eco trajo el sonido de un disparo, y un instante después la fogata desapareció.

— ¿Nos vendrán siguiendo? — interrogó Juan.

— ¡Qué nos van a seguir! — respondió Matías. — Serán cateadores; han sentido un tiro, se han asustado y han apagado la fogata.

— ¡Quién sabe, hermano, quién sabe! Yo tengo una sospecha. Creo que nos siguen; y si nos pasa algo, el único que tendrá la culpa es este indio borracho.

Mariluán no respondió. Las palabras de Juan se clavaban en su corazón. El, sí, él tendría la culpa si algo sucedía. No sabía bien cuál era su delito, pero recordaba su última noche en Ñorquín y presentía que en medio de su borrachera algo había dicho.

Se acurrucó al lado del fuego, cerró los ojos y se quedó medio dormido, medio despierto, sintiendo a Juan que se revolvía en su lecho sin poder dormir.

Transcurrieron varios días. Habían traspuesto casi la mayoría de los cerros grandes, y el lugar del yacimiento no debía estar lejos. Al lado del fogón, una noche, mientras mateaban, hacían proyectos. Si el oro estaba en estado de placer, les bastaría un mes para llenar los frascos que llevaban. Si había que chancarlo y lavarlo, se demorarían un poco más y llevarían menos, pero, en todo caso, podrían volver para el otro verano, con más tiempo, y llevar una buena cantidad... ¡Cuánto soñaban! Comprarían una estancia, casas, vivirían tranquilos...

De repente, cuando más ensimismados estaban, Mariluán, que dormitaba al lado del fuego, se levantó dando un grito.

— ¿Qué pasa?

— ¡Hombre, huinca, hombre! ¡Tirá allí; tirá allá!

Y señalaba un pequeño bosque de pinos. Su cara denotaba una gran excitación.

— Allá, hermano, allá...

— Estás loco, Mariluán — le dijo Matías, después de mirar.

— ¡No, huinca, no! Hombre...

De pronto cogió el cuchillo de Matías, dió un grito y partió. Un momento se vió su silueta recortada sobre el fondo del cielo. Después desapareció en la cumbre.

Juan cogió su carabina y Matías la suya. Pasó un largo rato. Sólo se oía el bramido del viento en el fondo de la quebrada.

— Habrá soñado el indio — dijo Matías.

— Pocas veces se engaña — repuso Juan. — Si algo ha oído, es que alguien andaba por ahí.

Momentos después Mariluán reapareció; traía la cara manchada de sangre. Una rama habíale golpeado el rostro, causándole una pequeña hemorragia nasal.

— ¿Qué era?

— Nada, huinca, nada...

Pero esa noche Mariluán no durmió. Hablaba en voz baja, en su lengua nativa, y parecía quejarse de algo. Escuchaba atentamente y husmeaba en el aire con frecuencia. Sus sentidos advertíanle la presencia de personas extrañas; daba vueltas alrededor del fuego, se detenía y escrutaba las sombras con sus ojos turbios. Luego continuaba sus monólogos.

Amaneció. Juan dió una vuelta por el lado del bosque cercano, y descubrió, sobre la leve capa de tierra, pisadas recientes.

— Tenía razón el indio — murmuró.

Siguió el rastro. Este se dirigía hacia atrás. Más allá se perdía en unas rocas. Volvió al campamento y contó a Matías lo que había visto.

— Nos vienen siguiendo.

— Pero, ¿quién? Si nadie sabe nada... ¿Serán ladrones?

— ¡Quién sabe! Hay que estar prevenidos.

Emprendieron la marcha. Caminaban despacio, buscando el río indicado en el plano. Mariluán marchaba atrás, arma al brazo. Al mediodía, después de dar vuelta a un cerro grande, se encontraron detenidos por una profunda quebrada; en el fondo de ésta un riacho bullía entre rocas. Más arriba, una gran cantidad de pequeñas cascadas descendía alegremente desde altas montañas, se juntaban en una ancha meseta y formaban un salto de más de treinta metros de altura; el agua caía en una ancha banda que se evaporaba al chocar en el fondo.

Juan sintió un estremecimiento.

— ¿Será aquí? — se preguntó,

— Esperemos que llegue Mariluán.

Llegó el indio; al ver todo aquello su cara resplandeció de alegría. Sacó el plano, lo miró detenidamente y dijo:

— Aquí es...

— ¿En la meseta aquella? — preguntó Matías.

— Habrá que buscar; haremos el campamento junto al río.

Toda la tarde ocuparon en bajar. A las cinco se detuvieron al lado del río a poca distancia del salto. Cerca de un bosquecillo de cipreses improvisaron el campamento. Hasta muy entrada la noche estuvieron entregados a la tarea de preparar las herramientas que les harían falta para iniciar los trabajos. A las once estaban acostados esperando el día. Como a las dos de la mañana, Juan, que dormía, fué despertado por una mano que apretaba la suya suavemente y por una voz que le decía:

— Juan...

— ¿Qué? — preguntó, incorporándose.

— Mira. — Y Mariluán señalaba hacia lo alto.

Era noche de luna, y a la claridad de ésta, que ya descendía, vió Juan, en la linde de la alta garganta, un hombre a caballo, inmóvil.

— ¡Ah, maldito!

Tomó su carabina y apuntó cuidadosamente. Iba a disparar pero la mano de Matías, que había despertado, le hizo bajar el arma.

— No — le dijo; — si ellos se dan cuenta de que los hemos descubierto, será peor. Hagámonos los desentendidos. No nos atacarán hasta que nosotros lo hagamos.

En este momento, el jinete dió vuelta a su caballo y desapareció,

—¡Daría una mano por saber quién es!—dijo Juan.

— Pronto lo sabremos.

Vino el día. A las diez, Juan cogió una pala y un cernidor y se fué al río, acompañado de Matías. Buscaron un sitio más o menos hondo; Matías hundió la pala en el fondo, sacó una gran cantidad de tierra y arena y la echó en el cernidor. Juan alzó éste y miró atentamente el contenido. Pequeñas partículas doradas brillaban al sol. Hundió el cernidor en el agua, desapareció la tierra y la arena, y en el fondo del cernidor sólo quedaron algunas piedritas. Juan cogió éstas, una por una y las fué examinando. De pronto silbó alegremente y puso en la mano de Matías una piedrita pequeña, pero pesada.

— ¡Oro!...

Tres pepitas salieron en la primera palada. A las doce del día habían recogido una docena, más de cien gramos.

La tarde fué más próvida aún. El oro se encontraba hasta en la orilla en gruesas y pesadas pepitas. Alcanzaron a llenar un frasco. Vino la noche. Instituyeron una guardia: cada cuatro horas relevábanse unos a otros; pero aquella noche no se vió el más pequeño indicio que pudiera alarmarlos. No apareció ningún caballo ni ningún jinete. ¿Se habrían equivocado? ¿Habría sido una coincidencia la presencia de aquel hombre que sintió Mariluán y la aparición del jinete en la quebrada?

El día trajo una respuesta a sus preguntas. Había ya pasado el medio día y se encontraban trabajando, cuando Juan, que estaba inclinado, sintió rodar unas piedras en la pendiente contraria a la que se encontraba. Levantó la cabeza y vió un bulto que procuraba ocultarse entre las rocas.

— ¡Matías! — gritó.

Este, que se encontraba a unos cincuenta pasos, acudió.

— ¿Qué pasa?
— Detrás de aquella roca hay un hombre escondido.
Juan gritó:
— ¡El que está ahí, que salga!
Nadie contestó. Disparó dos tiros que hicieron saltar la tierra alrededor del peñasco. Hubo un momento expectante. De repente, un hombre se mostró por entero a los ojos de los amigos, los miró, y luego empezó a subir apresuradamente la áspera ladera.
— ¡Alto!
El hombre no se detuvo.
— ¡Párate o disparo!
El desconocido continuó subiendo. Sonó un disparo, y el individuo, alcanzado en la espalda, se enderezó, abrió los brazos y cayó rodando. Saltando de piedra en piedra, seguido de Matías, Juan atravesó el río y se dirigió al sitio donde el hombre yacía. Cuando llegó, su cara denotó una profunda sorpresa y dijo a Matías que llegaba en ese instante:
— Santos, el arriero...
Era el compañero de Kanaka Joe.
— ¡Desgraciado!
La bala habíale dado en la columna vertebral, entre los pulmones; tenía la cara llena de sangre y de tierra. Respiraba todavía. Incorporóle Matías y dióle un trago de aguardiente de su cantimplora. Al cabo de un instante, el herido abrió los ojos, respiró, miró a los dos amigos y dijo:
— ¡Kanaka!...
Un cuajaron de sangre le llenó la boca; había muerto. Juan y Matías se miraron, mudos. Juan estaba pálido; Matías, tranquilo. Ya sabían a qué atenerse: el yanqui los espiaba, rondaba alrededor de ellos, esperando el instante de atacarlos y de apoderarse del terreno. ¡Gringo, ojos azules! El hombre de los ojos azules, el extranjero, el bárbaro que en el lejano estrecho de Magallanes pagaba una libra por cada indio muerto, ése, ése exterminaba al pobre criollo, al gaucho; le robaba, por las buenas o por las malas, todos sus bienes, y después lo compraba por un puñado de oro. ¡Todos eran iguales!
Juan escupió sangre; la amargura y la rabia de estos pensamientos le hacían morderse. Pero, desde ese instante, no habría reparos. Hombre visto sería hombre muerto.
— Volvamos al campamento.
Descendieron silenciosos. Cuando llegaron, Mariluán, parado ante la ruca que había construído, con la carabina preparada, estaba al acecho. Contáronle lo sucedido; cuando le dijeron que el muerto era Santos el arriero, su rostro se desencajó. Miró a los dos compañeros con una mirada llena de profunda pena, dejó la carabina en el suelo y se fué. Viéronle desaparecer entre los árboles, luego apareció un momento en el borde de la quebrada y, por fin, se perdió.
Dos horas más tarde divisáronlo en la meseta; marchaba en dirección a la parte por donde habían venido. Durante un largo rato siguiéronle con la mirada, hasta que llegó al otro lado; desde arriba hizo una señal con la mano y luego se fué.
— ¿A dónde irá?
— Seguramente a hablar con Kanaka.
Transcurrió la tarde y vino la noche, obscura y fría; la luna no salía hasta muy tarde. Como a las ocho, el grito de Mariluán corrió como un escalofrío por la quebrada aquella. Nunca un grito más triste habrán escuchado los hombres. Media hora más tarde llegó; venía llorando; se arrodilló delante de Juan y le dijo:
— Hermano, yo tengo la culpa. Hombre ojos azules sabe todo. No quiere oír nada. Dice que nos vamos, que quiere todo el oro para él. Y yo te digo: ¡hermano, vámonos, vámonos lejos! ¡Y maldito sea el oro y el hombre malo!...
Matías sintió que las lágrimas corrían por su tostado rostro. Juan permaneció un momento silencioso, mirando a Matías vió que éste lloraba, y dijo:
— Mañana nos vamos...
Mariluán dió un salto, y otra vez su grito, esta vez de alegría, aleteó en el silencio de la noche. Cuando se apagó el último eco, una descarga atronó el aire. Juan vaciló un instante, abrió los brazos y gritó:
— ¡Cobardes!...
Y cayó muerto.
Matías, aturdido por aquel ataque inesperado, permaneció un instante indeciso. Después se echó al suelo y esperó. No se oía ni una voz ni un ruido. Ni siquiera había visto de donde había salido la descarga. Llamó:
— ¡Mariluán!...
El indio no contestó. Con la cabeza afirmada en el pecho de Juan «el Puelche», lloraba con grandes sollozos, y hablaba en voz baja, tiernamente, como si hubiera hablado a un hijo muerto.
— ¡Mariluán!...
— Huinca...
— Defendámonos...
El indio se levantó, y abriendo los brazos, gritó:
— ¡Tira aquí, ojos azules!...
Se oyó una carcajada. Matías reprimió un grito; había visto una sombra que se movía en la otra orilla del río. Siguiendo sus movimientos apuntó, y esperó que aquélla se detuviera. Pasó un rato; el bulto iba y venía, tal vez buscando una pasada. Se detuvo un momento nada más. El tiro partió: se sintió un grito sordo y el ruido de un cuerpo que caía al agua. Matías lanzó un grito de triunfo y se puso de rodillas. Aquel movimiento lo perdió. Detrás de él, a veinte pasos de distancia, brilló un fogonazo y Matías cayó de bruces.
Cuando Kanaka Joe, seguido de tres hombres, se acercó al campamento, encontró dos hombres muertos y un indio que lloraba.
Llegaron después dos hombres más; Pedro el francés, herido por Matías, había muerto... Su cadáver flotaba en el río, chocando con las rocas.
Toda la noche, Mariluán, insensible al frío, estuvo llorando junto a los camaradas muertos. Cuando vino el día, nublado y triste, un viento helado descendió de las cumbres. Cuando cesó, la nieve cayó silenciosamente sobre la tierra; caía en largas plumillas y poco a poco fué tapando todo con su manto blanco.
Al medio día, Mariluán se levantó; había envejecido en una noche. Tenía los ojos rojizos y su cara dejaba adivinar una profunda insensibilidad. Miró a los cinco hombres que estaban sentados alrededor del fuego, se agachó, besó a Juan y a Matías por última vez y se fué.
Y durante dos días aquellos hombres, como una obsesión, sintieron el alarido del indio que vagaba por las montañas. Ellos, mientras tanto, después de repartirse el oro que Juan y Matías habían recogido, se entregaban apresuradamente a la tarea de buscar más. Aquella nevada advertíales la llegada prematura del invierno.
Al tercer día ya no se oyeron los gritos del indio.
— Habrá muerto — dijo Kanaka Joe.
Pero se equivocaba. Dos días después, a la media noche del último, Kanaka Joe, que tenía el dormir ligero, despertó sobresaltado; creyó haber oído en sueños un trueno lejano. Escuchó. El trueno agrandábase; salió de la ruca. El cielo estaba estrellado... De repente comprendió lo que pasaba y echó a correr, gritando:
— ¡Cuidado!
Los que dormían despertaron asustados. En la obscuridad, atontados por aquel ruido que iba en

aumento, no atinaron sino a gritar, y la avalancha de rocas los cogió de frente, triturándolos brutalmente. Cuando todo quedó en silencio, el grito de Mariluán parecía la carcajada de un loco...

 IX 

Al amanecer fué lúgubre. Cuando el hombre de los ojos azules, casi helado, se atrevió a acercarse al campamento, un espectáculo de espanto se ofreció a su vista: todo había sido barrido por aquel huracán de piedras; la ruca y los árboles que la rodeaban estaban destrozados y los cuerpos de sus compañeros yacían exámines, destrozados y hundidos en la tierra. Las rocas se habían detenido en medio del río. Y sobre una de ellas vió Kanaka Joe, sentado, sonriéndole, a Mariluán. Acercóse a él; el indio pareció saludarlo amistosamente, y después, como cantando, monótonamente, le dijo:

— Huinca vino a buscar oro... Ojos azules también quiere oro; pero mata al huinca y Mariluán mata a todos. Hombre de ojos azules vive, pero morirá. El oro del indio viejo trae la muerte...

— ¡Vete! — rugió Kanaka Joe.

— Hombre de ojos azules, mata indio... Indio no quiere vivir. Está triste... ¡Mata, hombre, mata!

Mariluán se había levantado, y de pie sobre las roca, casi desnudo, llorando y cantando, parecía el espíritu de su raza perseguida y desposeída, ofreciendo su cuerpo al consuelo de la muerte.

Cuando el indio, después de inclinar la cabeza, abrió los brazos y pareció querer volar, rodando por fin al río, Kanaka Joe tiró su revólver y se sentó; estaba triste, abatido. La visión de tantos muertos habíale causado un profundo decaímiento. Se arrastró hasta donde había un montón de ropa, hizo un lecho y se acostó. Durmió mucho tiempo.

Cuando despertó, ya era otro. Tapó los muertos con una manta, recogió todas las provisiones que quedaban y llevando de la rienda a dos caballos, emprendió la marcha río abajo; dos kilómetros más allá armó un pequeño rancho con ramas y palos y puso en orden todas sus cosas. Hizo el balance del oro recogido por todos; era una pequeña fortuna, y con ello habría bastado, pero Kanaka Joe era ambicioso. Miró el cielo: era un día de sol, tibio, casi estival. Y dijo:

— Todavía queda tiempo...

Y se fué al río a buscar oro.

Pero así como el instante más obscuro de la noche es aquel que precede al alba, el día aquel, tibio y suave, era el que precedía al invierno. A la madrugada, ruidos claros, crujidos leves y algún rodar de piedras, despertaron al hombre de los ojos azules. Al principio no vió nada; un resplandor lechoso brotaba de la tierra. Pronto se dió cuenta: ¡nevaba copiosamente! Era el invierno.

A la mañana siguiente cargó un caballo con todo lo que pudo, abarrotó de oro su ancho cinturón, montó en el otro caballo y se dispuso a marchar. Un instante estuvo reflexionando: ¿qué ruta tomaría? Indudablemente, lo mejor era seguir el curso del riacho aquel, porque volver por donde había venido era una locura; podía perderse y... adiós todo. En cambio, el río iba hacia la llanura, tal vez a un lago, y siempre era más seguro.

Emprendió la marcha; iba contento. El cinturón pesaba un poco, pero eso no era nada: iba lleno de oro. Mejor que mejor...

En la primera jornada todo fué bien. El caballo era un poco torpe, pero poco a poco avanzaba. Seguía nevando; a la nieve se juntó un viento helado que quemaba. Esa noche durmió al abrigo de unas rocas. Al otro día, al ver que la nieve alcanzaba una altura de sesenta centímetros, lanzó un juramento. Y aquella jornada fué horrible; a veces los caballos negábanse a avanzar; entonces Kanaka se desmontaba y tiraba de ellos rabiosamente, maldiciendo y jurando en todos los tonos usados en los arrabales de San Francisco. Y la nieve caía, lenta pero continua, tan tupida que al otro día ya alcanzaba un metro de altura.

Cuando Kanaka Joe se dió cuenta de la verdadera situación, sintió que una enorme angustia le invadía. Recogió toda la ropa que podía llevar, algunas cosas de comer, y abandonando los caballos inútiles echó a andar solo; pero tampoco aquello era posible. El peso de la carga impedíale andar ligero y, además, avanzaba muy poco. La nieve le llegaba más arriba de la rodilla y un frío intenso le entumecía las piernas; tiró un poco de ropa y avanzó. Anduvo así más ligero; ya no pensaba; caminaba, caminaba. Lo importante era alejarse, irse, correr si era posible; pero la nieve parecía detenerlo. De pronto rodó; había pisado en falso, y se encontró en el fondo de una pequeña barranca. Se enderezó y subió penosamente. ¡Qué cansado estaba!

De repente oyó un silbido; se detuvo. Alguien silbaba; era un silbido breve. ¡Oh, si apareciese un hombre, aunque fuera Juan «el Puelche», conqué gusto recibiríalo! Se enterneció un instante, pensando en el pobre muerto; silbaron otra vez. ¡Ah, sí! Ya no se acordaba; miró a todas partes y nadie había en el terreno que abarcaban sus ojos que pudiera silbar. De pronto, parado en la rama de un pino, vió un pájaro de invierno que parecía saludarlo:

— Buena suerte...

Siguió andando; ya no podía más. De pronto sintió un peso muy grande en los riñones. ¿Qué era aquello tan pesado? Se palpó la cintura: era el cinturón. Lo desabrochó y lo tiró al suelo.

— Vamos...

Anduvo tres metros y cayó a un pozo. Permaneció un minuto en el fondo, descansando. Cerró los ojos; sentía un poco de sueño. Si durmiera, ¿no descansaría? Se encogió tal como lo hacía en su casa cuando quería dormir y un minuto estuvo amodorrado. Durante ese minuto, sintió que todo su cuerpo se desvanecía, y que él mismo, su espíritu, su alma, flotaba en el aire, diluido, desunido. Luego vino la reacción: la visión de su muerte lo hizo poner de pie; apretó los puños, y con la cabeza baja, como embistiendo a la muerte, empezó a andar nuevamente; pero su voluntad se enfriaba junto con su sangre. Chocó contra un árbol y cayó. Transcurrió un instante, al cabo del cual sintió que lo llamaban:

— ¡Kanakaa!...

¿No era la voz de Pedro el francés? Claro, era Pedro; Pedro, que sabiendo que él andaba perdido, venía a buscarlo. Estaba claro, claro como la llama de esa fogata que estaba allí, a cincuenta pasos de él; porque ahí, nadie podía ponerlo en duda, había una fogata grande con una hermosa llama roja.

— Ya voy, muchachos...

Se arrastró un poco, y le pareció que había llegado al lado del fuego, y que un hombre — no le veía bien la cara porque la tenía envuelta en una gruesa bufanda — lo sentaba a su lado, le daba un trago de aguardiente y lo tapaba con un poncho, caliente y grueso. Sonriendo al invisible amigo, murmuró, cerrando los cansados ojos:

— «All right!»...

Y se quedó plácida y eternamente dormido.





ARTE ARGENTINO

EN EL RIACHUELO

ÓLEO DE

BENITO QUINQUELA MARTÍN



"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

Nuestro corresponsal en Italia, Comm. Simboli, nos envía un valioso autógrafo musical de la nueva ópera *Turandot* del Maestro Giacomo Puccini.

Este fragmento del gran compositor es una primicia por él dedicada a Caras y Caretas como gratísima expresión del recuerdo que conserva de nuestro país, donde tan legítimos y clamorosos éxitos alcanzara en su visita.

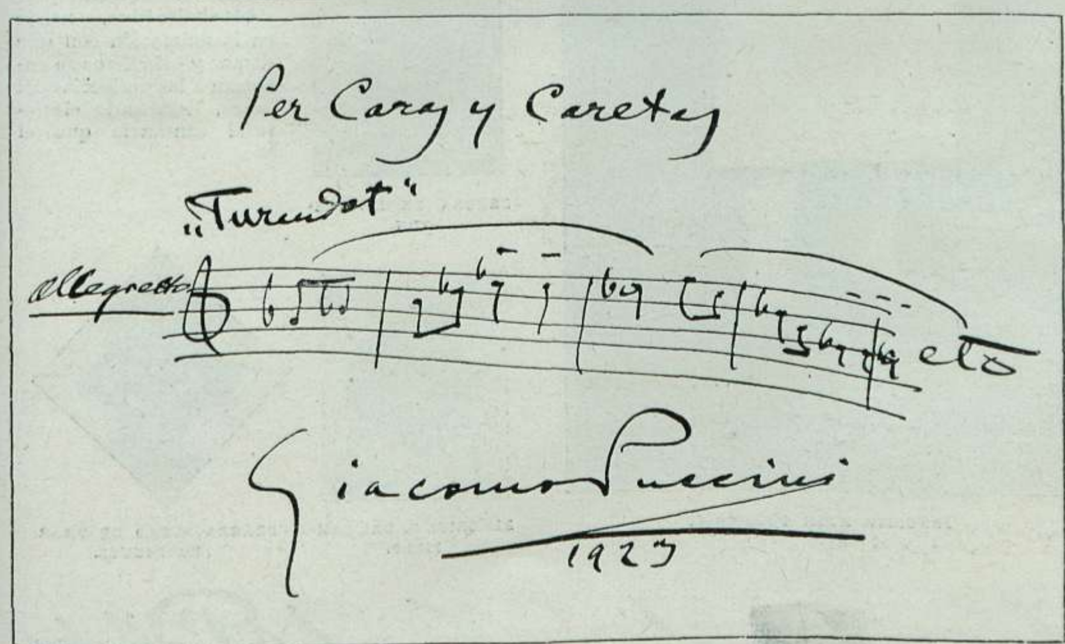
La nueva producción del autor de *Boheme* y *Tosca*

Puccini y su nueva ópera "Turandot"

se estrenará en Europa el próximo año. El libreto es de Renato Simoni y de Giuseppe Adami, en tres actos; y aunque de una manera estrictamente confidencial, parece ser que se trata de una obra de gran inspiración, según cuentan los pocos privilegiados que han tenido la suerte de oir trozos de la partitura del ilustre creador musical, quien, trabajando en el más completo recogimiento, ya tiene terminados los dos primeros actos.



El célebre maestro en su gabinete de labor.



Fragmento de la partitura y autógrafo del gran compositor.

SEÑORA DE DATES, SEÑORITAS DE CALVO Y

SEÑOR JUAN MANUEL ACEVEDO.



SEÑORA DE ROBERTSON.



Uno de los acontecimientos sociales más brillantes de la actual temporada marplatense, lo constituyen, sin duda alguna, las lucidas reuniones que se celebran en el Golf Club.

Los «links» de la aristocrática institución se ven concurridísimos por conocidos veraneantes, y una de las notas más simpáticas de aquellas partidas al aire libre, consiste en la animación con que damas y caballeros se entregan a las peripecias del juego, desafiando el natural cansancio que el



SEÑORA DE LIVINGSTON.

SEÑORITA RUTH O'FARRELL.



SEÑORITA B. DEL CAMPILLO.



SEÑORA ALDAO DE OMAR RODRÍGUEZ.

Temporada en Mar del Plata



SEÑORITAS DE BENEDIT Y DE OBARRIO Y SRS. O'FARRELL MOLINARI Y BELLOCQ.

ejercicio y los rayos solares les producen.

Los numerosos aficionados a este deporte rivalizan a diario en aquellos campos; es frecuente presenciar reñidas porfías en que, por cierto, no lleva la peor parte el bello sexo, y abundan los jugadores que lanzan la pelota con la segura puntería de los buenos profesionales.

Es un hermoso espectáculo éste, en que a la expansión y a la elegancia se aúna el ejercicio saludable que proporciona.



SEÑORITA DE AFTALION.



SEÑORA DE BENEDIT.



SEÑORA DE MARTINI.



SEÑORA DE ROBERTS.

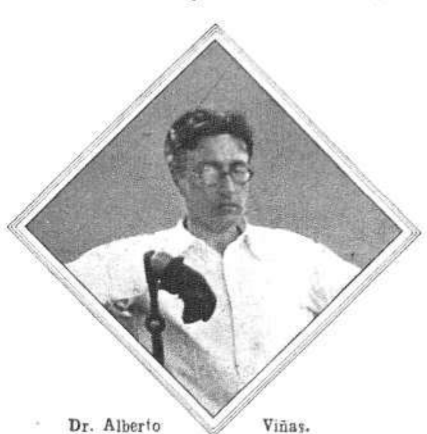
SEÑORA DEVOTO DE VAN STRAATER. — SRTA. DE OCAMPO.

Las reuniones en el Golf

Doctor Alberto Viñas, entrenándose para las Olimpiadas: salto de barrera en alto con "Guanaco".

NUESTROS · JINETES · SE PREPARAN · PARA · LAS

La nota gráfica que ilustra estas páginas informa sintéticamente del meritorio esfuerzo que realizan los delegados civiles argentinos a las grandes Olimpiadas universales a celebrarse en París, señores Víctor Fernández Bazán y doctor Alberto Viñas. Diariamente, y desde las primeras horas de la mañana, concurren a la pista del Escuadrón de Seguridad con sus respectivos caballos de campeonato, y se entregan de lleno a las múltiples y arriesgadas pruebas del entrenamiento requerido por la magnitud del rol que,



Dr. Alberto Viñas.

como delegados hípicos, ha de tocarles desempeñar en aquel gran torneo.

Los nombres de Bazán y Viñas hace rato están inscriptos con caracteres relevantes en la vida deportiva de nuestro país, habiendo conquistado también los distinguidos sportsmen, renombre y prestigio fuera de la patria. Esta vez, alentados por su energía y por lo que podríamos llamar amor al ideal y orgullo de raza, prepáranse, con gran destreza y con suma fe, a salir airosos de la misión que han de cumplir allá en la pista Colombes, ante mi-

Víctor Fernández Bazán, en su entrenamiento para las olimpiadas: salto de barrera con "Maipo".

OLIMPÍADAS · DE · PARÍS · Y · EL TORNEO · HÍPICO · S-AMERICANO

llares de miradas que buscarán en los gestos y en el aire de los concurrentes, el dilecto del destino — como suele decirse, — pero que puede ser en la totalidad de los casos, el hijo de su obra, el impulsado por su propio corazón.

Sin entrar al vedado e indiscreto terreno de los vaticinios, y guiándonos por la sensación de lo que hemos presenciado, los representantes argentinos están en condiciones de presentarse correctamente. Su entrenamiento, realizado en la modestia del silencio, sin rumores que puedan malgastar el concepto de la misión que se imponen con vanidades inoportunas, equivale a un hermoso gesto de patriotismo, que, por su desinterés y su espontaneidad, reclama todas la* atenciones de parte de quienes tienen el deber de alentar estos esfuerzos.

En cuanto a los elementos de la oficialidad perteneciente al Escuadrón de Seguridad que se preparan para los grandes Concursos interamericanos de abril, es necesario reconocer que la selección ha sido hecha con acierto, y nuestros jóvenes competidores pueden lograr éxito.



Señor Víctor Fernández Bazán.

Osman Riguetti, practicando ágilmente el salto vareado, con "Cimarrón", entrenándose para el Concurso inter-americano.



Subteniente del Escuadrón, Raúl Antolin en saltos de volteo.



Antolin en su caballo "Sebo", realizando salto de barrera ferroviaria.



Teniente del Escuadrón, Victor M. Morán, competidor para el torneo sud-americano.



Capitán Antonio Riguetti, profesor que controla el entrenamiento de los dos bandos.



Tte. del Escuadrón, Horacio Capdevila, para el Campeonato inter-americano.

ENLACES





Señorita María Carmen Coll con el señor Franklín V. Palmer, en la residencia de la novia.

Señorita Haydée Unanué Goñi con el señor Erasmo Crespo, en la iglesia de San Nicolás de Bari.



Señorita Clara María Latorre Otamendi con el teniente 1.º

Federico Pedernera, en la residencia de la novia.

Cincuentenario de Mar del Plata

SU BRILLANTE CELEBRACION

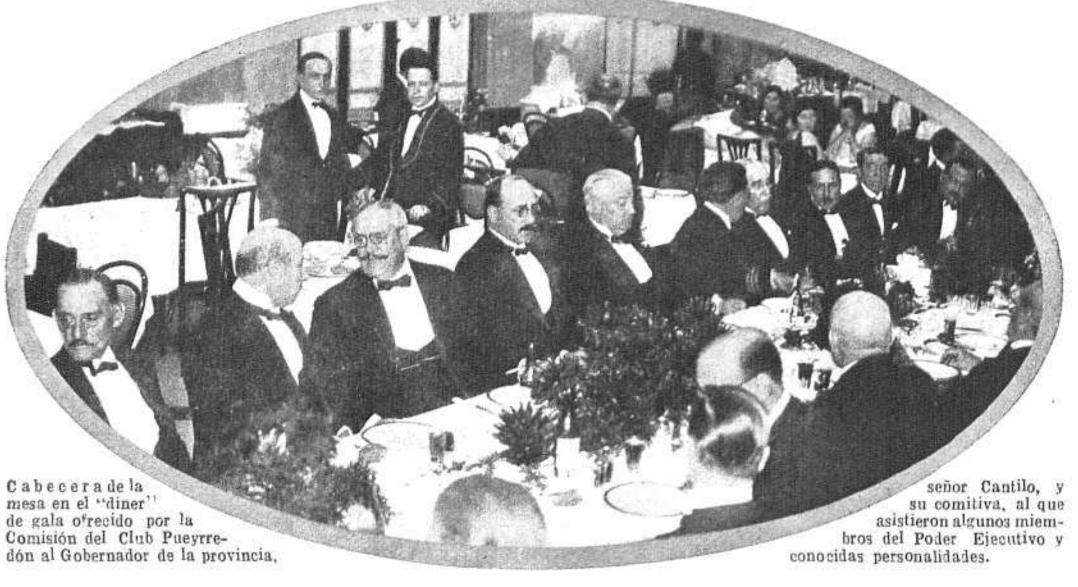
Graciosa figura ataviada a la moda oriental en el gran baile del Club Pueyrredón.



Hermoso aspecto que presentaba el amplio salón donde se celebró la fiesta, que alcanzó vastas proporciones.



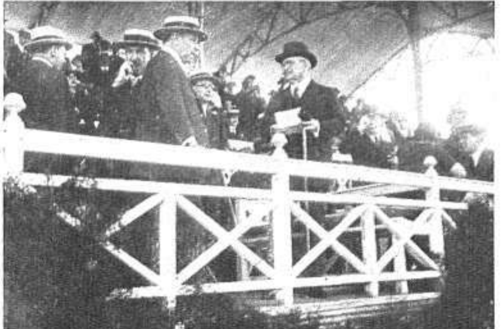
Otra "hija del Sol Naciente" que con su exotismo dió lucidez a la reunión.



Cabecera de la mesa en el "diner" de gala ofrecido por la Comisión del Club Pueyrredón al Gobernador de la provincia, señor Cantilo, y su comitiva, al que asistieron algunos miembros del Poder Ejecutivo y conocidas personalidades.



El señor Fernando Sanjurjo, propietrio del ganador del clásico Carlos Pellegrini y el señor Victorica Roca.



El señor Cantilo, los secretarios de su Gobierno, el doctor Loza, Ministro de Obras Públicas, y otros personajes, en el palco oficial del Hipódromo.



El Gobernador de la provincia y el doctor Anchorena, presidente del Jockey Club.



El señor Cantilo y su séquito encabezando la manifestación pública hacia la Plaza de España, donde se llevó a cabo un interesante torneo deportivo.

Freixas y Cía

Aceite de patente y marca F Natural y óptimo. Solar y brisado. Completo de jugo de oliva. Origen: Lucca y Oneglia.



***ESTE ES EL ACEITE** que el público consumidor de similares del mismo origen nos ha pedido insistentemente, un aceite que sea más fino y más completo.*

DE VENTA EN TODAS PARTES.

ESTE ES EL ACEITE QUE EL PÚBLICO CONSUMIDOR DE SIMILARES DEL MISMO ORIGEN NOS HA PEDIDO INSISTENTEMENTE

EL JUEGO DEL HOMBRE



Más de una vez hemos hecho alusión a lo interesante que resultaría un estudio de las palabras de nuestro idioma español que han pasado al uso, más o menos corriente, de otros idiomas europeos modernos. Entre ellas están *pronunciamiento, camarilla, guerrilla, junta, siesta,* etc., etc. Y al francés ha pasado nuestra palabra *hombre.* Que debe ser una de las palabras más nobles, si es que no la más noble, de toda lengua.

Hay, en efecto, en francés la palabra *hombre.* Hombre con h, por supuesto, y no *ombre* sin ella, porque *ombre* — en latín *umbra* — es sombra. Y aunque el hombre sea una sombra — «sueño de una sombra» le llamó Píndaro — *hombre* es en francés una cosa y *ombre* es otra. *Le jeu de l'hombre,* el juego del hombre, se le llama en francés al que nosotros llamamos el juego del tresillo, los italianos *tresetto* y los portugueses *voltereta.*

En español mismo se llama «el hombre» al jugador que en el tresillo dice: «¡juego!», señala palo, y se compromete a hacer más bazas que cualquiera de sus dos contrarios. El «Diccionario de la Lengua Castellana por la Real Academia Española» — nótese que la Academia es española, pero la lengua no es más que castellana — en su palabra «Hombre» dice entre otras cosas: « ‖ El que en ciertos juegos de naipes dice que entra y juega contra los demás. ‖ Juego de naipes entre varias personas con elección de palo que sea triunfo. Hay varias especies de él. ‖ » Quiere decir ¡claro! que hay varias especies de ese juego y no varias especies de hombres.

Véase, pues, cómo el hombre español ha entrado en el francés como un juego, si es que no como un jugador. Pero ahora se nos ha vuelto, aunque traducido, ya que de Francia nos ha venido esa canción canallesca que dice: «¡Es mi hombre!» ¡*C'est mon homme*! Y este hombre no es precisamente un jugador, sino algo peor.

«¡Juego!» O sea: «¡soy el hombre!» O si se quiere: «¡aquí el que talla soy yo!» Sabido es que en España decir de uno que es el que talla equivale a decir que es el hombre. Aunque a las veces se quede en *ombre,* sombra.

Y de paso no estará de más advertir que en el primitivo castellano, en el castellano medioeval se escribía *onme* u *ombre* sin h, ya que esta h no sonaba. En aquel castellano, cuya ortografía era genuinamente fonética, no ponían h más que a aquellas palabras derivadas de latinas que empezaban con f y cuya h era un verdadero sonido, una aspirada, así: *hazer, higo, harina, harto,* etc. Y cuando la h no sonaba no la escribían aunque su palabra antecesora latina la tuviese, como no la escriben en italiano, donde hombre es *uomo.*

Por otra parte no podía en nuestra lengua confundirse el hombre con su sombra, ya que ésta lleva la s inicial del prefijo latino *sub-*, en español *so.* Y así *sombra* es *so-ombra* (*subumbra*) bajo la sombra, como *somonte* es bajo el monte y *socapa* bajo la capa. La sombra pura parece que les daba miedo a nuestros remotos abuelos y eso que se les supone sombríos.

¡El hombre! El hombre es el que juega, es el que talla, es el que elige el palo que ha de ser triunfo. Y si le derrotan su derrota es tanto más vergonzosa cuanto que fué él mismo quien escogió palo — oros, copas, espadas o bastos — y jugó con él. ¡Oros, copas, espadas y bastos! Acaso en esta cuaternidad — o cuarteto si queréis, — se encierra toda la filosofía práctica humana. Por lo menos la española.

Dos son los llamados palos cortos: oros y copas; y dos los llamados largos: espadas y bastos. Y hay la alianza entre ellos. Unas veces la espada se alía con la copa, otras con el oro. Ahora lo estamos bien aquí, en España, aliada con la copa. Pero también se alía con el basto. ¡El hombre y el juego! ¡El juego del hombre y el hombre del juego! Porque suele ocurrir que en el juego del hombre se convierta éste en el hombre del juego.

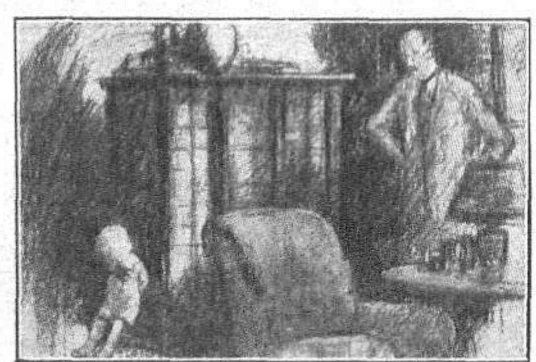
Es lástima que en español no podamos distinguir bien las dos acepciones de la terrible y equívoca voz juego. Porque juego es el de azar, el *game* inglés, y juego es el deporte, el *sport* inglés. Aunque también el deporte suele convertirse en juego de azar. ¿O es que un *match* de boxeo no suele convertirse en una ruleta? Y de aquí que a lo peor se llame deportista a un espectador de deporte o a uno que va a especular con las apuestas. Y ¡cuán lejos todo esto del noble juego que cantaba Schiller, el poeta de la libertad!

Ahora y a propósito del juego del hombre quisiera hablaros de los ases y de los reyes — reyes de oros, copas, espadas y bastos, reyes de baraja — pero esto nos enredaría en nuevas brañas que crecen a orillas del sendero. Dejemos, pues, a los reyes, que yo os prometo volver a ellos con más calma. Que nos esperen si pueden.

MIGUEL DE UNAMUNO



La madre:—¿Porqué le sacaste la lengua a ese chico?
Marucha:—Para darle una lección de cortesía.



—¿Ya acabaste de llorar, Eduardito?
—No... estoy descansando...

SODA BELGRANO

NOTA
COMICA
DEL



—¿Me hace Vd. el favor de un fosforito?



El director de la Escuela Normal, señor Juan Manuel Cotta, y la vicedirectora, señorita Beatriz M. Ronco, rodeados por las alumnas recientemente egresadas de ese establecimiento.

EL HOMBRE EN LA ESFERA DE LA LIBERTAD

Hay en el hombre una facultad por la que es verdaderamente hombre y rey de la Creación; facultad que es a la naturaleza humana lo que el centro de gravedad a los cuerpos, lo que la ley de atracción a las esferas; facultad, que ningún hombre puede dejarse arrebatar, porque tanto valdría mutilarse horriblemente; la libertad, sí, la libertad que a cada instante levanta su voz asustando a los tiranos; la libertad, que no puede morir, porque aunque arrojaran sobre ella para aplastarla bajo su inmensa pesadumbre todo el universo, la libertad seguiría victoriosa su camino, burlándose de sus perseguidores, aplastándolos bajo sus plantas, y reinando pura e inmaculada en el seno de la conciencia humana, como la verdadera ley de nuestra vida, y la corona centelleante y esplendorosa del hombre. — EMILIO CASTELAR.

LA LADRONA DEL SUEÑO

—¡A ver! ¿Dónde está esa que se lleva el sueño de los ojos de mi niño?

Con el cántaro a la cintura, la madre fué por agua a la otra aldea. Era medio día. Los niños habían dejado de jugar y cantaban los patos del estanque. El pastorcillo dormía a la sombra de la higuera. Grave, inmóvil, la cigüeña se eternizaba de pie en el pantano del bosque de mangos... Y la ladrona del sueño vino, y cogiendo el sueño de los ojos del niño, se fué volando. Cuando volvió la madre, se encontró al niño gateando por el cuarto.

—¡A ver! ¿Quién robó el sueño de los niños?






DÖRFEL

De Robert, F. C. O.



Concurrentes a la fiesta campestre organizada por un núcleo de destacados vecinos en obsequio del nuevo concejal municipal, doctor Pablo Avet.

LAS ARMAS DE LA PAZ

«Tanto España como América necesitan organizar su propaganda internacional, hasta para desvirtuar la ajena, que les es, por lo común, contraria.

«Una de las *cosas más esenciales* para ello y para la mayor y más eficaz inteligencia de las repúblicas hispanoamericanas entre sí y de todas ellas con España, es la comunicación telegráfica, aérea o submarina, sin intervención de tercero. Hasta ahora ha faltado un cable exclusivamente de Hispanoamérica o conjuntamente de América y España. Parece innecesario recalcar sobre la importancia de un cable como arma política y económica. La información es la nodriza del prestigio.

«Pero, ¿qué se sabe de América, de la verdad de América, en Europa? ¿Qué se sabe, ni aun en España, que pudiera leer — aunque no lee— nuestros periódicos, nuestros libros, nuestra legislación, y descubrirse a sí misma en nosotros?

«Tomemos el caso de Méjico, pueblo diez veces admirable, por su energía, por su inteligencia, hasta por sus desórdenes. ¿Qué se ha dicho durante diez años en Europa? Se ha dicho cuanto los yanquis quisieran que se dijese; y apareció Méjico, el gran pueblo de Hernán Cortés y Guatemoc, como un país de bandoleros.

«Sin embargo, no había que observar la superficie de las cosas, sino su fondo y esencia. A pesar de los excesos inherentes a toda revolución, y sin los cuales una revolución no existe — porque la revolución consiste precisamente en la superación violenta de antiguas normas — en Méjico se cumplían y se cumplen prodigios.

«No se cablegrafían sino terremotos, revoluciones, desastres. Que se le va un tiro a un ciudadano y hiere a un policía: revuelta; que cae al Magdalena, al Apure, al Paraná, a cualquier otro río, algún holandés borracho, y en dos o tres días no se encuentra su cadáver: inseguridad de los extranjeros; que no se asiente a alguna reclamación fraudulenta contra el Estado — de esas que casi siempre apoyan y algunas veces inspiran, y no por amor al arte exclusivamente, los diplomáticos extranjeros:— denegación de justicia. Hispanoamérica toda: un desierto peligroso cruzado de muchos tigres y de algunos hombres, más feroces que tigres».— RUFINO BLANCO FOMBONA.



Nuestros hijos son la prolongación de nuestra vida.

Velamos por su salud y su bienestar mientras ellos, en sus tiernos días, tanto dependen de nuestros cuidados; mañana convertidos en hombres y mujeres fuertes, ellos velarán por nuestra vejez. No olvidemos que las madres de los hombres vigorosos los criaron con su seno, y que para poseer un hijito sano que llene nuestra alma de satisfacción y nuestra casa de alegría, ofrezcámosle una leche abundante y rica, recurriendo a la Malta Palermo. Tres o cuatro copas diarias son suficientes para producir los mejores resultados.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



CAMAS de BRONCE

Cómprelas directamente al fabricante más antiguo y acreditado de la plaza

Adolfo Gutman

Todas nuestras camas son de puro bronce inglés.

Sólidas - Durables - Económicas

MODELOS ORIGINALES y EXCLUSIVOS

FACILIDADES DE PAGO

Soliciten Catálogos.



ADOLFO GUTMAN

1561, SARMIENTO, 1561

FLORIDA, 436

Av. DE MAYO Esq. TACUARI

CANGALLO, 747

Rosario de Sta. Fe

Calle Córdoba, 1168.

La Plata

Diagonal 80, N.° 992.

Montevideo

Av. 18 de Julio, 1077.



Si Vd Tiene

HERNIAS

LEA ESTE LIBRO

Le indicará el nuevo proceder por el cual **CIEN MIL** (100.000) herniados han conseguido la contención y reducción total de sus hernias (**QUEBRADURAS**).

Encierra más de **80** fotograbados e informes que indudablemente le interesará a usted particularmente.

Por conveniencia de su salud y de su dinero, no compre nada y no haga nada sin antes haber previamente visto este interesante libro que le será remitido **gratis** bajo sobre, por correo o entregado a usted personalmente.

Dirigirse a Compresor Doctor « HEISER »

AVENIDA DE MAYO, 1172 — Buenos Aires.

Escriba hoy mismo y lo recibirá gratuitamente y directamente por retorno de Correos.

¿QUIERE GANAR DINERO?

Le enviaremos instrucciones para fabricar juguetes y otros artículos de papier, y le compraremos todo lo que usted fabrique a buen precio. *Señoras, señores y niños, todos pueden dedicarse a esta ocupación en su misma casa, sin desatender la que ya tienen.* Es un trabajo fácil, entretenido y limpio. En horas perdidas puede usted ganar un buen sueldo mensual, y sin abandonar el puesto que ya tiene. Escriba hoy mismo a **FABRICA y DEPOSITO de JUGUETES de PAPIER**

Calle 3 de Febrero N.° 386. San Isidro (F. C. C. A.). Buenos Aires.



FRAGMENTOS DE "EL DOLOR DE LLEGAR"

Intermedio sentimental

El señor Rodríguez, filósofo y futuro fabricante de latas de conserva, estaba trinando contra el orden social. En el Ateneo le habían entregado dos paquetes. Uno de ellos era su famoso poema hiperpsíquico y transcendental titulado «Dios», que habían tenido la irreligiosidad de rechazarle por centésima vez. El otro era un ejemplar de la novela de Pérez, «Sol de la tarde».

— «Sol de la tarde» — exclamó Rodríguez, — café de la noche. Y se encaminó a una librería de viejo.

Verdaderamente tenía motivos para estar indignado. Llevaba cerca de diez años en Madrid, donde había venido a la lucha en busca de una posición social, y se encontraba como el primer día. Cierto es que por delante de su cama no era probable pasara la Fortuna, y él solía estar casi siempre acostado.

— Cada hora de sueño — decía — es un timo que le damos a la Fatalidad: mientras dormimos, somos felices...

Pero la verdad es que Rodríguez era un abúlico irredento; en teoría era un hombre terrible y emprendedor; debajo de las sábanas ideaba grandes empresas mercantiles y periodísticas. El haría una revolución en el orden ideológico si le publicasen su célebre manuscrito; también era hombre de ciencia; estaba decidido a demostrar que Darwin era una «ostra», con su estupenda teoría de las especies. El hombre no descendía del mono, no señor, eso era una tontería, él podía probarlo... Pero para ello tenía que levantarse, salir a la calle, y al sacar un brazo de la cama comprendía que nada en el mundo valía el suave placer, tibio y regalón, de su camastro hospederil, y se tapaba la cabeza para alejar todo pensamiento locomotivo y temerario.

A no ser por la pensión que le enviaba su padre, un modesto propietario rural, quién sabe lo que hubiera sido de él; pero el viejo estaba ya cansado de enviar dinero y le llamaba junto a sí: «Ven, hijo mío; aquí no ha de faltarte nada; tu madre llora mucho porque estás lejos de nuestro lado, y Luisa, tu antigua novia, pregunta mucho por ti», le decía en la última carta. Todo aquello era muy sensible y muy razonable.

Pero allí iba a aburrirse mucho, no había ambiente, aunque tampoco era muy literario el ambiente que había en su alcoba. Luisa preguntaba siempre por él, aquello era un atractivo, le traía una dulce fragancia de su primera juventud; mas ¿cómo iba él a casarse con una tosca pueblerina que seguramente no había leído a Carlyle?



En estas incertidumbres divisó a Oliverio el Gamo, que iba acompañando a una especie de orangután con sombrero frégoli, rizada melena de aborigen, traje a grandes cuadros, un gran chaleco de fantasía con bordados chillones, sobre el que brillaba una formidable cadena de dublé. La chalina roja y exorbitante flotaba al viento como un banderín; todo en él brillante, endomingado y fanfarrioso, le daba el aspecto de un viajante de bisutería de Coimbra o de Figueira da Foz. Rodríguez quiso evitar el encuentro, porque el Gamo siempre le pedía cigarrillos.

— ¡Eh, querido filósofo! Tengo el gusto de presentarte a Panchito Bengalí, escritor.

El presentado hizo una profunda reverencia, demasiado exagerada para ser decorosa.

— Viene a estudiar nuestras costumbres.

Rodríguez murmuró unas cuantas palabras de cortesía. El literato tornó a sus zalemas excesivas. Indudablemente aquel joven tenía la flexibilidad dorsal muy a propósito para ser triunfador. Hablaron de literatura, de los literatos amigos, y, como es natural, hablaron pestes.

— ¡Ese Dorio es un caballo!

— Pues ¿y Furcínez? Le debían cortar las manos para que no tuviese más remedio que confesar que escribe con los pies.

— ¡A propósito! ¿Sabe usted a quién he visto ahora en «Los Italianos» comiendo con una muchacha? Se va usted a asombrar. ¡A ese acéfalo de Rubín!

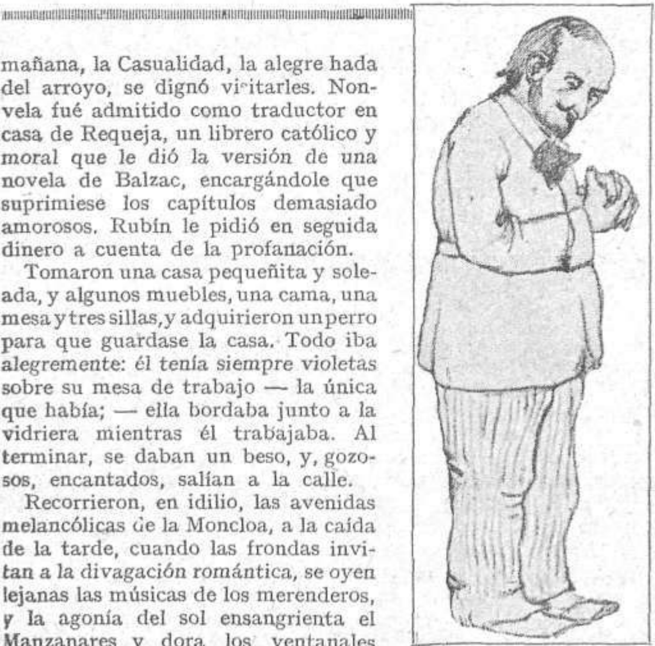
Rodríguez se quedó maravillado. ¡Comiendo con una mujer! Necesitaba verlo con sus propios ojos. Sin duda alguna el Gamo deliraba.

El delirio resultó realidad. Rubín de Nonvela, regiamente vestido, con un gran sombrero de fieltro, cuidadosamente pulido y rasurado, comía en unión de una linda jovencilla, de aspecto frágil y de ojos goyescos. Ante ellos se extendía un brillante panorama de ternera con guisantes, botella de rioja, salchichón...

— Ese desventurado debe de haber cometido alguna estafa. — Y pensó en entrar a hacerle un discurso sobre la paz de la conciencia y lo transitorio de los bienes mundanales, «Sicut homo, nubes, umbra». — Pero en fin — exclamó conmovido, — no quiero complicarle la ternera. — Como se ve, a pesar de los modernos progresos del anarquismo, aun queda algo respetable sobre la tierra.

En los tres meses transcurridos desde su encuentro con Amelia, Rubín se había metamorfoseado. Se levantaba temprano, escribía, gestionaba en los periódicos la publicación de sus artículos. Era un hombre nuevo lleno de entusiasmo y de fe; ambicionaba locamente la gloria, que traería aparejado al dinero, y él necesitaba tener mucho para la caprichosa que había encantado su vida. El camino se iba haciendo más suave, más propicio. En los primeros momentos, el hambre les había hecho su melancólica visita, pero salió a recibirle su juventud loca de amor y de risas... Los bancos de algún jardín recogieron también los primeros sueños de sus cabezas unidas, pero al cabo, una buena

mañana, la Casualidad, la alegre hada del arroyo, se dignó visitarles. Nonvela fué admitido como traductor en casa de Requeja, un librero católico y moral que le dió la versión de una novela de Balzac, encargándole que suprimiese los capítulos demasiado amorosos. Rubín le pidió en seguida dinero a cuenta de la profanación.



Tomaron una casa pequeñita y soleada, y algunos muebles, una cama, una mesa y tres sillas, y adquirieron un perro para que guardase la casa. Todo iba alegremente: él tenía siempre violetas sobre su mesa de trabajo — la única que había; — ella bordaba junto a la vidriera mientras él trabajaba. Al terminar, se daban un beso, y, gozosos, encantados, salían a la calle.

Recorrieron, en idilio, las avenidas melancólicas de la Moncloa, a la caída de la tarde, cuando las frondas invitan a la divagación romántica, se oyen lejanas las músicas de los merenderos, y la agonía del sol ensangrienta el Manzanares y dora los ventanales del Palacio. Rubín no escribía versos, los vivía. Como empezaba la primavera, el aire era dulce y lleno de tibias insinuaciones; las acacias, todas blancas como novias, enloquecían con su fragancia sensual y soñadora. A primera noche algún ruiseñor cantaba su epitalamio de cristal en la arboleda, y los cucos tejían un comentario irónico al paso de los amantes. La tierra tenía como un tremor de vida, y los árboles un rumor de nidos. Ellos hablaban de cosas bellas como mentiras, rimaban el castillo de humo de su cariño con la divina exaltación de la noche primaveral; Amelia sentía una honda purificación de paz que borraba su vida pretérita, la dulzura de un vivir honrado, fecundo y armonioso; Rubín, con su corazón-poeta de veinticinco años, le decía palabras como jazmines, como nardos y como estrellas. En aquellas horas de dulce encantamiento, ponían sus palabras de amor sobre las plagas de la Miseria, del Dolor y de la Muerte, igual que un canceroso que pusiera rosas sobre sus llagas.

Amelia era muy caprichosa. Su cabecita loca soñaba con los sombreros y con los lazos, y se detenía ante todos los escaparates.

— Es monino, ¿verdad? Cómpramelo cuando tengas dinero.—Y Rubín casi siempre se lo compraba. Era una muchacha razonable y no pedía imposibles, y sólo alguna vez, al pasar por las joyerías, miraba tristemente al soslayo, fascinados sus ojos de chispera.



A él le gustaba siempre verla bien vestida, con lacitos entre sus rizos negros, aprisionados los pies en flamantes zapatos de tafilete.

— Nada hay tan triste — decía — como ver a la mujer a quien amamos con un pobre traje raído y las botas torcidas. Además, las sedas y los perfumes se han hecho para la carne blanca y delicada, y las joyas para adorno de su cuello, de sus manos y de su vanidad. Esto era lo que él llamaba la necesidad de lo superfluo.

Ella amaba el teatro, tanto por el espectáculo como por ser un lugar de exhibición, porque era deliciosamente coqueta, con ese instinto cruel y femenino que sabe que la coquetería es una malla que aprisiona tiránicamente la voluntad de sus amantes. Una coqueta es una mujer siempre nueva, tiene el encanto de lo poseído y sabe inspirar el temor de una infidelidad, mata la monotonía, que es el mayor enemigo del amor, y aunque nos maceren con el infierno de los celos, amamos más intensamente a una querida coqueta, tal vez por el placer masoquista de sentirse arañado por sus finas uñas rosadas de gatita mimosa.

Rubín procuraba siempre satisfacer sus deseos, y para ello trabajaba cuanto podía. Hubiera querido tener el cerebro de oro, como aquel personaje de Daudet, para ir convirtiéndolo en pulseras y pieles y sortijas, aunque sacase los dedos llenos de sangre al arrancar la última porción de metal con que comprar una bagatela para su muñequita veleidosa.

Una vez que cobró un artículo en una revista, recordó que Amelia le había hablado de cierto sombrero con lazos de raso y gallardas plumas rizadas, y lo compró, encantado con la sorpresa que le iba a dar. Cuando salió de la tienda con la adquisición, no le quedaba más que una peseta: la invirtió en un ramo de flores de te.

Para cenar aquella noche tuvo que empeñar el gabán, pero la caprichosa estaba tan alegre...

Ambrosio Niel, fabricante de almas

Elías Rodríguez maduraba su plan de viaje. No tenía más remedio que volverse a su pueblo, a vegetar estúpidamente entre gallinas, puercos y socios del Casino. Había fracasado en Madrid; los editores no querían más que cosas truculentas, pornográficas; los periódicos sólo cultivaban la nota frívola de actualidad, y él era un filósofo trascendental, incapaz de manchar su pluma... Pero, por otra parte, los acreedores le devoraban como larvas, su alimentación era una quimera, porque como gastaba su mensualidad en libros, la patrona no cobraba, y era una especie de Harpagón, y por último, se había negado a darle de comer.

Rodríguez era un incomprendido. ¡Mas ya volvería él otra vez, y entonces verían si se tragaban su poema religioso!

El próximo mes se trasladaría con sus once arrobas de literatura a la casa paterna, porque tenía once arrobas de libros que mimaba con amor de bibliómano; mientras tanto pensó que su viaje no era incompatible con ir a cenar a «La Precisa», un figón de la calle del Barco, donde, además, esperaba encontrar a «Zarathustra» y continuar su contro-

versia sobre este amenísimo tema: «De las cosas y del más allá de las cosas».

Cuando llegó, la sala estaba llena de gente que comía y charlaba con algazara. Había allí obreros, señoritos traspillados, horteras y pensionistas. En un rincón divisó a «Zarathustra» en compañía de otro señor que, mientras devoraba su plato de callos, leía unas cuartillas a las que servía de atril la botella del agua.

El camarada de «Zarathustra» tenía una enmarañada melena rizosa, se tocaba con un sombrerillo redondo y abollado, tenía nariz de ratón y ojos anchos y claros, con el mirar impertinente de los miopes. Era bajo, rechoncho, sudoroso, con cierto aire grotesco y simpático que completaba un tono de voz atiplada y pedantesca.

Rodríguez vió una melena y se acercó, dando a su propietario una palmadita afectuosa. Sin embargo, aquel señor era un desconocido y miró al filósofo de un modo huraño y hostil. ¡Cómo se iba a figurar Rodríguez que hubiera un melenudo a quien él no conociera! Y se excusó cortésmente.

«Zarathustra» hizo la presentación:

— Ambrosio Niel, fabricante de almas...

Rodríguez le contempló con espanto; el interesado continuó comiendo aquella bazofia, indigna de su elevada y metafísica profesión.

«Zarathustra», cínico, maldiciente, pegó la hebra de sus diatribas:

— ¡Valiente vida esta! Hoy he ido a ver a ese cochino de Peláez, y no he podido sacarle más que dos pesetas. He estado por tirárselas a la cara... ¡Nos ha fastidiado! ¿Qué querrá que coma con esa miseria? Y además, me lastiman mucho las botas... Me las ha dado ese canalla de Morano. ¡Valiente vida!

Rodríguez observaba con mucha curiosidad al otro sujeto.

— Me choca mucho no haberle visto nunca, señor Niel. ¿No va usted a ninguna reunión literaria? A Candela, a Levante...

— Yo no salgo de mi sótano, señor mío. Yo no me reuno con estos jovenzuelos de ahora; ninguno puede comprender mi arte.

— ¿Es usted poeta?

— Sí, señor; el único poeta mundial de este momento histórico. Ve usted, ahora estoy haciendo estos «Diálogos geniales», trescientas octavas italianas. Se las leeré a usted, si quiere...

Rodríguez, atemorizado, le interrumpió:

— ¿Y aun está usted inédito, señor Niel?

— ¿Para qué voy a publicar mis cosas? El público no me entendería; la crítica tampoco... ¡Este es un país de analfabetos! Yo soy poeta de lo fuerte; de la Naturaleza, del Universo. Estos poetillas de ahora son enfermizos, decadentes. Yo, señor mío, soy un poeta cosmogónico, un fabricante de almas...

El filósofo se volvió a asombrar e interrumpió la laminación de una chuleta de perro que le habían servido asegurándole que era de ternera. Pero él ya sabía que allí al perro le llamaban de ese modo: era una metáfora.

— Sí, señor — continuó el joven cosmogónico. — Estoy escribiendo un libro de prosas que será el Evangelio de la nueva generación. Mi «Fragua de los espíritus» hará una pléyade de hombres rudos, de almas fuertes. Nada de sensualismo: «la mujer es una bestia de cabellos largos y de ideas cortas», ha dicho Schopenhauer. ¡Aquel viejo era un tío! Nada de sociedad, ni de política, ni de filosofía... ¡La vida simple, la vuelta a la Naturaleza! Yo haré unas almas que no hablen nunca, los hombres serán mudos, las mujeres también... Es decir, no, porque no habrá mujeres... Las hembras serán estranguladas al nacer...

Rodríguez comprendió que aquel joven estaba trastornado por la mala alimentación.

«Zarathustra», que había terminado de cenar, se levantó:

— Voy a ver si me convida a café ese sinvergüenza de Congosto. — Y se fué renegando de la vida, de los amigos...

El cosmogónico, que se iba aficionando a la compañía del filósofo, quiso obsequiarle y pidió dos tazas de te con aguardiente.

— Aquí me fían, ¿sabe usted? El dueño de este restaurante me ha abierto crédito hasta que yo me haga camino. Quiere unir al mío su nombre modesto y poder decir el día de mañana: — Si no hubiera sido por Venancio Zurdo, humilde tabernero, no se hubiera escrito este libro glorioso, asombro de las edades...

Rodríguez pensó que debía cultivar la amistad de aquel figonero sentimental y que fiaba tantos años con la esperanza de un reflejo de gloria.

Pero el señor Niel se había propuesto cobrarse el obsequio y le dijo, mostrándole un paquete de cuartillas:

— ¿Usted querría escuchar algunos capítulos de esta novela que estoy haciendo? Iremos a mi sótano.

— ¡Aquí mismo! Le oiré con mucho gusto.

En el umbral apareció la figura pintoresca de Rubín, del brazo de su compañera. Estaba triste, abatido. Aquel día se había dado muy mal; amanecieron sin un cuarto y Amelia se encontraba algo enferma. El editor había interrumpido las traducciones, y urgía buscar por otra parte, porque con aquella mujer tan querida le espantaba la miseria.

Elías le escuchaba conmovido. Aquella vida era un poco triste; era preciso ordenarse un poco, y si no ahorrar precisamente, prevenirse contra el hambre. En el orden hay también cierta poesía, y sobre todo se vive con más tranquilidad...

El cosmogónico se impacientaba con su manuscrito preparado.

— Señor Rodríguez, cuando usted quiera...

Y comenzó a leer de un modo altisonante, hundiendo los dedos en la maraña de sus melenas.

— «Serían las doce de la noche, obscura y fría, cuando llegó el extranjero a la posada; el desconocido llevaba un pantalón corto y una capa del mismo color...»

Así comenzaba la obra maestra del señor Niel, poeta cosmogónico y fabricante de almas...

EMILIO CARRERE

De Quequen

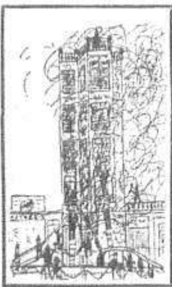
Familias de E
León y Botto, go
de las delicias de
hermosas play

Tres simpáticas bañistas en pose para "Caras y Caretas".




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

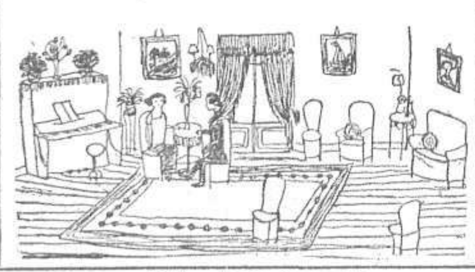
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



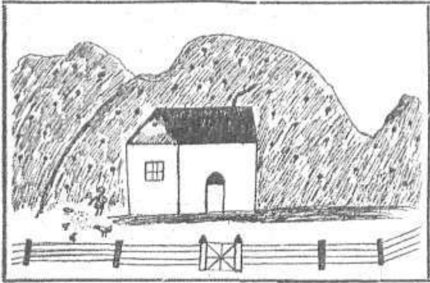
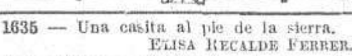
1632 — Un gran incendio.
JUAN FERNÁNDEZ.



1633 — El tren que lleva CARAS Y CARETAS.
RAMON DOPAZO.



1634 — Sarita y su novio.
AMELIA BELLAGAMBA.

1635 — Una casita al pie de la sierra.
ELISA RECALDE FERRER.



1636 — Tomando el te.
NICOLÁS BEVILACQUA.



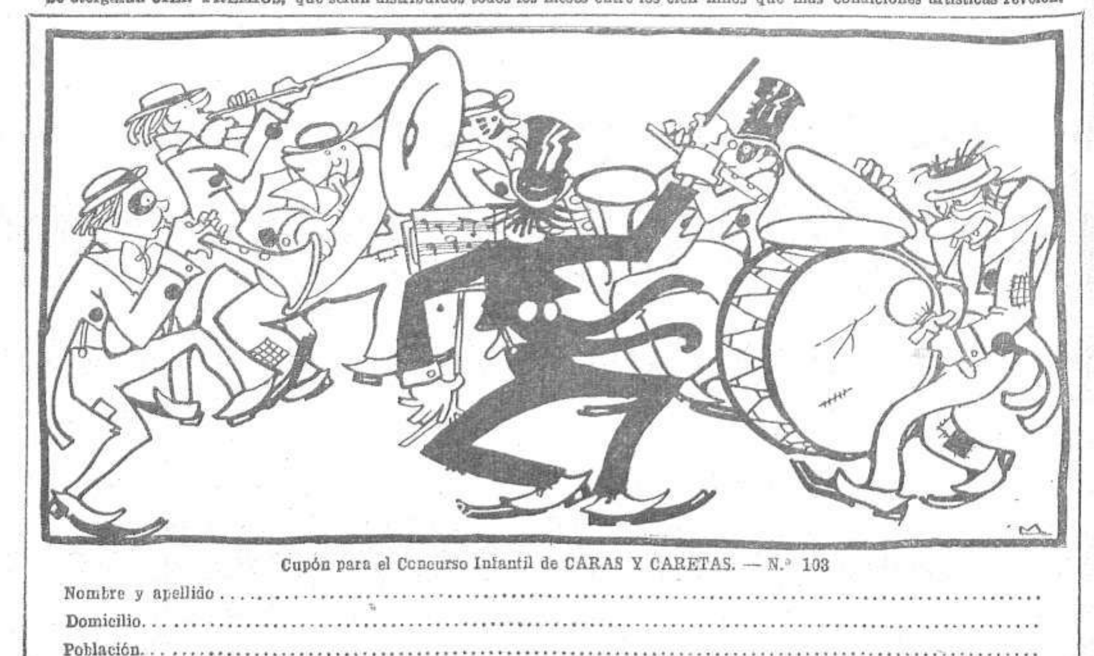
1637 — Leyendo CARAS Y CARETAS.—AURORA TORO.

De los dibujos publicados durante el mes de diciembre han sido premiados los siguientes números: 1589, 1590, 1591, 1592, 1594, 1597, 1598, 1599, 1600, 1602, 1603, 1607, 1609 y 1611.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 103

Nombre y apellido ....

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 102, han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Ackier, Ernestina Elena
Ayats, Susana.
Araujo, Gregorio.
Aranda, Aurora.
Antenucci, Alfredo.
Bedetti, Yoconda M.
Borello, Francisco.
Broquet Bressant, Juana Inés.
Bettori, Derna.
Baldessari, Clara.
Burgarth, Ly.
Bustamante, C.
Blanco, Luis.
Bortagaray, Julieta.
Bustos, Godofredo A.
Bianchi, Julio A.
Bossio, María Elena.
Carmona, Juana Delia.
Camagni, Avelina.
Cervi, Raúl.
Cotti, Helios.
Caretti, Delia.
Carabelli, Elisa.
Cortés, Ricardo.
Carfagna, Alfredo.
Capurro, Angel.
Casal, Porota Pietra.
Cristiano, Luis.
Carponeti, Berta.
Concat, Samuel E.
Cáceres, Vicente Martín.
Ciocale, María Angela.
Dari, Sara.
Durand, Esther.
Diéguez, María.
Dilelle, Francisco.
Echagüe, Luis María.
Etcheverry, Juan Irineo.
Espíndola, Julio A.
Fernández, Rosa A.
Fossa Riglos, Cococa.
Filosi, Rosa.
Farace, Eugenia.
Gregorian, Alberto.
Godino, Julio A.
Gadda, María Mercedes.
Gatti, Anita.
Gopp, Jorge.
Gariboglio, Lea S.
Hoevel, Hilda.
Heredia, Rita.
Landisi, José.
Le Bras, Alberto.
López, Armando.
Larrondo, Alberto E.
Leyes Segovia, María Rosa.
Llambías, María Carmen.
Machado, Juan Carlos.
Milans, China.
Martinelli, Lino.
Macellasi, Domingo.
Maglio, María Elena.
Montenegro, Arnoldo
Müller, Carlos O.
Merguin, Matilde.
Morales, Angélica E.
Mascaretti, María Angélica.
Onetto, Sofía M.
Pire, María.
Pozzo, Emma.
Paz, Hilda E.
Pérez Bugnard, Delia.
Peña, Julia.
Ponce, Ana M.
Palazzo, Paulina.
Ribolzi, Albertina.
Rodríguez, Pedro.
Ricaud, María Delia.
Rotto, Sarita.
Romeu, Emma.
Rela, Carlos.
Rivarola, Emilia Paulina.
Soria, Gaspar D.
Sansi, Francisco.
Scarlatto, Blanca Violeta.
Stark, Njuta.
Stillo, Rosa Carolina.
Taurel, Susana A.
Terán Vila, Araceli.
Trepat, Carmen.
Uteda, Corita.
Unia, María Rosalía.
Vertedor, Teresa.
Villaverde, Carlos.
Videla, Lucas.
Valle, Eduardo.
Varela, Francisco.
Walther, Magdalena.
Weidenbach, Martha Lía.
Weissbrod, Clara.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 26 y 27 del corriente, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residen fuera de la Capital, rogamos soliciten sus premios por carta.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

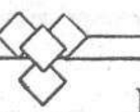
Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Galng, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 393.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosch, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano 2318.
Spinetto Alfredo L.; Rivadavia 1957.
Schnaibel Arturo; Callao 481 (2.° piso).
Simeone Pedro; Humberto I 1433.
Sicilia Mariano; Bolívar 1059.
Sánchez Alzcorbe César; Av. de Mayo 1157.
Soto Mario; Sarmiento 2347.
Silva Dherbil Federico; San Martín 414.
Villa Angel J.; Maipú 523.
Viton Alfredo; Tucumán 730.
Villarroel Luis C.; Belgrano 1130.
Wimmer Leopoldo K.; Rivadavia 5396.

OCULISTAS

Soriano Francisco J.; Sgo. del Estero 730.
Tiscornia Atilio; Maipú 535.

DENTISTAS

Castiglioni Emilio; Libertad 192.
Dueñas José; Rodríguez Peña 178.
Luján Angel J.; Ayacucho 404.
Mattia Alejandro; Rivadavia 2786.
Oliveira Ricardo; Paraná 151.
Percich Nicolás; Bernardo de Irigoyen 36.
Palma Scala José; Rivadavia, 2732.



NOCTURNO

Hacia el expirar del verano vemos que la moda ha ligeramente modificado su línea en los trajes de noche, admitiendo una pluralidad casi uniforme de vestidos rectos pero sueltos, con bastante vuelo y de bata generalmente ablusada. Estos no excluyen el vestido de estilo que vive en estos meses de los últimos favores de la diosa caprichosa, ni el modelo drapeado pero con bastante volado, ni el «fourreau» ceñidísimo al cuerpo y por lo tanto difícil de llevar y muy extravagante. A propósito de este último he visto una creación de Paris, un «fourreau» negro hecho de tiras horizontales en satín y terciopelo alternadas y de 10 centímetros de ancho cada una; el enorme y abierto cuello rígido de «skungs» dejaba libre el cuello y los hombros, mientras que las mangas perfectamente ajustadas y el borde del vestido terminaban en un muy ancho volado de satín doble. Más que un vestido, aquello era un estuche, una vaina, destinada a un cuerpo de Venus.

¿Pero cuántas son las mujeres que se atreverían a vestirse con él?

Y henos aquí, con renovado amor, consagradas a los vestidos derechos y amplios que constituyen, como he dicho, la colección de la moda en las últimas semanas de verano.

Una reunión de noche en un salón regiamente iluminado hace pensar en una reunión de soles a través del espacio; y cuando los convidados, esparcidos alegremente por el jardín obscuro, forman pequeños grupos en los que sólo se destaca el brillo de las alhajas y la blancura de las pecheras, las frías estrellas desde sus alturas parecen palidecer de envidia al mirar tantas rivales palpitantes de vida y de pasiones. Y es que al brillo de los aros y de las joyas de alto valor, privilegio de nuestras bellas porteñas, se añade hoy el centelleo de los preciosos bordados que cubren, a veces totalmente, a veces en parte y siempre con elegancia, los vestidos de fiesta.



El bordado es hoy día la parte más importante del traje; muchas veces llega a ser la única parte. Los bordados de seda, de hilos metalizados y de pequeñas cintas «lamés», se completan con perlas, brillantes y «strass».

En los vestidos de satín o de crepé esos bordados cubren enteras partes mientras que sobre un vestido de estilo, ya enriquecido por su amplitud, se prefiere un adorno más discreto.

En cuanto a los géneros, mientras el satín, el «taffetas» y el «moiré» se ven durante todo el año, en verano los terciopelos y los «lamés» dejan lugar a géneros menos fastuosos y menos pesados, apropiados al ambiente de las reuniones estivales. Esos son los crepés flúidos, los «voilés» livianos, el tul vaporoso, el joven organdí; a todos estos géneros las formas lisas convienen más que las muy drapeadas, y los vestidos que pueden ofrecer dichos tejidos son de los más sentadores. Mis lectoras tienen todavía muy fresco el recuerdo de los triunfos que ellas — o sus jóvenes hijas — han obtenido en los últimos tres años con los vaporosos vestidos de organdí y de tul. En cuanto al «laize» de encaje, mis lectoras no ignoran que es el género «milagroso», porque su caída a plomo permite dar al vestido un vuelo discretamente grande sin riesgo de que la silueta parezca de mayor volumen. Mouzet ha creado un modelo de «laize» de seda «mauve» cuyo cinturón de satín bordado a lo largo de los dos bordes con perlas de cristal e hilos de plata, faja las caderas y se ata adelante a lo Tutankamon. Mientras que otra creación francesa en «taffetas» rosa «glacé», con pollera amplísima, no tiene otro adorno más que unas finísimas líneas de lentejuelas «nacre» formando grandísimos rombos.

Un vestido de línea derecha, sobriamente amplio, en crepé satín negro con grandes motiv s florales de perlas de color, imitación Jouy, sobre un forro de gasa plateada, puede ser llevado a cualquier edad.

El vestido de organdí — para el cual tienen la exclusividad los colores delicados — *es para la juventud*, y resulta bien tanto con el corte liso cuanto con la forma «de estilo», la que tiende a desaparecer.

Si durante todo el verano los centros elegantes europeos han visto lucir de día el tapado en género liviano, generalmente «broché», de noche el abrigo clásico e indispensable ha sido la capa, en una variedad de creaciones y fantasías, gracias a la cual fué difícil encontrar dos modelos que se parecieran. Si el corte era el mismo, cambiaban los materiales y los adornos. Entre los detalles que caracterizan una capa, el cuello tiene más importancia que todo. Hay los cuellos galoneados, los armados, los simplemente fruncidos.

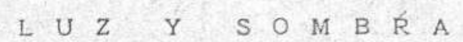
Sobre las capas exclusivamente para de noche, el cuello es casi siempre un adorno floral; pétalos de género recortado, corolas de cinta. Estas últimas se hacen con una cinta de terciopelo de 5 ó 6 centímetros de ancho, cortada en «bouclettes» de 6 centímetros de largo y reunidas en grupos de 5 bajo un cabujón negro o de color. Todas las flores así hechas son colocadas sobre una larga tira derecho-hilo, doble, que recoge los frunces de la capa.

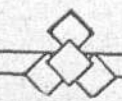
El terciopelo es muy apreciado para capas de noche sin más adornos que un volado doble al cuello y a mitad de la capa.

Una capa de «marrocain» rubís llevaba, atrás, un magnífico bordado de punto inglés. El «reps» es indicado para capas cerradas en el talle y muy ablusadas, con grandes aplicaciones hechas de «soutache» de dos colores, como verde y blanco sobre verde.

El bordado, como he dicho, es la parte más importante en toda prenda moderna. Hay modelos de casas afamadas, tan profusamente bordados, que la elegante así vestida llega a parecer un rey babilónico en traje de guerra, o un cartel cubista o *algo parecido a un loro*...

El modelo aquí ilustrado, de creación italiana sobre línea francesa, fué confeccionado en «taffetas» negro, con bordado de «strass» y perlas de cristal.





VINOS

ARIZU

EL ORGULLO
DE LA PRO-
DUCCION
NACIONAL

Soc. An. VIÑEDOS
Y BODEGAS-ARIZU
AV. DE MAYO 1035
RIVADAVIA 1032



De Rosario.—Nuevos Tenedores de Libros



Señor Hilario N. Pastor.



Señor Antonio Canó.



Señorita Maria A. Sesma.



Señor E. Camfalonieri.



Señor Joaquin Mingo.



Señor José Guiliano.



Señor Salvador Vidal.



Señor Jerónimo Franceshini.



Señor Lucio T. Sánchez.



LO QUE FALTA SIEMPRE

En toda oficina, como es sabido, tiene que haber por lo menos una máquina de escribir; así también en cada casa de comercio, familiar, etc., hay una cosa que no falta nunca, por ser siempre de necesidad, pero hay algo que debiera estar en todas partes, por su gran utilidad, y es casi seguro que muchos de los lectores no la tendrán. Se trata de

Salvitae

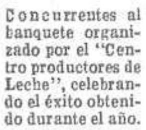
empleada con buen éxito en todas las enfermedades de los riñones; y como esas dolencias momentáneas (dolores de cabeza, mareos) tienen su principal origen en el estado de los riñones, es por esto que ella presta gran utilidad, tomada en el momento del malestar, para aliviarlo, y después para normalizar las funciones de los órganos renales, tan necesarias a su buena marcha para tener buena salud.

De venta en todas las Farmacias.

Dep.: ILLA & Co., Maipú, 73. Buenos Aires.

Si no puede Vd. obtener la SALVITAE en la farmacia donde se surte, le mandaremos un frasco por correo, franco de porte, al recibo de $ 3.60 m/n.

De Rosario



Concurrentes al banquete organizado por el "Centro productores de Leche", celebrando el éxito obtenido durante el año.



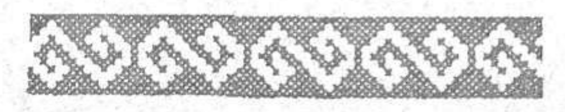
Miembros del Centro Catalán que concurrieron al picnic organizado por la Comisión Directiva en honor de las familias de sus asociados.


GOODYEAR CORD
ALL WEATHER
Considere su Seguridad.
NO es necesario explicar a los automovilistas que han usado en sus coches cubiertas Goodyear "All Weather" (Anti), cuáles son las ventajas de estas gomas. Ya saben con qué seguridad los bloques en forma de diamante de la banda de rodamiento se afianzan al camino.
Han podido comprobar, además, que añaden tracción al poder impulsivo de la máquina y obedecen a la presión de los frenos.
También pudieron notar con qué firmeza se aferran a las calles resbalosas en tiempo lluvioso y cómo se hunden en el barro, buscando apoyo en la base sólida de los caminos.
Estas facultades de la banda de rodamiento "All Weather", débense al científico diseño de la misma.
Sus bloques, en forma de cuña, se oponen en ángulo recto a la dirección que llevan los patinajes; y los canales entre los bloques, desprendiéndose del barro no bien pierden contacto con el suelo, no traban su eficacia.
El compuesto de caucho con que se confecciona la banda de rodamiento "All Weather" (Anti) es compacto y sumamente resistente, de lento desgaste, cuya distribución simétrica da una tracción máxima.
Para su tranquilidad tenga en cuenta la seguridad que ofrecen las cubiertas Goodyear "All Weather" (Anti).
GOODYEAR



ALI DIAB

POR ALBERT PAYSON TERHUNE



Yo era su huésped. Esto significaba que estaba bajo la protección de cada uno de los hombres, mujeres y niños de nariz ganchuda que componían su tribu. Significaba que durante las cuarenta y ocho horas después de mi partida, ellos tenían el compromiso de honor de vengar cualquier daño que se me hiciere. Todavía eso me parece absurdo. Pero en mi mocedad, en las selvas sirias, no había destacamentos policiales ni hoteles. La hospitalidad beduína suplía ambas faltas, como lo había hecho así desde los días del Génesis.

Durante mi estadía entre ellos, el viejo Sheik probó ser el más perfecto caballero que he conocido. *Tenía un gesto de grave majestad en su trato*, que luego traté de copiar sin éxito. Me hubiera sido eso tan fácil como adquirir la voz de Caruso.

El era Alí Diab, Sheik hereditario de una de las más formidables tribus beduínas en toda la Siria. Poco a poco — nunca de sus propios labios — vine a saber una cantidad de anécdotas a su respecto.

En su primera juventud—tenía ya la barba blanca cuando yo lo conocí,—su padre marchó a la guerra con una tribu vecina. La campaña, según todas las previsiones, iba a ser cruenta y llena de peligros. El comando impartió órdenes para que no se alistaran más que hombres hechos. El joven Alí Diab se declaró a sí mismo hombre hecho.

— Nadie se considera un hombre hecho hasta que sus barbas son largas y lo suficientemente *espesas para mantener colgado en ellas un peine* de madera — le dijo su padre.

Como respuesta tomó un peine enorme y se lo pasó con todas sus fuerzas por sus lampiñas mejillas.

— ¿Soy un hombre ahora? — preguntó; y se fué a la guerra.

Días después, un enemigo del Sheik asesinó a su padre en un encuentro personal. Pocos meses después el asesino era un fugitivo de las tropas del Pachá — la mayoría de las tribus beduínas siempre han estado mal con el gobierno turco — y corrió hacia Alí Diab en demanda de protección. Detúvose malherido y hambriento ante el joven Sheik, implorando la hospitalidad de su tribu.

— ¿Qué alimento puedes esperar de mí? ¡Oh, mi odio!

— El que quiera vuestra generosidad — fué la respuesta.

Sin decir palabra, Alí Diab hizo que le siguiera a las montañas de pastos donde estaban sus majadas. Estas ovejas eran toda su fortuna. Antes de que tuviera tiempo de decirle nada, mató a trescientos de sus mejores ejemplares. Señalando los animales sacrificados, le preguntó:

— ¿Está probada mi generosidad?

Cubriendo la retirada de las mujeres y niños de su tribu por rocosas serranías, con la caballería del Pachá encima de ellos fué herido por un tiro, no sin antes haber trazado un semicírculo de cadáveres en las tropas delanteras del turco. Cuando recobró el sentido, estaba prisionero en el campo del Pachá. El Bey turco le informó que iba a ser ajusticiado en seguida.

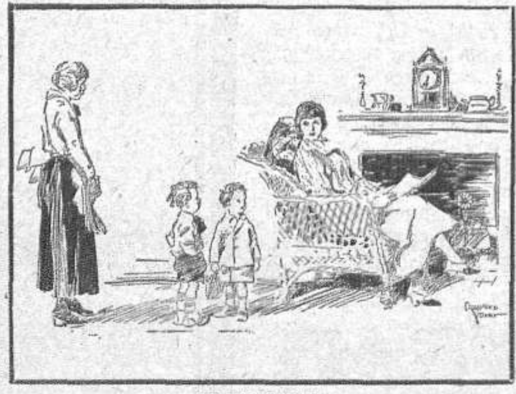
Alí Diab pidió un solo favor a su capturador. Un jarro de agua para apagar la sed que le abrasaba. Le fué traído el jarro. Alí Diab lo llevó a los labios y miró con aprensión en su derredor.

— ¡Bebed! — le gritó el Bey, leyendo su pensamiento. — Nadie os golpeará por la espalda.

Todavía el beduíno se mantenía desconfiado. — ¡Bebed! — repitió el Bey. — No se os matará hasta que no hayáis bebido la última gota.

— ¡Juradlo! — rogó Alí Diab.





PRECOCIDAD

— ¿Van al cine con María? ¿Y qué van a ver?

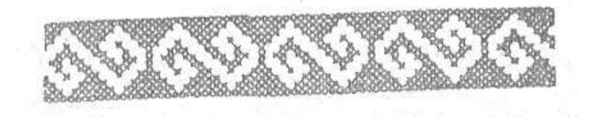
Un nene. — Yo quería ver "Labios envenenados", pero Perico se encapricha en "Por qué caen las mujeres"...



— ¡Pero no eres tan perezoso, después de todo! Como que te estás levantando a las cuatro de la mañana.

— Sí, hombre, pero lo malo es que esto lo debí hacer ayer...

—¡Lo juro! —dijo el Bey. —Lo juro por la triple promesa de que nadie será osado de mirar la cara de Allah, el Compasivo.



—Alí Diab sonrió feliz. Y arrojó el jarro al suelo. Las cálidas arenas absorbieron casi instantáneamente el líquido.

—Habéis jurado no matarme hasta que no me haya bebido la última gota —le recordó al Bey. —Lo habéis hecho citando a Allah.

Esa misma noche se escapó.

Años antes de encontrarme con él, su joven hermana salió para Jerusalén, con su madre, a comprar ropas. Ninguno de los hombres de la tribu podía aventurarse cerca de una ciudad guarnicionada. Pero las mujeres no son consideradas fuera de la ley.

Pocos días después un visitante contó a Alí Diab que había visto a una mujer con el aspecto de su hermana hablando con un hombre.

Alí Diab no hizo el menor gesto, ni dijo nada que pudiera oirse. Pero esa noche partió para Jerusalén. Llegó un atardecer en la obscuridad cerca del khan donde se hospedaban su madre y su hermana, y la llamó por su nombre. Cuando ella apareció en la puerta, la mató de un balazo. Luego, sin volver la mirada, desapareció al galope de su caballo hacia los matorrales. Había lavado la mancha familiar en el honor de la tribu. Esta muerte sólo provocó admiración entre los beduínos.

Alí Diab, como la mayoría de los beduínos verdaderos, se sentían orgullosos de poseer su ascendencia directa de Ismael, el hijo de Abraham, que fué desterrado en el desierto para convertirse en un nómada al margen de la ley, como sus descendientes. La profecía bíblica se había convertido en una realidad, en todas sus partes, en lo que se refería a Alí Diab y a otros desterrados en el desierto: «... y llamarás su nombre Ismael, porque oído ha Jehová tu aflicción. Y él será hombre fiero: su mano contra todos y las manos de todos contra él».

Mi amigo Alí Diab era un Robin Hood oriental. En cincuenta campamentos se cantaban las coplas de sus muertes. Los pobres actuaban abnegadamente como espías honorarios, para notificarle de cualquiera tentativa en su contra, o de alguna rica caravana a quien detener.

Permitidme seguir mi relato y decir la manera en que fué muerto Alí Diab. Pocos héroes tienen muerte más heroica. Lord Cardigan dirigía la brigada de caballería ligera en Balaklava, «cuando cayeron caballo y héroe», y escapó sin un rasguño. Poco después, Cardigan, mientras galopaba por unas montañas, cayóse del caballo y se destrozó la garganta.

Alí Diab había sobrevivido un centenar de acciones de guerra. Todo Siria repetía admirada su nombre.

Estaba ya en edad madura cuando su corazón se inclinó por la hija de un Sheik aliado. A pesar de que su rostro estaba desfigurado por multitud de cicatrices, ella estaba deseosa de casarse con él.

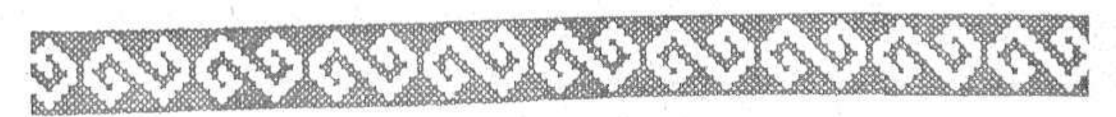
Montada a la grupa de su caballo, ella iba a su lado, mientras andaban por un desfiladero que suponía seguro, pero él notó que el camino estaba bloqueado por una patrulla de seis policías turcos montados. Al instante cogió las riendas e hizo tomar rápidamente a su caballo otra dirección, pero, entre el silbido de las balas turcas, oyó la voz colérica de su novia.

—¡Yo no pretendo casarme contigo debido a que eres hermoso o joven! —le gritó. —Yo me casaba contigo por las historias de tu bravura. Y ahora, llévame a la casa de mi padre. Porque no me he casado con un *diab* — *diab* en árabe significa oso — sino con un perro miedoso, que huye del peligro.

Esto era demasiado para Alí Diab. Se volvió aceleradamente, y enfrentando a los jinetes turcos descargó sus armas contra ellos. Antes de que se dieran cuenta de su cambio de actitud, había deshecho el cráneo de uno con su sable y había disparado su pistola contra otro. Un tercero rodaba ya por los suelos. Los restantes huían despavoridos por el terror súbito que les recordó su fama.

Herido de muerte, el Sheik preguntó balbuceando a su novia:

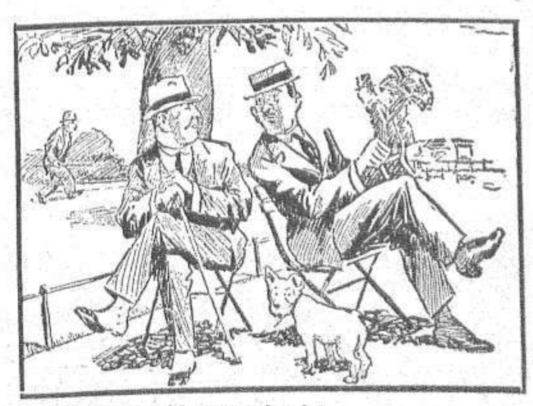
—¿Soy yo un oso, o un pobre perro?





A CADA CUAL LO QUE LE GUSTA

El mono. —¡Horror! ¡La comida está llena de hormigas!
La mulita. —¡Qué delicia!



—Che, ¿y por qué le cortaste la cola?
—Porque la movía demasiado cuando mi suegra iba a casa...



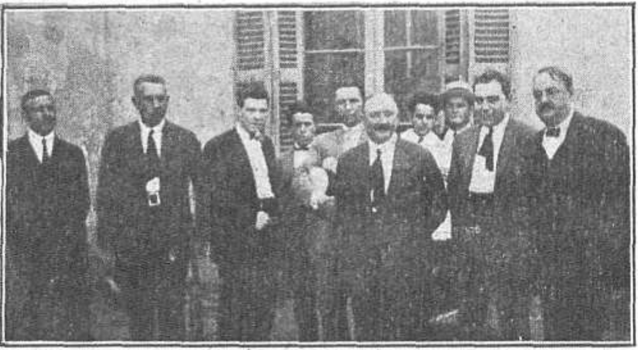
ECOS DE LAS ELECCIONES. — El Gobernador, doctor Mosca, rodeado por algunos correligionarios.



El jefe de policía y su secretario, quienes consiguieron mediante las eficaces medidas adoptadas que el orden no fuese alterado.



Recibiendo noticias sobre la marcha del escrutinio.



El doctor Menchaca, candidato por el Partido Radical Opositor, rodeado por algunos electores.



El artículo legítimo lleva
siempre la marca

Quaker Oats

Las Madres de 50 Naciones

Los habitantes de 50 naciones consumen QUAKER OATS para obtener vigor y vitalidad.En todas partes del mundo hay madres que dan QUAKER OATS a sus hijos.

Ellas saben que ningún otro alimento puede formar de la misma manera cerebros fuertes y cuerpos vigorosos.

En todas partes los inválidos y los convelecientes consumen QUAKER OATS para recuperar la salud y la fuerza.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



LUBIN
PARIS

Sola Mia

Enigma

Epidor

Douce France

NUEVOS
POLVOS
ADHERENTES
EN LOS
PERFUMES
de FAMA MUNDIAL

$: 2,00 la Caja en todas partes.



HUMBOLDT. — Empleados de la Defensa Agrícola en plena labor langosticida.

LARRECHEA — Estado en quedó la trilladora del señor Marioni, después de la explosión de la caldera, accidente que produjo la muerte de tres infortunados peones.

AGRICVLTVRA

FORESTALES UTILES: LA MORERA

Es probable que la industria sericícola tenga en breve, en la Argentina, un gran impulso en pro de su desenvolvimiento, ya que desde veinte o treinta años a esta parte se está comprobando que la cría del gusano de seda se puede efectuar ventajosamente y con éxito seguro en toda la zona central y norte del país.

Pero para que pueda esta industria extenderse necesitamos tener la materia prima indispensable para alimentar al gusano de seda, esto es, la hoja de morera; debemos, pues, en previsión de este acontecimiento industrial y económico, que puede tener vastas proyecciones, plantar muchas moreras, en todas partes donde venga bien: en cada chacra, en cada huerta, en cada quinta, en cada puesto de estancia debería haber moreras en abundancia, pues este árbol, que, sin ser de gran altura, alcanza de 12 a 15 metros, es de sombra por su copa abundante y frondosa, es para leña por sus grandes ramas, y por sus hojas sirve de alimento al gusano de seda, tiene, pues, más y mejor que ninguno, múltiples aplicaciones, sin contar además sus frutos, que son de agradable sabor.

Hojas de morera, flores y fruto.

El cultivo de la morera es fácil y sencillo: viene bien en zona de clima templado, cálido y de lluvias normales, no excesivamente seco ni húmedo, y no expuesto a fuertes y repetidas heladas tardías en primavera; en cuanto a tierras, se adapta a las más diversas, aunque prefiere las de mediana consistencia, profundas, permeables y frescas.

La morera blanca, que es la especie más indicada para el fin de que nos ocupamos, se multiplica por semilla, por estaca o por acodo; pero la experiencia ha demostrado que el primer método es el más indicado para obtener plantas fuertes, longevas, menos sujetas a enfermedades y que conservan los caracteres propios de la especie o variedad.

La siembra se efectúa en primavera, en almácigos, con tierra bien mullida y muy superficial, apenas cubiertas las semillas, pues son muy diminutas; si se siembra semilla de plantas propias puede sembrarse en el mismo verano, y así se gana un año. Para preparar la semilla se recogen las moras (frutos) completamente sazonadas, de plantas adultas y fuertes, se estrujan con la mano en un balde de agua o en una palangana, y una vez separadas las semillas de la pulpa, se secan a la sombra y se conservan hasta el momento de la siembra.

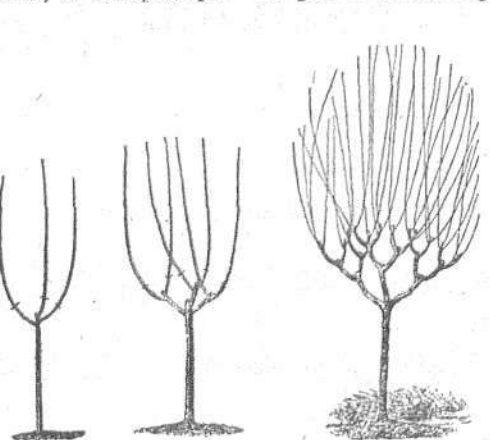
En la primavera siguiente se trasplantan en viveros, sobre tablones más grandes, en filas distante de 80 centímetros a 1 metro y a 50 centímetros entre sí en las filas, manteniendo siempre limpio el terreno de las malezas, con carpidas frecuentes; a fines de invierno se cortan las plantas a pocos centímetros del suelo, para que echen un brote fuerte y vigoroso, en el que, una vez desarrollado, se injerta al pie a ojo durmiente, de escudete, y cuando las plantas hayan estado dos años más, se trasplantan en su lugar definitivo, en hoyos bien preparados, a distancia de 5 a 6 metros, en cuadrado o a quincunce.

Al segundo año después del trasplante hay que formar la copa del árbol, para lo cual se cortará el tronco a un metro y medio o poco más de altura, dejándole tres yemas en su extremidad superior, las que en el transcurso del año siguiente producirán otras tres ramas, las que en la primavera siguiente se cortarán dejándole a cada una dos yemas; y así, cortando las ramas en los años sucesivos a dos yemas, obtendremos en la primavera del cuarto año una copa arbórea bien formada, con 24 ramas colocadas simétricamente y una planta ya en plena producción foliácea.

Una vez obtenida la forma de pleno viento, como hemos indicado, la morera, a los 4 ó 5 años desde su plantación, está en condiciones de que sus hojas puedan utilizarse; podría hacerse antes también, pero sería comprometer su vitalidad y, por otra parte, sus hojas resultarían muy acuosas y poco adecuadas para la alimentación del gusano de seda.

La recolección de las hojas se puede efectuar sacándolas solas o cortando los pequeños gajos; así suele hacerse en las últimas edades del gusano; en todo caso se cuidará de no destruír las yemas destinadas a la formación de nuevos brotes.

La producción de hojas a los 4 ó 5 años de la planta no pasa de 5 ó 6 kilogramos cada una; a los 8 ó 10 años puede ser de 15 a 20, y en estado adulto puede llegar a un máximo de 90 a 100 kilogramos de hojas verdes por planta; sin embargo, teniendo en cuenta las alternativas de la producción por causas diversas, podemos calcular un promedio aceptable de 40 kilogramos por planta; sabiendo que los gusanos de seda provenientes de una onza (30 gramos) de semilla (huevos) necesitan cerca de mil kilogramos de hojas para su alimentación, resulta que son necesarias 25 plantas para la cría de esa cantidad de gusanos; de una hectárea de moreras, plantadas a 6 metros de distancia entre sí, tendríamos 277 plantas, esto es, una producción suficiente para alimentar la cría de 10 a 11 onzas de semilla de gusanos de seda; una explotación de estas proporciones, sale ya de la órbita de la cría doméstica o casera del gusano de seda; sería ya de carácter industrial; se ve, pues, que con unas 20 ó 30 plantas de moreras tendríamos lo suficiente para una onza de semilla, que es lo que puede criar, sin muchas molestias, una familia de agricultores, y con una utilidad no despreciable.



Plantas de morera en el 2.°, 3.° y 4.° año de poda.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO

Lo que quiere el niño



La Madre.—¿Qué desea mi hijo?
La Nodriza.—Desde que ha echado un diente pide Dentol.

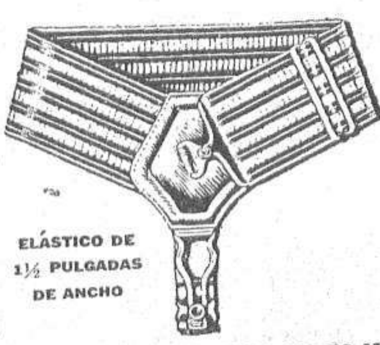
El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

LIGAS
PARIS

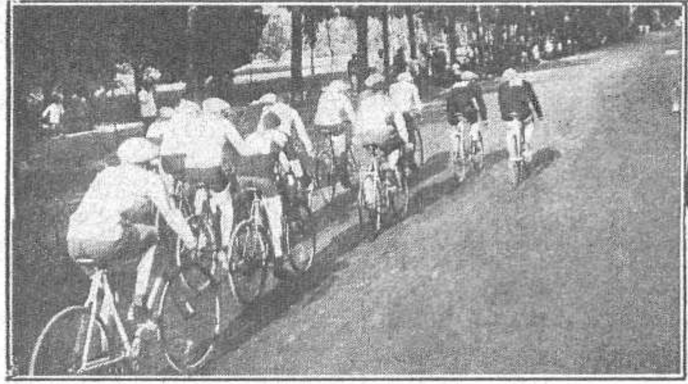
No Hay Contacto de Metal con la Piel.

Las Ligas PARIS aportan comodidad a la pierna y comodidad en general. Su calidad es siempre más alta que su precio. Al comprarlas pida claramente la marca PARIS





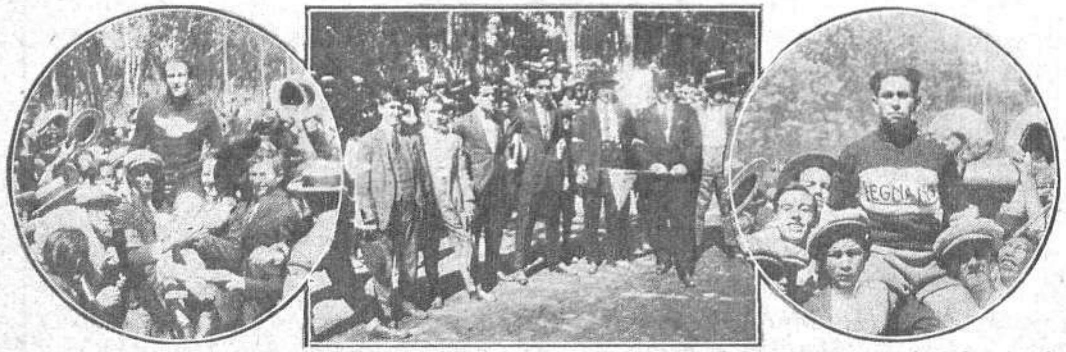
A. STEIN & COMPANY
Chicago, U.S.A. · New York, U.S.A.



CARRERA DE LOS 100 KILOMETROS. — Los competidores al iniciar la gran carrera de los 100 kilómetros.



Eugenio R. Gret, el popular "pedal", que obtuvo un brillante triunfo clasificándose vencedor.



Victorio Valentini, del Club Sportivo Belgrano, que entró segundo.

Comisión organizadora de la carrera. El señor Eduardo A. Biffegnandi, donante del primer premio consistente en 30 argentinos.

F. Pereyra, campeón de las categorías inferiores.

De Entre Ríos



CONCORDIA. — Equipo del Tiro Federal de esta ciudad, que se clasificó en el primer puesto del Campeonato Interprovincial realizado últimamente en Paraná.

PORQUÉ ALGUNAS OVEJAS NO QUIEREN A SUS HIJOS

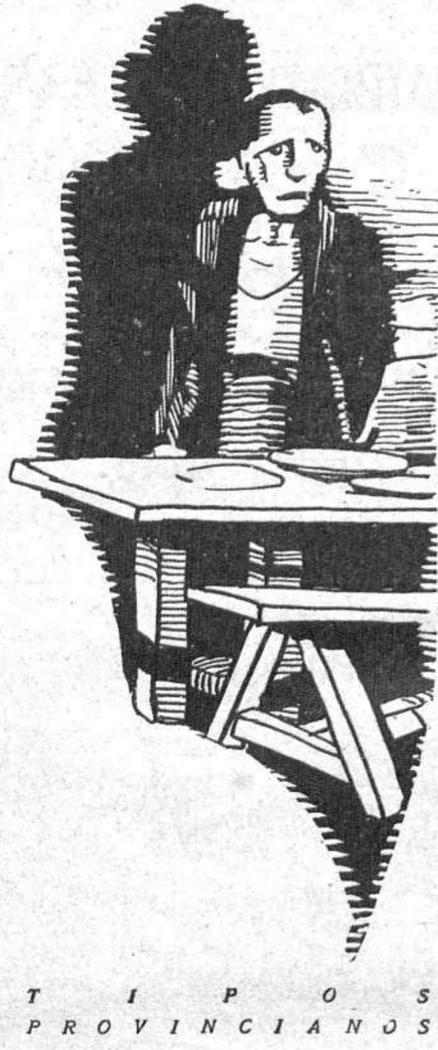
Todos los ganaderos habrán observado que en la época de la cría algunas ovejas aborrecen a los corderos, lo cual constituye una pérdida para el propietario, pues las crías se mueren de inanición.

La causa de este aborrecimiento por parte de la madre es debido, según recientes observaciones, a que los pequeños nacen con los dientes desarrollados de un modo anormal, y cuando van a mamar, como los tienen demasiado largos y afilados, hacen daño a la madre y ésta los rechaza.

Buena prueba de que consiste en lo dicho tal desafecto maternal, es que se han visto muchos casos en que la oveja que tenía dos hijos daba de mamar gustosa a uno y al otro no lo quería.

¿Cuál es la causa de esta anormalidad? Al decir de una persona entendida en el asunto, y que se ha ocupado detenidamente de él, todo dimana de la edad del padre. Si es viejo, los corderos nacen con los *dientes grandes, y por lo tanto aconseja* que nunca se empleen borregos sementales de más de seis años.

Con los cerdos suele ocurrir lo mismo, pero todo se arregla quitándoles los colmillos molestos para la madre con unos alicates, o no dejando padrear a verracos de más de cinco años.



TIPOS PROVINCIANOS

FÉLIX

—¿A dónde vas, muchacho?

— Al cerco, mama.

— ¿Y para qué llevas esos libros?

— Para espantarme las moscas.

— Eso es... Ahora volvé a la noche ¿no?

Doña Agapita menea la tipa con maíz molido y hace escurrir el afrecho como un velo blanquecino. Un viento débil mueve las ramas del árbol, sobre su cabeza, y a través de las hojas, el sol pone puntos inquietos en el percal de la pollera. Dos o tres pajaritos se descuelgan del árbol y comienzan a picar el afrecho al lado del mortero. Doña Agapita deja la tipa sobre un banquito y dice:

— Félix, volvé en seguida. Tienes que arreglar el corral de las cabras. ¿Has oído?

Los pajaritos asustados se alzan como tirados por un hilo hasta el follaje lleno de sol. Por el camino se aleja Félix hacia el cercado. Sin volver la cabeza, responde:

— Sí, mama.

Doña Agapita, arrugada de años, pequeña y tiesa, como los simboles que en el techo de su rancho amarillean, y no se conoce si viven aún, mira a su hijo pasar la tranquera y hundirse en el verde rugoso de la huerta.

— Qué muchacho... — murmura levantando la tipa. — No es capaz de afanarse en nada. ¡Cuándo para que lo vea trabajador!

Una paloma huye del alero. La viejecita entra al rancho haciendo sonar las chancletas.

Pasan algunas horas serenas y tibias bajo el abanico del sol. Un palo clavado en medio del patio no hace sombra, y la del árbol cae en buen redondel, azulando la tierra.

Félix, sentado en el borde de una zanja enjuta, mira con mucha fijeza un libro que sostiene en las rodillas dobladas. Apoya la espalda en el tronco de una higuera. Con las manos quiebra palitos contra el suelo y deshace algunos terrones bajo las alpargatas arrugadas.

— Corazón de gallina... — murmura doblando la hoja, — ojo de murciélago... cola de lagarto... raíz de artemisa... Ahá...

Pestañea un poco y alza los ojos en los que hay un brillo inquieto.

— Artemisa... artemisa...

Vuelve a leer y repite esta palabra. Se introduce un dedo en la oreja y estira las piernas empujando la tierra con los talones.

— Bueno... no sé qué es ésto. Caramba... ¿quién podrá enseñarme?

Toma otro libro más grueso y vuelve ruidosamente las hojas. Se detiene a leer y en los labios tiene un pliegue de alegría como si por un agujerito del papel viera algo raro y hermoso.

—Ahá... un yuyo... ahá...

Mira las hojas de la higuera que se balancean y parecen decirle:

— Sí... sí...

Se pone de pie después de arreglar los libros, y paso a paso se enreda en un montecito abigarrado.

Pasan otras horas. Los pajaritos se van callando recelosos ante el descendimiento del sol que, todo hinchado, se cubre de vendas espumosas al extremo del potrero.

Félix vuelve despacio por el senderito blanquecino, mirando unas ramitas que ha recogido después de mucho buscar.

— Félix...

De la distancia viene la voz de doña Agapita.

— Muchacho...

— Aquí estoy, mama.

— ¿No dije que ibas a venir a esta hora? ¿Qué has hecho todo el día?

— Nada.

— ¿No ves? Ahora andas con yuyos también.

— No son yuyos.

— Vení... arrimate...

La viejecita armada con un suncho golpea al hijo dando fuertes voces. Este, resguardando los libros, dice:

— Si no hago nada, mama.

— Y por eso te pego... porque no haces nada. Entrá ligero...

Varias estrellas se ven ya. Algunas luciérnagas cruzan sobre el campo trazando rayas amarillas. Por la puerta del rancho sale una claridad tímida. Adentro, arden unas astillas debajo de la ollita de hierro. Félix, echado en su catre, mira el juego de las sombras en las pajas del techo. Doña Agapita, inclinada, menea con una cuchara la comida que se está cociendo y mira a veces a su hijo, con los ojos torcidos.

— Ahora te quedas sin cenar. Así aprenderás a hacerme caso.

Félix no quita la vista del techo y como un susurro, dice:

— No tengo ganas.

— Así es... Como no sois hambriento.

Luego, cuando su madre va a traer agua, suspira:

— Artemisa... corazón de gallina... A media noche... eso es...

Cierra los ojos y, aunque no habla, los labios tienen algún movimiento.

Doña Agapita regresa con una jarra de vidrio llena de agua negra, que al ser tocada por el resplandor del fuego se hace verdosa. Mientras llena con ella una pavita azul, dice:

—Claro, tiene que dormir nomás. Después de andar por el monte todo el día, sin comer, viene cansado.

Hace un ademán hacia él para despertarle, pero se contiene. Toma una cuchara y prueba la comida de la ollita coronada de vapores. Prepara unos platos y se sienta a comer. A ratos alza la vista hacia Félix y tiene un gran deseo de llamarle.

Unos instantes después la puerta del rancho no tiene ninguna claridad. El patio y el monte vecino blanquean bajo los copos de la luna, que caen blandamente en lluvia silenciosa e inefable. Una brisa lenta se escurre entre las hojas sin tocarlas casi. Sobre ella corre algún croar venido de la represa próxima, y dos o tres perros, desde la distancia, se avisan que no duermen a pesar de estar somnolientos de luna.

Félix abre los ojos lentamente y los dirige hacia el cuadrado de la puerta. Escucha la respiración de la viejecita ya dormida, y sin hacer ruido baja de la cama y sale. El resplandor blanco le da en el rostro enjuto, en la chaqueta, en los pantalones, en las canillas. Tiene en las manos un libro y un envoltorio pequeño. Camina por el patio, sigue el sendero de la huerta y penetra en ella hasta el pie de la higuera. Coloca sus objetos debajo de un brazo y ayudándose con el otro trepa lentamente hasta las ramas altas. Enhorquetado en una, abre el libro, hojea un rato y dice gravemente:

— Ahá.

Extiende un brazo hacia el monte bañado de luna y comienza a leer:

— Oh, espíritus que moráis más allá de las ondas...

Sus palabras se obscurecen en un murmullo de rezo. Las hojas frotándose unas contra otras parecen chalas escarbadas por las gallinas. Un sapo acatarrado se obstina en dar su nota más grave.

Félix baja el brazo, cierra el libro, saca una cuerdecilla, ata el envoltorio y en seguida se lo ajusta debajo de la axila izquierda. Desciende con precaución, procurando no dar la espalda a la luna. Llegado al suelo se tiende boca arriba con los brazos en cruz y queda inmóvil.



Por el camino real marcha, al trote largo de su viejo malacara, don Crescencio, un paisano de las cercanías. De trecho en trecho talerea con fuerza al caballo y hace sonar los estribos. Antes de clarear, ha discutido con su mujer por un mal negocio y lleno de disgusto ha salido rumbo al pueblo.

Los cascos hacen un rumor muy perceptible en el alba tranquila.

Félix abre los ojos, da un salto y mira en todos sentidos. Recoge el libro, se restrega los párpados con el dorso de la mano y vivamente se dirige hacia el camino.

A poca distancia viene don Crescencio. Félix tiene un brillo en las pupilas. Coloca el libro en el suelo, se cerciora si el envoltorio está asegurado en la axila izquierda y comienza a accionar agitando los brazos. Don Crescencio no lo advierte a pesar de estar muy cerca ya. El muchacho redobla sus movimientos y caballo y jinete siguen como si Félix fuera nadie. Una sonrisa estira sus labios alegremente.

Luego, quitándose el envoltorio grita:

— Buen día, don Crescencio. Don Crescencio vuelve el rostro

— Buen día, muchacho. ¿Qué andas haciendo?

— Nada... sino que recién pasó pechándome, y... ¿no me ha visto, no?

— No. Parece que has salido del suelo. Bueno, adiós.

Y sigue al trotecito hasta perderse en los follajes lejanos.



Doña Agapita, después de lavarse la cara en la acequia que corre bajo los algarrobos, se sienta a tomar sus mates al lado del rancho, cuya sombra se alarga hasta el cercado, proyectada entre la claridad de un sol nuevecito y rosado como la mejilla de un chico. Mientras chupa la bombilla mira a lo lejos con impaciencia. —

Cinco o seis mates ha tomado ya.

Algunos pollitos algodonados y vivarachos corren y rodean a la gallina ufana y garbosa que les indica el grano o la brizna, y ellos los disputan aturdiéndose con sus pío pío.

Doña Agapita arruga la frente pensando en esa madre y esos hijos y mira el camino.

Félix avanza tranquilo y grave, con su libro. La luz matinal le da en las marcadas ojeras. Félix viene contento. No teme a nadie porque ha logrado por fin lo que deseaba. Está seguro de que su madre no le verá mientras tenga su talismán consigo. Y Félix, que no ha comido desde la víspera, ensayará la prueba definitiva comiendo delante de doña Agapita un buen pedazo de tortilla que sacará del canasto. También tomará leche y mascará un patay de ese que tanto le mezquinan.

Doña Agapita, ha formado también su plan. Deja que el muchacho se aproxime. Le ve entrar al rancho de puntillas, y salir comiendo con avidez su patay. Félix convencido de que, en efecto, se ha vuelto invisible, llena con leche un gran jarro de lata y tomando un poco de azúcar de la gaveta que en las faldas tiene su madre, se prepara a desayunarse regaladamente.

La viejecita se levanta y va detrás del rancho, coge un largo bastón y al tiempo que el invisible hace su primer sorbo, le agobia con una serie de fuertes garrotazos.

Félix, tan llorón al menor amago de reprimenda, soporta silencioso el iracundo vapuleo. Deja el jarro en el suelo, luego la tortilla y el patay. Se levanta, y recibiendo aún varios golpes finales, va pasito a pasito hasta su higuera.

Se sienta como lo hacía antes en sus largas horas de investigaciones ocultas, se quita el talismán, lo mira fijamente un largo rato y poco a poco le van saliendo las lágrimas.

Apoya la frente en las rodillas dobladas, extiende una mano, toma un palito y se pone a rayar el suelo.

— Ese yuyo... ese yuyo no era artemisa... — dice con honda pesadumbre. — No era artemisa...

Canta un pajarito en las ramas de la higuera.

Una gran mancha de sol alumbra el afrecho al lado del mortero, y en el verde rugoso de la huerta brillan muchas gotas de rocío.



GREGORIO GUZMAN SAAVEDRA



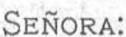
El doctor José Bentolila, enviado por el Consejo Nacional de Higiene, en el Dispensario donde realiza una extensa obra profiláctica contra la lúes, enfermedad bastante desarrollada en estas regiones.

Núcleo de estudiantes del Colegio Nacional de Santa Fe, que realiza una jira por esta provincia, con el fin de estudiar sus industrias y comercio.

FAJA DE CAUCHOUT

IDEAL PARA LA

ESTETICA



SEÑORA:

Usted también puede disfrutar de la gran oportunidad

LEONARD

Faja de cauchout colorada, modelos varios, con cuatro ligas seda, $ **25.-** m/n. **En cauchout rosa pálido,** pesos **35.-** m/n.

La Faja **LEONARD** de cauchout se amolda admirablemente y realiza un conjunto distinguido. **Toda Señora puede usarla,** en una de sus distintas formas: **Completamente cerrada,** si presenta talle suave; **Abierta atrás o adelante,** para conformar o reducir cómodamente; o **Abierta a los costados,** cuando las caderas son pronunciadas.

Remita con su pedido las medidas de **cintura y caderas, clase y forma de confección.** Todo encargo es cumplimentado con esmero y rapidez.

A Vd. le interesa conocer el nuevo modelo **LEONARD** — patente N.º 21361 — **transformable, poroso, higiénico,** lo más útil y beneficioso para la estética. Las Fajas **LEONARD** únicamente se confeccionan y venden en:

LEONARD

ESMERALDA, 577 BUENOS AIRES



NUESTRO OBSEQUIO

para nuestros clientes.

ALBUM CON LAS 100 RAZAS DISTINTAS DE AVES

en colores naturales que cultiva nuestro

CRIADERO "EXCELSIOR"

el más importante de la América del Sud, remitimos al que envíe pesos 1.— m/n. Ofrecemos además, *para industrias de gran porvenir* los siguientes libros ilustrados: Manual de Avicultura, pesos **1.20**; La Cría de Abejas, **$ 0.50**; Industria Lechera, **$ 1.50**; Conservación de Frutas, **$2.** — La colección completa con el Album, **$ 5.**— Oferta limitada. Escriba en seguida.

EXPOSICION "EXCELSIOR"

BELGRANO, 499 — BUENOS AIRES

¡OFERTA EXCEPCIONAL!

RELOJ de plata 900, máquina Suiza, Ancora, 15 rubíes, con pulsera de gamuza fina, para caballero $ **23.00**

El mismo enchapado en oro 18 kilates, garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora...... $ **25.00**

Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.

N.º 142.— GEMELOS plata 900, iniciales que se deseen en esmalte, e par pesos......... **4.90**

N.º 170.— AROS etruscos, imitación plata u oro viejo, el par... $ **4.00**

N.º 524. — AROS etruscos plata vieja o imitación oro viejo, el par.. $ **4.00**

N.º 528. — PLATA 900, gancho de oro 14 k., piedras marquesinas, a........ $ **7.50**

N.º 530. — PLATEADO fino, brillantes y color, el par a pesos.... **2.90**

N.º 141. — ANILLO plata 900, iniciales que se deseen en esmalte, a pesos...... **5.00**

N.º 531. — PLATEADO fino, brillantes y perla, el par pesos...... **2.90**

PULSERA de seda, con placa de plata 900, nombre que se desee en esmalte.................... $ **5.00**

La misma, de oro 18 kil., macizo............. $ **15.—**

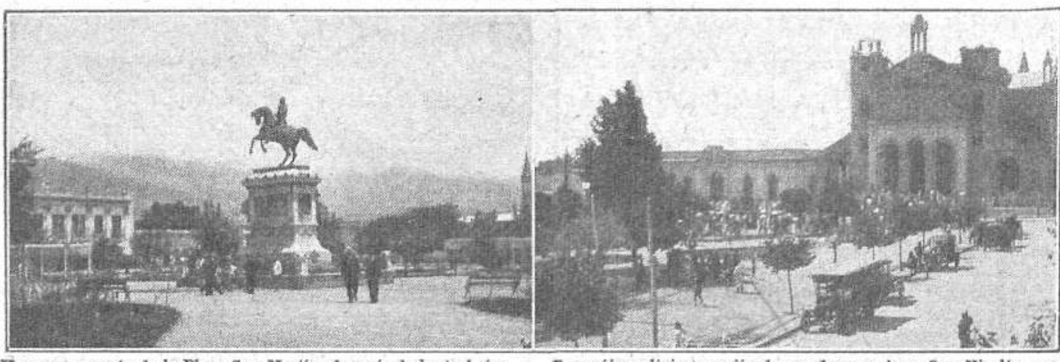
Los giros postales dirigir a nombre de P. SEITLER

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



Hermoso aspecto de la Plaza San Martín, después de los trabajos de embellecimiento ejecutados por la Intendencia Municipal.

Procesión religiosa realizada en desagravio a San Nicolás y el Niño Alcalde, por el ultraje cometido por manos anónimas al despojarlos de las valiosas joyas que los adornaban.



Los alféreces de San Nicolás que, con su tradicional indumentaria ponen una vistosa nota en las fiestas religiosas realizadas en esta ciudad.



El triunfo de la vida

tiene su más feliz expresión en el amor de la madre.

Según la feliz expresión de un sociólogo, el amor de madre es la vida misma.

No hay duda que ese sentimiento sublime lleva hasta el sacrificio, cuando es necesario; pero no es menos cierto que la madre debe cuidar su propia salud, por ella y por sus hijos.

En la época de la lactancia, sobre todo, debe fortificar su organismo con AFRICANA EXTRACTO DOBLE, que es un precioso tónico recomendado por eminencias médicas.

En la comida y a toda hora

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la

COMPAÑIA CERVECERIA BIECKERT Ltda.

San Juan, 3334. — Buenos Aires.





Dedíquese preferente atención a la calidad de los padres de cabaña.

Las haciendas deberán engordar y vender sus productos lo más rápidamente posible.

Fué en un banquete de la Sociedad Rural de Rosario, hace ya tres años, cuando uno de los comensales, en su discurso, derivó nuestra atención hacia el hecho de que las perspectivas que se ofrecían por aquel entonces no eran muy prometedoras para los criadores, agregando que, en su propio caso particular, él no tenía nada que temer por la razón de que no había criado vacunos que no respondieran al tipo denominado «chillers». Luego explicó que, afortunadamente para el buen nombre y el desarrollo comercial del país, había otros muchos criadores que procedían como él en esta producción argentina, lamentándose, al mismo tiempo, tener que admitir que un gran número de hacendados parecían contentarse con criar y engordar una ordinaria y mediana clase de animales cuya carne no llenaba cumplidamente las exigencias que los mercados europeos demandan, y como consecuencia de ello, esta clase de hacendados son los primeros en quejarse de las dificultades con que tropiezan en sus operaciones de venta y de los precios que han de aceptar por sus animales.

Cierto que el orador pertenecía a los criadores de ejemplares de pedigree, pero, sin embargo, reconozcamos que sus censuras resultaban perfectamente correctas al referirse a los descuidados y no progresistas criadores; y no hay que olvidar que, observando desde cualquier punto de vista, pedigree siempre implica calidad en carne de vaca, de carnero y de puerco.

Con respecto a la carne de carnero y a la lana, que me sugiere algunas consideraciones en estos momentos, siento tener que decir, por mi cuenta, que cuando los precios eran bajos para la lana hace algunos años, hubo bastantes estancieros los cuales, aunque perseverando en la cría de sus ovinos, descuidaban la necesaria atención que requiere el tipo y la calidad del carnero que empleaban para sus rebaños.

Muchos criadores de ovinos de pedigree procedieron así también, pero no tardaron en lamentarse de su error. Sin embargo, un buen número de estos industriales ganaderos han despertado al fin de su abandono y ya reconocen el dicho, tantas veces comprobado: «cultivar la crianza lo mejor y nada más que lo mejor, ya sea para vacunos como para porcinos, ovinos y yeguarizas».

Durante una jira de quince días por la parte Sur del país, tuve buenas oportunidades de pasar revista a varios rebaños de ovinos, y fué con satisfacción que advertí un general deseo en los criadores hacia una cría de mejor «standard», lo mismo para la carne que para la lana.

Ahora bien; como cualquier hombre práctico conoce, no es cosa tan fácil realizar ambos ideales a la vez; pero, sin embargo, todavía se puede hacer mucho con buena voluntad en favor de dicho «stock» si todos los que se relacionan con tal industria se proponen trabajar hacia la mejor mestización de los ovinos que empleen con propósitos reproductores.

Es opinión común que, en poco menos de una década, el «stock» de ovinos en este país ha sufrido una merma de 12 a 14 millones, aunque, por mi parte, me permito dudar de estas cifras.

Yo sostengo enfáticamente que en el crecimiento de las majadas podrían lograrse beneficios en gran escala si cada criador prestara la debida atención a la calidad de los carneros.

Además de las ventajas particulares que conseguirían aquellos interesados en la reproducción de animales de pedigree, se operaría un gran progreso general en carnes y lanas de ovinos, de lo que tanto depende el comercio de exportación de la república.

En tanto que es generosamente admitido en otras naciones que la República Argentina se halla colocada a la cabeza como reproductora de carne vacuna, debe de concederse que, en cuanto a la producción de carneros y lana, Nueva Zelandia y Australia la sobrepujan, no existiendo ninguna válida razón para que ello sea así, puesto que las tierras, el forraje y el clima de este país son tan favorables a esta última industria como los de cualquiera otra nación adelantada en este sentido.

El estanciero o chacarero que utiliza buenos animales padres y sabe hacer un cuidadoso y anual «desecho» de sus rebaños, está indudablemente en condiciones de producir un tipo que se desarrollará mejor y que engordará más rápidamente, dando un mayor porcentaje de buena calidad en cuanto a su carne y a su lana, que los animales de aquellos otros industriales descuidados que se limitan a comprar carneros de mediocre o pobre calidad para padrear con sus ovejas; y este hecho jamás puede ser demasiado repetido y proclamado en los presentes tiempos.

Lo que hay que hacer con las vacas criollas. — Selección de la raza.

Estableciendo un paréntesis en este interesante asunto de la calidad y pasando de los ovinos a los vacunos, puede que no sea inoportuno informar ahora a mis lectores de lo que opinan los expertos australianos según un reportaje que les hiciera recientemente un periodista de la Rodesia, Africa del Sur. Interrogados acerca de la exportación de carnes, he aquí lo que le dijeron: «Australia es fuertemente competida por las ventajas de que disfruta la Argentina. No solamente esta nación se halla bien organizada en la industria ganadera y posee animales de primerísima calidad, sino que la distancia a que está de los mercados europeos es menor que la nuestra, lo que significa una gran ventaja para ella en el mercado de «chilled». Sin embargo, núcleos de representantes australianos y comisiones especiales, trabajan activamente por abrirse mercados en los pueblos del Este, tales como Java y la India. Una cosa es buena y segura en la riqueza pública de Australia y ella es la industria ovina. Con respecto a la pobreza en la calidad de la carne vacuna en gran parte de Australia, y a las dificultades experimentadas para colocarla en los mercados europeos en vista de la competencia que hace la Argentina con sus mejores productos, resulta muy satisfactorio conocer la opinión del señor Mac Vitty, cónsul norteamericano en Auckland, Nueva Zelandia, el cual dijo, a propósito de dar con una solución conveniente al problema presentado por el tremendo aumento de mediocre y mala carne vacuna australiana y, al mismo tiempo, al presentado por la salida de un gran «stock» de «criollo» y vacunos de calidad inferior que al presente pastan por vastas áreas de la República Argentina, estas significativas frases que se relacionan con los esfuerzos realizados por el Departamento Australiano de Comercio para convertir en moneda su gran exceso de carne vacuna de inferior calidad:

«La harina de carne está ahora siendo manufacturada con tan buen provecho como la leche en polvo en Norteamérica. Las tentativas iniciales en tal dirección parece ser que se han llevado a cabo por el buen camino. Siguiendo un proceso especial de secadura y pulverización, es producida la harina de carne para poder ser conservada indefinidamente conteniendo todos los principios nutritivos y el valor de la carne fresca, y el costo a que se obtiene permite venderla fácilmente. La harina es así materia cruda o prima, y durante el proceso a que es sometida no es cocinada, pero sí secada a muy baja temperatura; y todo lo que se pierde en el transcurso del tratamiento es aproximadamente un 60 por ciento de agua y las propiedades disolubles. Mientras dura el citado proceso de la secadura la carne es prensada, y después de los últimos manejos a que es sometida, los jugos extraídos son de nuevo echados en ella. Mediante el nuevo proceso «Remus», la carne-harina, conservando todas sus buenas propiedades, puede ser cocinada más rápidamente que la carne ordinaria. Este nuevo artículo así preparado está obteniendo gran aceptación, y es muy probable que en un próximo futuro serán establecidas muchas fábricas de esta índole en todo Australia».

He aquí una gran oportunidad que debiera aprovechar la Sociedad Rural Argentina para ponerse en comunicación con el Departamento de Comercio de Australia y concertar, en amplio negocio de buena fe, un buen arreglo por el cual pueda utilizarse también el exceso de carne vacuna de pobre calidad que indudablemente existe en el país.

Geo. A. J. Peters

LA SEQUEDAD DE VIENTRE ES EL MAL

Un estreñido está propenso a todas las enfermedades,

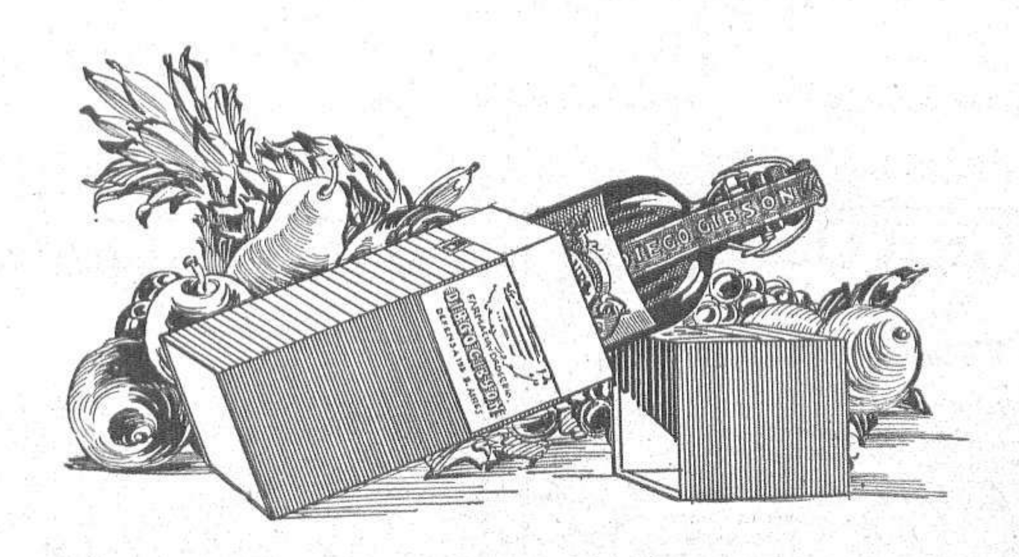
y es un enfermo constante para quien la menor demostración de su mal son los granos, forúnculos y eczemas que abundan tanto como el mismo mal que los provoca. No deje de darle la importancia que tiene la sequedad de vientre y evítela o cúrela, sin habituar con drogas su organismo, bebiendo

LEVADURA DE FRUTAS GIBSON

Un delicioso champagne de frutas frescas que curará el mal sin molestar al cuerpo.

Folletos explicativos se envian a solicitud.

FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
192, DEFENSA, 192.
Unica Sucursal:
FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.



MAS GENERAL Y EL MENOS COMPRENDIDO

MERCEDES.— Parte de la concurrencia a la fiesta realizada en el Departamento de Policía, en la cual fueron repartidas ropas y regalos entre los recluídos.



Autoridades provinciales y caracterizados vecinos de esta ciudad reunidos en los jardines del departamento, el día que se celebró la fiesta antedicha.

EL OCASO DE LA CIENCIA ALEMANA

El ilustre profesor prusiano Pablo Kehr ha publicado un artículo que están reproduciendo no pocos periódicos europeos, y cuya síntesis y alcance están compendiados en las frases que hace pocos meses tuvo ocasión de pronunciar Pío XI, con la amargura de un hombre que consagró sus años al estudio y al progreso científico: el desamparo de la ciencia alemana.

Kehr declara que, como ineludible consecuencia de la pérdida de la guerra, la decadencia de la ciencia alemana, cuyo esplendor era orgullo de su patria, es un hecho evidente. La depreciación del marco grava más y más la lucha desesperada de los investigadores contra la necesidad y la miseria. Las causas de esta decadencia son de índole objetiva unas y de índole personal otras.

Entre las primeras, la primera es la carestía de elementos, ya instrumentales, ya en especie.

El alcohol, por ejemplo, que costaba 50 céntimos en 1914, cuesta hoy 1.500 marcos; un microscopio médico, de 15.000 marcos hace siete años, vale ahora la friolera de 400.000; un aparato radiográfico, de 100.000 marcos que costaba otrora, se ha elevado ahora a la cifra de 4.500.000.

En cuanto a los libros, baste decir que la impresión de un volumen cuesta hoy 850 veces más, y su encuadernación, 950.

Claro es que así no puede haber editoriales científicas, ni siquiera para revistas, pues una que antaño tenía suficiente con una subvención de 20.000 marcos, hoy necesita más de 1.000.000

Por lo que a la situación personal de los hombres de ciencia alemanes se refiere, el cuadro es horrible.

El 85 por 100 de los industriales no dispone de lo más necesario para la vida, y muchos profesores necesitan recurrir a trabajos manuales para seguir viviendo, a pesar de haberse centuplicado sus consignaciones en el presupuesto. Con la mordaza de la paz ficticia, todo su porvenir intelectual está perdido, porque un pueblo esclavizado no puede dar valores culturales.

RENAULT

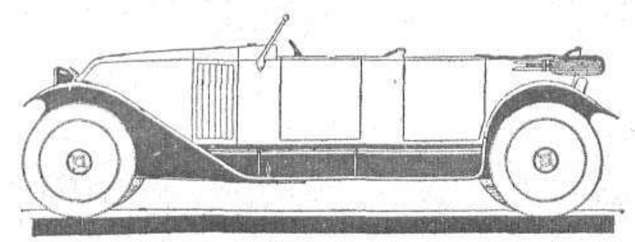
La baja del franco es el factor de la

REBAJA DE PRECIOS

Que hacemos beneficiar a nuestra clientela.

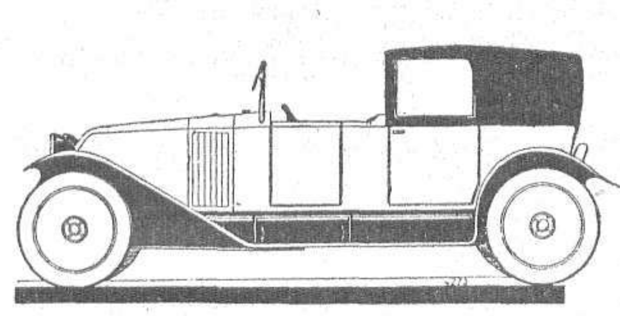
Su nuevo modelo 10/20 H. P.

Motor potente y de marcha suave.



Frenos en las cuatro ruedas.

Tapizado de cuero legítimo.



80 kilómetros por hora.

10 litros de nafta en 100 kilómetros.

SUS NUEVOS PRECIOS:

Faeton 5 asientos tipo Sport	**$ 6.650**
„ 7 „ „ Turismo	**„ 6.750**
Coupé serie lujo con «estrafentines»........	**„ 8.750**
Coupé Limousine „ „	**„ 8.900**

Se entrega con su 5.ª rueda y goma.

SOLICITEN UN ENSAYO A LOS AGENTES EN LA ARGENTINA Y URUGUAY:

Enrique Abal y Cía.

CERRITO, 458. BUENOS AIRES

MERCEDES, 1051. MONTEVIDEO



Hermenegildo Ocampo, el temible cabecilla que capitaneaba la partida de bandoleros, últimamente capturada por la policía local.

Juan Blanco y W. Maidana, bandidos muertos en la refriega que sostuvieron los malhechores contra los agentes del orden.



Cosme Valenzuela, otro de los bandoleros capturado, que actuaba como segundo de Ocampo en la partida de forajidos.



El señor Manuel N. López, Comisario de Perugloria que tuvo una brillante actuación en los sucesos.



El Jefe de Policía, señor Jorge Macfaquarh, a cuyas eficaces medidas débese el éxito obtenido en la captura de los bandoleros.



Capitán Juan G. Vallejos, que colaboró en la acción policial.



Sargento Eulogio Cardoso, que detuvo a varios de los forajidos.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre........	$ 2.50	Trimestre........	$ 3.00	Trimestre.....	$ oro 2.00
Semestre.........	» 5.00	Semestre........	» 6.00	Semestre......	» » 4.00
Año..............	» 9.00	Año..............	» 11.00	Año..........	» » 8.00
Número suelto....	20 ctvs.	Número suelto...	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año....	40 »	Número atrasado del cte. año...	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

ISIPÓ, ÑANDURIÉ Y AGUAPEY

POR ERNESTO MORALES



Isipó (del guaraní: *ĩcĩpó*) es una planta trepadora, un bejuco abundante en los montes misioneros y del cual existe una infinita variedad.

Ñandurié (del guaraní: *ñandurié*) es una pequeña víbora habitante también de los bosques norteños del litoral.

Aguapey (del guaraní: *agúapé*) es una planta acuática que abunda en las orillas de los ríos en donde forma malezales y cubre y viste los camalotes con sus florecillas blancas, amarillas y moradas.

Una misma trágica leyenda une a los tres: Isipó, Ñandurié y Aguapey.

Isipó y Ñandurié eran dos hermanas que vivían con el padre en una choza en las orillas del Alto Paraná. Salía el viejo indio de caza, pasábaselo fuera, a veces varios días, y quedaban solas ambas doncellas, ocupadas en trainar con habilidosas manos el primoroso tejido de ñandutí.

Ambas hermanas, bellas y jóvenes, se querían con singular cariño, y apoyadas en este mutuo cariño tanto como en las canciones, en las que se evocaban antiguas leyendas, y que una a la otra hermana se contaban acompañándose de la rústica flauta de caña, instrumento habitual entre los guaraníes, y único con el cual aprendieron a robar a la maravillosa naturaleza circundante el misterio de sus sonidos.

Una mañana de tormenta en la que el río, como un hombre encolerizado, mostraba los dientes blancos de sus olas, vieron Isipó y Ñandurié que una sutil piragua corría a merced de ellas que la daban atroces dentelladas. Una de éstas partióla y ambas hermanas vieron con angustia que un náufrago se debatía contra la corriente luchando con bravura indómita.

Anhelantes seguían ambas, impotentes para socorrerlo, aquella brega de un hombre contra las desatadas furias de la Naturaleza; en ambos corazones femeninos ya ardía una llama que oscilaba con los riesgos que aquella vida de hombre pasaba sobre las aguas enfurecidas; y, ¡oh, júbilo!, vieron cómo el hombre, braceando desesperadamente, conseguía vencer a las olas y ganar la orilla.

Corrieron las dos jóvenes hacia donde él había subido, y lo hallaron exánime, de espaldas sobre el barranco, semicubierto por los sarandíes y las achiras.

Reanimáronle dándole aguardiente de maíz, frotándole con él los músculos enervados por el esfuerzo, y reanimáronle el ánima postrada con palabras dulces, tales como sólo una mujer joven puede decirlas angustiada al hombre que admira. Porque ambas admiraban ya a aquel heroico mancebo de fuertes músculos, náufrago sobre su costa.

Llamábase Aguapey, y era un indio minuán, hijo del cacique de la tribu.

Cuando el viejo cazador llegó a su choza, aprobó la conducta de sus hijas para con el náufrago e instó al huésped que Ñandeyara le enviaba a que se quedase entre ellos por un tiempo, según las hospitalarias costumbres de aquellos salvajes lo instauraban. Aceptó Aguapey y, como los intem-



SIEMPRE MUJER

Yo no he sido en la vida más que tierna mujer,
que tuvo como un vaso colmado el corazón,
muy lleno de ternura, muy lleno de querer,
y esto ha sido en la vida, mi don, ¡único don!—

No tuve aspiraciones de querer mejor ser.
¡Sólo quise en la vida ser tierna y ser mujer!
¡Con las palmas abiertas el dolor recogí,
que en no habiendo dolor, la verdad no sentí!

Creí que nada es bello como saberse buena.
De todas las virtudes, adoré la serena
virtud de ser sencilla. Y es que en la sencillez
no puede caber nunca ni traición ni doblez.

Y llena de ternura y llena de dolor
así voy por la vida colmando mi querer,
vencida por la fuerza de tu amor
yo sólo sigo siendo mujer, ¡siempre mujer!



LITA PEREYRA CAMAÑO



pestivos torrentes del deshielo turban la paz de los valles ya floridos por la primavera, las pasiones más encontradas: amor, celos, cólera, melancolía, odio, ternura, corrieron como torrentes desde el corazón de Isipó y Ñandurié, y conturbaron sus vidas, antes apacibles como valles floridos por la primavera.

Ambas hermanas se enamoraron del huésped, ambas celáronse la una a la otra y ambas comprendieron también que éste no respondía a su amor: Isipó y Ñandurié recurrieron entonces a los sortilegios y talismanes que la magia de los guaraníes enseñaba.

Isipó construyóse un talismán con una pluma del ala izquierda del urutaú, y con ella en la mano izquierda pronunciaba el nombre de Aguapey.

Ñandurié dió al desdeñoso un brebaje compuesto de tapü-caá (yerba del tapir), urutú-caá (yerba de la perdiz), guachú-caá (yerba del venado), y al cual se mezcla miel de mandoví (abeja silvestre).

Isipó fabricose un payé (talismán) tenido por invencible: componíase él de plumas de caburé, por considerársele a la mirada de este pájaro cualidades magnéticas con la que atrae las víctimas que subyuga antes de devorarlas.

Ñandurié optó por confesar su escondido amor al huésped. Supo entonces, por éste mismo, que amaba en vano. El amaba ya, y debía unirse a la hija de un cacique. Ñandurié, desesperada y pérfida, solapadamente puso un veneno en la comida de Aguapey. Luego huyó a los bosques.

Cayó él enfermo, e Isipó, como buena enamorada y celosa, comprendió que era Ñandurié quien lo había envenenado; sabía qué clase de veneno pudo emplear y cómo podía combatirlo. Llegóse hasta el sitio donde el desventurado se debatía contra el dolor que le desgarraba y le confesó su amor. Aguapey rechazóla.

Ella, desesperada y pérfida también, abandonándolo, huyó a los bosques.

No murió Aguapey. Tupá (Dios) tuvo compasión de él, como la tiene de todos los que son fieles a la fe jurada y, para evitarle morir entre horribles dolores, lo convirtió en una planta acuática, y esta planta, concorde con el espíritu bueno del que fuera cuando fué un ser humano, sigue haciendo el bien a los hombres: Sus hojas mojadas curan la insolación y otras fiebres. Bebidas en cocimiento alivian los dolores.

Pero transformando el bueno en planta, no había Tupá de dejar sin castigo a las malas, que los dioses guaraníes como los helénicos, como el propio Jehová de los judíos, busca en la venganza y el castigo la armonía de las acciones humanas.

Por eso Ñandurié quedó metamorfoseada en despreciable víbora a la que todos persiguen, y su veneno es el más activo de todas las víboras de estas regiones.

Por eso Isipó, la que sin ser la matadora, no evitó el dolor y la muerte que pudo evitar, quedó trocada en planta, la que, por un irónico castigo, castigo el más ejemplar, está obligada a hacer hasta la consumación de los siglos lo que no hiciera en su breve vida humana: ser contraveneno, y contraveneno de víbora. Sus ramas, partidas y puestas en aguardiente o caña, constituyen un eficaz contraveneno para la mordedura de la víbora.

Y he aquí cómo esta hermana cómplice de la matadora, trocada en venenosa víbora, le hace guerra y realiza la acción buena que debió realizar si el generoso sentimiento que la posee en planta la hubiese poseído en humana forma. Y es así cómo Ñandurié está condenada a ver cómo su hermana y rival destruye su venenosa acción. ¡Castigo único que sólo la Naturaleza pudo idear, tan sutil y tan noble, porque castiga haciendo el bien!

EL MILAGRO

E N R I Q U E M. A M O R I M

Estábamos tan tristes
que teníamos miedo.
El silencio en la sala
nos daba un largo beso.
Yo miraba la alfombra,
tú escuchabas al viento.
Mi corazón soñaba;
el tuyo dijo: espero...
y lloró tu tristeza
cuando tus ojos vieron,
en un jarrón, labrado
un paisaje de invierno.
Era un lago de penas,
un árbol todo seco,
era triste el paisaje
desde la tierra al cielo...

Yo vagué por el lago
bajo el ramaje yerto,
y con el agua quieta
mis ojos se dolieron.
Mi corazón, tan fuerte,
se hizo débil, pequeño,
para andar por el lago
del paisaje de invierno.
Dió latidos al agua,
y desde el árbol seco,
contempló tus miradas
de tristeza y de miedo.
Desde el paisaje todo
dormía como muerto.
Mi corazón guardaba
el paisaje de invierno...

Culpa de aquel paisaje,
fué nuestro mal momento.
Murió la fiel palabra
entre mis labios yertos;
y en los tuyos guardabas
las mieles del secreto...
¡Oh, ya sabes curarme
la tristeza y el miedo...
pues el raro milagro
de tu vida, hecha un beso,
florecer hizo el árbol
del paisaje de invierno!...



El gobernador de la provincia, doctor Carlos W. Lencinas, y autoridades, en la demostración ofrecida al ministro de gobierno, señor Carlos Saa Sarandón.

El doctor Carlos W. Lencinas, presidiendo el banquete que le fué ofrecido por el pueblo de Luján.

Alumnos egresados de la Escuela Superior de Comercio, de esta capital, con el título de Contador Público.



La enorme demanda excede nuestra actual producción

Para satisfacer la gran demanda por el nuevo modelo Doble Faeton hemos aumentado considerablemente nuestra producción y, en la actualidad, estamos armando 150 coches por dia.

Si bien esta cifra representa un record para este país, es inferior a la cantidad de pedidos que recibimos.

Esta extraordinaria demanda tiene un significado que no puede ocultarse: si el automóvil Ford no cumpliera tan satisfactoriamente el servicio a que se le destina la demanda nunca excedería la producción máxima de nuestra fábrica.

Anote su pedido hoy mismo para evitarse demoras en la entrega



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

El Gobernador de la Provincia, señor Agustín Madueño, rodeado por el Ministro, señor Castro, el Interventor Municipal, señor S. Herrera, Vicegobernador, señor Vega, Jefe de Policía, señor Ocampo, y por algunos de los altos funcionarios que le secundan en sus tareas gubernativas.

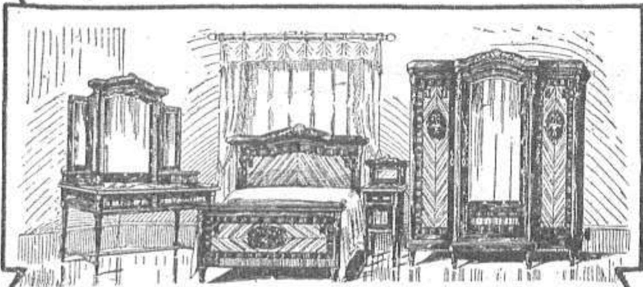


CORRIENTES 1172-80

BUENOS - AIRES

ESTAMOS EN PLENA REEDIFICACION

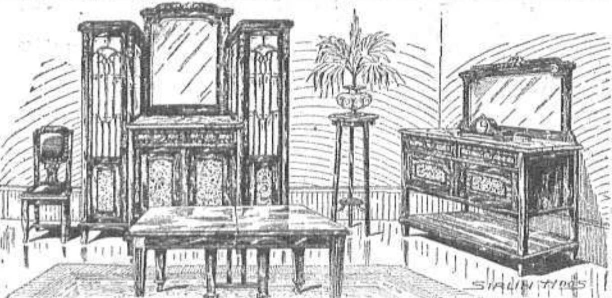
y por falta de espacio en nuestros locales, vendemos con notables rebajas. Jamás se le ofrecerá a Vd. una oportunidad como esta. Aprovéchela.



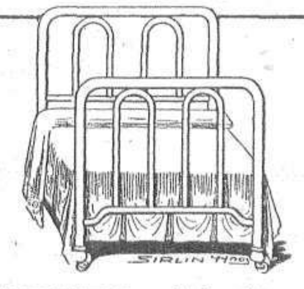
JUEGO DE DORMITORIO, construído en cedro caoba o roble norteamericano, decorado con «marqueterie» fileteado en palo rosa, amplio formato, lunas biseladas mármoles belga color rosa, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero de 3 cuerpos, 1 cama matrimonial con elástico patent, 2 mesas de luz con espejo, 1 «toilette» y 2 sillitas dormitorio. El juego completo $ **560.—**



GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. Precio de gran reclame.................... $ **85.—**



JUEGO DE COMEDOR, construído en cedro, caoba o roble norteamericano, decorado con «marqueterie» de raiz, fileteado en palo de rosa, lustrado a muñeca, espejos y cristales Saint Gobain, mármoles Breche Violette, herrajes, aplicaciones y «vitraux» de bronce. Compuesto de: 1 aparador con vitrinas laterales y 1 trinchante. **Las 2 piezas. Precio de reclame**...................... $ **460.—**
Completo con mesa de una tabla de agregar y 6 sillas tapizadas búfalo... **$ 565.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, **$ 45.—**; 1 ½ plaza pesos **35.—**; 1 plaza..................... $ **25.—**



JUEGO 1407. — En mimbre tupido, amplio formato, modelo de gran aceptación barnizado en color crema o natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillas 2 hamacas y 1 mesa........... $ **70.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico Imperial. De 2 plazas, metros 1,38, **$ 120.—**; 1 ½ plaza, metros 1,05, **$ 100.—**; 1 plaza metros 0,90, pesos...................... **65.—**

PEDIDOS

Los pedidos que recibimos por carta del interior, merecen toda nuestra atención, y los atendemos con la misma preferencia que si nos fueran hechos personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic. Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

CATALOGOS

Al solicitar catálogo, rogamos mencionen el artículo que les interese, a fin de enviarles así el catálogo correspondiente.

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

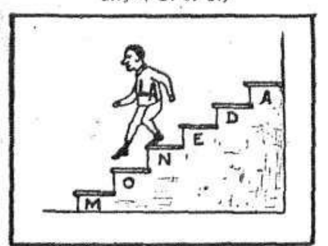
N.º 1

Poema célebre en enigma, por Héctor F. Viglione. Córdoba. (Fuera de concurso).

He aquí lo que pasó
en cierto teatro un día
que fuertemente llovía,
y un fiero rayo cayó,
que en un instante acabó
con la parte más trasera.
Me preguntaron, qué era
lo que allí se ha destruído,
y al *momento he respondido:*
"¡Poema!" de fama entera.

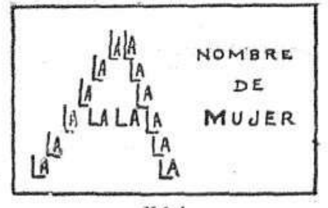
N.º 2

Frase de actualidad, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)



N.º 3

Comprimido, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)



N.º 4

Frase interpretativa, por Juan Romeo (Ciudad.)

500	50	NOTA
TODO		VIEJO

N.º 5

Charadístico, por Ladislao García de la Vega (Bánfield, F. C. S.)

1.ª 2.ª CANTAN MUCHOS	3.ª NOTA
TODO: PARTE DE LA FLOR	

N.º 6

Triángulo numérico, por Ladislao García de la Vega (Bánfield, F. C. S.)

1 2 3 4 5	Nombre de varón
5 4 2 1	Tela
1 2 4	Animal
3 4	Nombre de letra
5	Consonante

N.º 7

Comprimido, por Ladislao García de la Vega (Bánfield, F. C. S.)

3.1416 L NOMBRE DE MUJER

N.º 8

Comprimido, por Héctor O. Lamonega (Ciudad.)

TTMTTTSTVTUTM
TTTATRSTQUTET
TTMTTTHTTTLTT

N.º 9

Tarjeta enigma, por Héctor O. Lamonega (Ciudad.)

CERVANTES - GOYA - CALDERON
PELAYO - NAPOLEON

Formar otro nombre célebre, con una letra de cada uno.

N.º 10

Acertijo, por Mario Medina (Ciudad.)

Que lo leas al revés
o que lo leas derecho
siempre un "territorio" es.
Es el mismo
por más vueltas que le des.

N.º 11

Decapitación, por Manuel Sánchez (Ciudad).

Comí un fruto que se come
igual crudo que cocido
y luego tomé un brebaje
que es de todos conocido.

N.º 12

Amputación, por Manuel Sánchez (Ciudad).

Ave que por lo mansa
suelta se puede tener.
Para ser lo que es
de madera debe ser.

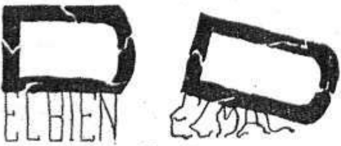
N.º 13

Amputación, por Manuel Sánchez (Ciudad).

De vidrio una armazón
es aquella embarcación.

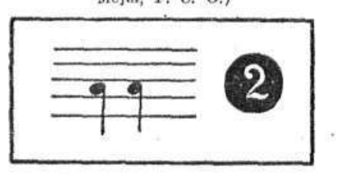
N.º 14

Pensamiento de Tagore, por «Esfinge» (Rosario.)



N.º 15

Frase comprimida, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)



N.º 16

Intercalación, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)

Entre un "calzado" un "artículo" he encontrado
y con esta "cédula" mi sueldo he cobrado.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando as soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

Concurso de Febrero. — Se reciben soluciones hasta el 10 de Marzo inclusive.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
FEBRERO DE 1924.
CUPON N.º 1325.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, *iniciada hace algunos meses*, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.

Nuestras puertas y ventanas de cedro

están fabricadas con el máximum de técnica, son de mucha duración y más baratas que las de madera inferior.

Puerta vidriera para patio Nº 2



PUERTA VIDRIERA PARA PATIO N.º 2

De 2.40x1.10 c/u. $ 80.—
» 2.20x1.10 » » 78.—
» 2.00x1.00 » » 75.—

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo;

1, 2, 3, 4, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 35, 36, 47, 48, 51, 52.

SOLICITE CATALOGO

ACORDAMOS 5 % DE DESCUENTO

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Ventana Nº 14



VENTANA N.º 14

De 2.00x1.00 c/u. $ 66.—
» 1.80x0.90 » » 61.—
» 1.60x0.80 » » 57.—

TORTOSA Hnos.

Escritorio: Charcas 2941 — · — Buenos Aires

¡Alegría! ¡Alegría!



Esa onda natural y suprema que anima a los niños debe continuar siendo su guía para que al llegar a adultos sean hombres útiles para sí, los suyos y la sociedad.

Todo padre previsor debe tener presente aquello de "mens sana in corpore sano" por ser una verdad irrefutable. Todo ser humano que goza de buena salud, trabaja con placer, come con apetito, duerme tranquilamente, disfruta de los placeres de la vida y siempre tiene la sonrisa en los labios.

Para asegurar este bienestar inapreciable hay que empezar, desde niño, a cuidar que todos los órganos del cuerpo marchen como un reloj, funcionando metódicamente, de modo que el estómago, vientre, hígado, etc. cumplan el cometido que les asigna la naturaleza.

Para ayudar a tal fin fueron preparadas las

PILDORITAS REUTER

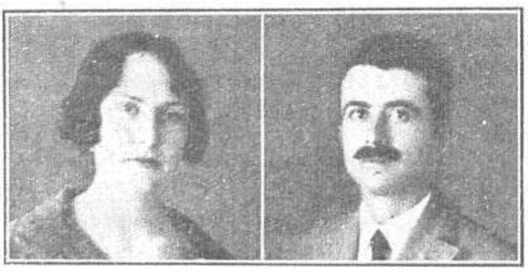


El laxante más eficaz, suave y cómodo de que disponen los que padecen de estreñimiento o malas digestiones.
Elimina los residuos nocivos sin causar dolor ni irritación alguna y vigoriza el aparato digestivo.
Usando las Pildoritas Reuter, el dispéptico debilitado y triste recobra su energía, digiere perfectamente, lo que permite la libre circulación de la sangre que fluye fresca y abundante en glóbulos rojos y se renuevan las células gastadas. En una palabra: Salud constante, alegría perenne...

Unicos Importadores: **I L L A y Cía.** MAIPU, 73 BUENOS AIRES



Enlaces



Señorita Agustina Rognon con el señor Jacinto Zaragozi. — San Carlos Centro.



Señorita Elvira Carro con el doctor Martín Ardenghi.—Neuquen.



Señorita Rebeca Lew con el señor Isaias Bekenstein. — Villaguay.



Señorita Emilia Cler con el señor Juan Bruno (hijo).—Capital.



Señorita María E. Tenaglia con el señor Ismael Bois. — Saladillo.

PETTER - LIGHT

MV

Todo el confort de la ciudad en su casa de campo

podrá Vd. tener instalando un práctico

Equipo Eléctrico PETTER

(DE FABRICACION INGLESA)

Le proporcionará agua corriente para el baño, toilette, cocina, etc. Le suministrará luz blanca y fija en todas las dependencias de la casa. Tendrá fuerza motriz económica para accionar los utensilios domésticos y toda clase de máquinas de uso en el campo.

Es de fácil manejo y está siempre listo para el trabajo.

Hay existencia para entrega inmediata.

SOLICITE CATALOGOS E INFORMES

ROSARIO: Barnes y Gross

SANTA FE: Vignolo Hnos.

METROPOLITAN Vickers
ELECTRICAL EXPORT COMPANY LIMITED
U. T. AVENIDA 7167 — 451-PERU-465-Bs. Aires — CABLEGRAMAS METROVICK

BARADERO, SAN PEDRO, ZARATE: Víctor Rithner

CARNAVAL 1924



2.do GRAN CONCURSO INFANTIL DE TRAJES DE DISFRAZ

La fotografía de BIXIO Y CASTIGLIONI realizará, durante los días de Carnaval, su

Segundo gran Concurso infantil de trajes de dizfraz.

Podrán intervenir en este Concurso todos los niños que concurran al estudio fotográfico, Carlos Pellegrini, 760 dentro de las horas habilitadas, o sea de 8 a 18.

El Jurado vecinal nombrado al efecto, adjudicará los siguientes premios:

DOS PRIMEROS PREMIOS: Cinco argentinos oro y una ampliación fotográfica. (Uno para varones y otro para niñas).

DOS SEGUNDOS PREMIOS: Tres argentinos oro y una ampliación fotográfica. (Uno para varones y otro para niñas).

DOS TERCEROS PREMIOS: Un argentino oro y una ampliación fotográfica. (Uno para varones y otro para niñas).

Se entregarán además DIEZ PREMIOS que consisten en una artística ampliación fotográfica pintada en colores y con su correspondiente marco. Los retratos de los niños premiados serán publicados en los diarios y revistas de mayor circulación.

Bixio & Castiglioni

C. Pellegrini 760

ENTRE CORDOBA Y VIAMONTE

CONCURRA CON SUS NIÑOS DURANTE LOS DIAS DE CARNAVAL



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Grupo de alumnas egresadas recientemente de la Normal Mixta.

DESCUBRIMIENTO DEL PAPEL SECANTE

Un día, en una fábrica de papel, sita en los collados del Berkshire, sucedió que al hacer, como de costumbre, cierta cantidad de papel, se le olvidó a un operario, por descuido, añadir a la pasta cierta cantidad de un ingrediente llamado sisa. Todo el papel se malogró, y, como se dió por inservible, se echó a un lado, y el operario sufrió el correspondiente regaño por su descuido. Poco después de haber sido arrojado el tal papel al desecho, el dueño de la fábrica, teniendo que hacer un apunte, tomó para ello un trozo de aquél, y se incomodó al ver cómo se corría la tinta por todo el papel, pero después se le ocurrió que dicho papel podría servir para secar la tinta tan bien como la secaba la arena. Escribió, pues, en buen papel y probó a ver si el que se había malogrado secaba bien la tinta, y resultó que sí, y hasta muy bien. El fabricante, entonces, anunció su descubrimiento y lo puso a la venta con el nombre de «Papel Secante».

Como los guiñapos rojos no podían servir para la fabricación de papel ordinario, por no poderles sacar del todo el color, sirvieron para papel secante, y por eso todo el papel secante fué en un principio de color rojo. Aquellos trapos solían desperdiciarse antes de llegar a emplearse para la fabricación de papel secante.

Nadie es buen juez de su propia reputación.

La ignorancia es siempre una desgracia, y no pocas veces un crimen.

Buen humor

y nuevas energías para el trabajo conseguirá Vd. con

DINAMOFERRIN
FLINDT

Enriquece la sangre en glóbulos rojos, nutre los nervios, da fuerza a los músculos y vigoriza las energías del cerebro.

Consulte a su médico.

Ensaye Vd. un frasco.



En Carnaval...

es siempre necesario un buen disfraz... Confeccióneselo Vd. misma utilizando sus vestidos viejos, teñidos con

FLORIOL
COLORANTE IDEAL

se vende en las Farmacias.
$ 0.80 la pastilla.

En todos los colores de moda.

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "Las enfermedades más comunes".

UNICO DEPOSITARIO:
DROGUERIA AMERICANA
BMÉ. MITRE, 2176 BUENOS AIRES

¿Desea Vd. ser hermosa?

Si quiere ostentar un cutis admirablemente blanco y aterciopelado, aplíquese desde hoy la higiénica

Agua HELENA

No pinta, sólo blanquea y sana la epidermis. Preparada a base de éter, refresca la piel y hace desaparecer los granos, pecas, manchas de sol y toda afección cutánea. Es inofensiva.

Si en su farmacia no encuentra Agua HELENA, remítanos $ 2.50 y se la enviaremos franco de porte.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Depositarios:
FARMACIA DANESA Y DROGUERIA
DIAZ KELLY
Cabildo, 2171 - U. T. 0321, Belg. - Bs. As.

AGUA HELENA
PARA EL CUTIS

LA LECHUGA

Exija en esta especialidad nuestra marca registrada «LA LECHUGA»



BIBLIOGRAFIA



LIBROS

Poemas medioevales, por Manuel Lugones. Editorial Babel. Buenos Aires.

En el país de los cuentos, por Knut Hamsun. Colección selecta de grandes novelistas. Traducción de Carlos Roth. Ediciones Argentinas Cóndor. Buenos Aires.

El hogar en el campo, poesías por Fernández Moreno. Editorial Tor. Buenos Aires.

Cardos de flor, poesías por Delio Panizza. Buenos Aires.

Bellezas del Norte y Centro argentino, por Adrián Patroni. Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cía. Buenos Aires.

El comité, caricatura política de ambiente provinciano, en un prólogo y un acto, original de Ciro Torres López. Imprenta Pascual y Baleirón de las Llanas. Salta.

Pispajos, por Constantino Fragua. J. A. Pellerano. Buenos Aires.

Música de alas, poesías por Juan Carlos Carri Pérez. Imprenta Penitenciaria. Córdoba.

Antología de poetisas americanas. Selección y noticias biográficas de Juan Parra del Riego. Claudio García. Editor. Buenos Aires.

Antecedentes de Jesús-Cristo, quién fué su verdadero padre. Revelaciones sensacionales sobre su vida. Interpretación original de los Evangelios, por Juan Francisco Aldecoa. Montevideo.

La chusma, por Horacio A. Varela (h.). Editorial Latina. Buenos Aires.

Sombra histórica, por Dardo Corvalán Mendilaharsu. Talleres Gráficos Schenone Hnos. y Linare. Buenos Aires.

Cartilla higiénica, por el Dr. Wifredo Sola. Edición provisional. Imprenta Baiocco y Cía. Buenos Aires.

Recopilación de las leyes nuevas de uso diario para abogados, escribanos y procuradores. Tomo adicional. B. Valerio Abeledo, editor. Librería Jurídica. Buenos Aires.

Teatro completo. Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, de la Real Academia Española. Tomo III. Comedias y dramas. Tomo IV, Sainetes y Zarzuelas. Sociedad General Española de Librería. Madrid.

Veraneos marplatenses, de 1887-1923, por Dae. Balder Mohen, editor. Buenos Aires.

El árbol joven, poesías por Ophelia Calo Berro. Editorial Tor. Buenos Aires.

Libro del loco amor, poesías por Bernabé de la Orga. Buenos Aires.

Cien poemas de Kabir, versión inglesa de Rabindranath Tagore, traducción al castellano con notas y prólogo de Joaquín V. González. Librería La Facultad. Buenos Aires.

Leyendas aborígenes, por Valentín M. Graciano. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

La Conferencia de Santiago, por Carlos Uribe Echeverri, delegado de Colombia. Talleres gráficos A. Molinari. Buenos Aires.

Acción parlamentaria del doctor Arturo M. Bas, diputado nacional por Córdoba. 1920-1923. Tomo II. Establecimiento Gráfico A. de Martino. Buenos Aires.

El vino de mis odres, poesías por Ismael E. Dozo. Editorial Tor. Buenos Aires.

Selección de poesías, por Gabriela Mistral. Claudio García, editor. Montevideo.

Cuentos nacionales, por Eudoro Acosta Flores. H. Kraus. Asunción. Paraguay.

Un hombre libre: Vargas Vila. Su vida y sus obras, por Victorio Luis Bessero. Editorial Justicia. Buenos Aires.

Los rumores del Teuco, novela por Domingo Barreto. Corrientes.

Conceptos de moral administrativa, por Julio Díaz Bazán. Establecimiento gráfico «Gaudino». Buenos Aires.

Los indios de Formosa, por Manuel A. Blasco. Imprenta y encuadernación Quevedo. Buenos Aires.

Actividades de la Liga de las Naciones, por Cosme de la Torriente, presidente de la Legación de Cuba y de la Tercera Comisión de la 3.ª Asamblea. Imprenta de Rambla, Bouza y Cía. Habana.

Bases, por Juan B. Alberdi. Edición de La Cultura Argentina. Buenos Aires.

Patria y Belleza, libro de lectura, por Gustavo R. Lenns. Imprenta, litografía y encuadernación Guillermo Kraft. Buenos Aires.

Gracia y Casta'ia, poemas en prosa por María Angélica Méndez Caldeira. M. Gleizer, editor. Buenos Aires.

El Ideal Nuevo, por Pío Niro. Biblioteca El Mundo de la Cultura. Buenos Aires.

Teatro Completo. Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, de la Real Academia Española. Tomos V y VI. Comedias y dramas. Sociedad General Española de Librería. Madrid.

Hacia el gran silencio, poesías por Alvaro Armando Vasseur. Claudio García. Editor. Buenos Aires.

Educación voluntarista, por J. Barcón Olesa. Descole Hnos. Buenos Aires.

Los senderos de Italia, por José Pacífico Otero. Renacimiento. Madrid.

Nieve, prosas, poesías, por Eduardo Escobar. Talleres Gráficos «El Pueblo». Necochea.

El amor como redención, por Fernando Aybar Sobrecasas. «Tipografía Dante». Buenos Aires.

Antología Americana. Lira romántica. Primera Epoca. Volumen IV. Alberto Ghiraldo. Renacimiento. Madrid.

Mi remanso azul, poesías por Francisco W. Torres. Imprenta Argentina. Córdoba.

Evangelina o la Flor del Moyano, novela por Maximiliano Escobar. Casa Argentina Félix Best. Mendoza.

El destino de un continente, por Manuel Ugarte. Editorial Mundo Latino. Madrid.

Fiesta perdida, novela por Jorge Nelke. Librería y Editorial «La Facultad». Buenos Aires.

El duelo. Manual de procedimiento. por Horacio Levene. Imprenta B. Fueyo. Buenos Aires.

Idolos que pasan, novela por Josué Quesada. M. Gleizer. Editor. Buenos Aires.

El Dictador del Paraguay, doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, recopilación biográfica por J. Böglich. Concordia. (Entre Ríos). República Argentina.

El Jardín de Epicuro, por Anatole France. Ediciones selectas Artigas. Montevideo.

El Arbol joven, poesías de Ophelia Calo Berro. Editorial Tor. Buenos Aires.

ALMANAQUES

Almanaque del Trabajo para el año 1924. Año 7.° Oficinas y talleres: Belgrano 1902. Buenos Aires.

Almanaque del Mensajero 1924. Año XXIV. Vda. de M. Sundt. Buenos Aires.

Almanaque Agrario. Año 1924. Rosario.

ANUARIOS:

Anuario del Instituto Argentino de Artes Gráficas. Primer número extraordinario conteniendo abundantes páginas en papel satinado con magníficos grabados reveladores de los adelantos que han alcanzado los alumnos de dicha institución. Sede social y talleres. Buenos Aires.

Anuario Kraft. Tomo I y II. Año 1924. Buenos Aires.

FOLLETOS

Colegio Inmaculada Concepción. Anuario VIII. Año 1923. Imprenta de la provincia de Santa Fe.

Glosario de la vida inkaica, fragmentos, por Luis E. Vacarcel.

Rendimiento del servicio sanitario durante el combate, por el doctor Carlos P. Berri. Talleres Gráficos Ferrari Hnos. Buenos Aires.

Teoría musical «Cereda», obra adoptada expresamente para uso del conservatorio. Imprenta Spandonari. Buenos Aires.

Banderas argentinas en los Inválidos de París, por Tomás B. Viera.

REVISTAS

Cooperación. Número 11, octubre. Méjico, D. F.

Album de la Industria Argentina editado en homenaje a la República del Brasil en el que se han reunido crónicas y estudios relacionados con él.

Número Especial. Evocación del Colegio Nacional y homenaje a don Luis E. Vicat, editado por la comisión de ex alumnos. Paraná.

Nosotros. Año XVII. Diciembre 1923. Agencia Central. Librería Mohen. Buenos Aires.

Revista de Filosofía. Año X. Número 1. Enero de 1924. Administración. La Cultura Argentina. Buenos Aires.

Tradiciones históricas (República Argentina), por el doctor Bernardo Frías. Editorial Tor. Buenos Aires.

Revista de Occidente. Número VI. Dirigida por José Ortega y Gasset. Madrid.

Yulehelg, revista gráfico-literaria con magníficas tricromías en las que se reproducen famosos cuadros. Cristianía.

Revista de Educación. Año LXIV. Número IV. Septiembre a Diciembre, 1923. Organo oficial y técnico del gobierno escolar de la provincia de Buenos Aires. La Plata.

MUSICA:

El de ojos tiernos, tango compadre, por la distinguida compositora señorita Emma Silvia Troisi. Buenos Aires.

CUADERNOS:

Lecciones elementales para guitarra para servir de texto en el conservatorio D'Andrea, por Carmelo Rizzuti. Buenos Aires.

MANUALES:

Manual de correspondencia comercial. Arabe, francés, castellano, por Alejandro Schamún, traductor público diplomado. Imprenta Assalam. Buenos Aires.

SEÑOR UNIVERSO

...Y EL SABIO DIJO ASI DESDE AREQUIPA:

Misterioso Señor, comba infinita,
muda esfinge que absorbes
este mi pensamiento que gravita
cabalgando en tus orbes:

Yo enciendo con mis propios raciocinios
la luz que te sondea,
echando a galopar por tus dominios
los potros de la idea.

Yo ausculto tus elipses; y en lo inmenso
de tu insondable abismo,
yo te abarco en un puño cuando pienso;
cuando ausculto en *mí mismo*.

Plasmado está mi ser de eternidades,
y al medir tu grandeza,
veo hundirse tus magnas potestades
donde mi átomo empieza.

Parado sobre el dorso de la tierra,
al sondear tu infinito,
niego al enigma que tras ti se encierra;
tu enigma es sólo un mito.

Todo lo que hay en ti, lo que se ostenta,
sobre tu éter disperso,
lo llevo en la sustancia que me alienta;
yo soy otro universo...

Yo soy otro universo que camina,
y en mis rutas secretas
llevo también un astro que domina
miriadas de planetas.

Mi cerebro es un sol que sobrepuja
tus combas giganteas;
más que tus soles es mi sol, que empuja
Vías Lácteas de ideas.

Gravitan por mis cuencas cerebrales
magnas constelaciones;
y al igual que tus «Pléyades» astrales,
Pléyades de intuiciones.

Es en vano que esquives mis sondajes
con tu distanciamiento;
tú tienes tus enormes paralajes:
yo tengo el pensamiento.

Yo tengo este demiurgo; sus imperios
sobrepasan tus «triones»;
él hace repicar en tus misterios
su aldabón de ideaciones.

El puso ante tus ámbitos sombríos
al hombre hecho potencia;
al titán que apedrea tus vacíos
con antorchas de ciencia.

Y esa misma criatura que poblara
tus limbos espantosos,
y que todos tus báratros colmara
de vestiglos monstruosos,

Se vuelve contra ti, con ti dialoga,
te espeta sus consultas,
y con la voz del siglo te interroga;
quiere ver lo que ocultas.

Quiere ver, y vehemente ha iluminado
tu obscura madriguera;
y de todos tus dioses no ha encontrado
ni uno solo siquiera.

Sólo encontró por tu órbita grandiosa,
girando solitarios,
tu infinita caterva luminosa
de enjambres planetarios.

Sólo encontró el vacío, al que se elevan,
de tus caos profundos,
los torbellinos cósmicos que llevan
oscilando a los mundos.

Sólo tu Vía Láctea que es, acaso,
madre de ubres repletas;
madre cuyos pezones, paso a paso,
van goteando planetas.

Sólo encontró tus «Osas», que parecen
irradiando arreboles,
dos «boleadoras» monstruos que quisiesen
«bolear» tus propios soles.

Nada hay en ti, sino tinieblas frías,
soles y nebulosas;
dime, Viejo Universo: ¿Dónde envías
tus dioses y tus diosas?...

Nada hay en ti; tu *más allá* no es nada;
tu enigma ha sido roto;
el titán de la tierra es quien te horada
taladrando tu ignoto.

Nada hay en ti, sino suposiciones;
tus misterios son vanos;
células, infusorios, electrones:
he ahí tus arcanos.

Es ése el prisma tras el cual yo miro
tu enigma abracadabra;
por eso, de lo dicho, no retiro
ni una sola palabra.

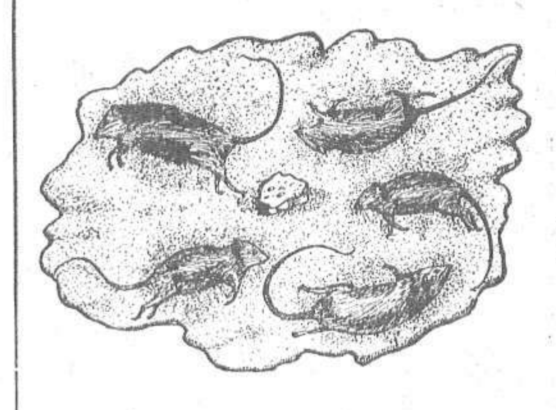
Vuelvo a decir que aliento eternidades,
que un mito es tu grandeza,
que caducan tus magnas potestades
donde mi átomo empieza!...

G. CORIA PEÑALOZA

GENERAL ACHA (Pampa). — Picnic organizado por los socios del Pacífico Atlétic Club celebrando el 2.° aniversario de su fundación y en honor de su presidente, señor J. Yankelevich.

SANTA ROSA. — El nuevo Gobernador, señor Jorge Moore, rodeado por un núcleo de amigos que concurrieron a saludarlo el día en que se hizo cargo del mando.







NOTABLE PRODUCTO INGLES PARA CAZAR

RATAS Y LAUCHAS

Con una capa de "RATSTICKER" extendida sobre una tabla de madera de 40x50 cms. y colocando un pedazo de queso u otro cebo en el medio

¡LAS RATAS QUEDAN PEGADAS COMO MOSCAS!

Lata chica	de 1/4	libra,	$	1.50 c/l
» mediana	» 1/2	»	»	2.50 »
» grande	» 1	»	»	3.50 »
» Ex. grande	» 2	»	»	6.30 »

La lata chica es solamente recomendable para cazar lauchas. Envíenos un giro postal o el importe en efectivo y le enviaremos una lata para ensayo.

SOLICITENSE PRECIOS POR MAYOR

"RATSTICKER" NO ES VENENOSO. ES SEGURO, LIMPIO Y COMPRUEBA SU EFECTO DIARIAMENTE

IMPORTADORES: ANDERSON, LEVANTI & Co. ALSINA 471 BS. AIRES

Después de 30 años de sufrir fuertes dolores de cabeza y estómago.

Curado desde hace ya 21 años por la Faja HERCULEX ELECTRICO

Buenos Aires, febrero 13 de 1903.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío: Hace 30 años que padecía de dolores fuertes de Cabeza y Estómago hasta que cansado de tomar tantos remedios y someterme a tan distintos tratamientos sin resultado favorable, resolví ensayar su Faja Eléctrica.

Tan sorprendente ha sido su éxito, que hoy sólo conservo el recuerdo de mis dolores; pues, puedo decirle que me he curado completamente con el uso de la Faja.

Aunque por suerte, ya el público conoce los beneficios que reporta el uso de la Faja, he creído prudente manifestarle mi gratitud por la curación obtenida.

De esta carta puede hacer el uso que estime conveniente.

Saluda a usted atentamente S. S. Firmado: Cristóbal Tagliavacche.

21 AÑOS DESPUES

Buenos Aires, enero 12 de 1924.

Señor doctor Sanden: En contestación a su atenta fecha del 7 del corriente, me es grato manifestarle, que no obstante el tiempo transcurrido desde que resolví usar su Faja HERCULEX ELECTRICO, mi salud no ha sufrido quebranto.

Con tal motivo me es grato saludar a usted con mi consideración más distinguida.

Firmado: Cristóbal Tagliavacche. s/c. Corrientes, 4089. Capital.

¡TENEMOS DERECHO EN DECIR QUE LOS HECHOS DEL "HERCULEX ELECTRICO" SON PERMANENTES!

Pida ahora mismo los libros explicativos, son gratis a todo enfermo. Toda consulta completamente gratis. Horas de oficina: de 9 a 18.

Compañía "SANDEN". - C. Pellegrini, 105 - Bs. Aires.

Precio mas que regalado a $ 150 m/n

El Sulky "BISIESTO"

MODELO ESPECIAL. POR POCOS DIAS

Características: Ejes de 1 1/4. Pincetas de 4 hojas. Asiento para 3 personas. Ruedas 1.40 × 1 1/4 reforzadas. Todo en material de lo mejor.

Desarmado, embalado y puesto sobre vagón Buenos Aires.

Giro en seguida a:
CASA DICHIO
Callao, 255. - Buenos Aires.

¿GLÁNDULAS DE MONO O RAYOS DESCONOCIDOS?

LA FUENTE DE JUVENCIO



Doctor Richard Schlensner con su aparato "Rejuvenecedor"

Apenas el hombre saliendo de la animalidad tuvo conciencia de la vida, experimentó el atormentador deseo de prolongarla indefinidamente con el goce de perpetua juventud.

La fuente de Juvencio ha sido un ideal por el cual se batalló incesantemente, acudiendo a todos los medios, tocando todos los resortes, sin que por ello el divino manantial fuera encontrado. Las supersticiones, el empirismo fracasaron en la búsqueda. La ciencia en estos últimos tiempos parece entrever vías que conducen al ansiado tesoro, los coloides, las glándulas intersticiales; el hombre se rebajó a obtener del mono su pariente ancestral los medios de conseguir precario rejuvenecimiento.

Ahora un sabio, el doctor Richard Schlensner, de Pátterson (Nueva Jersey), anuncia la buena nueva.

El doctor Schlensner ha descubierto unos nuevos rayos, análogos por su invisibilidad a los rayos X. Como éstos, penetran y atraviesan el cuerpo humano, pero no causan daño alguno a los tejidos ni a las células que lo integran. Regulados a voluntad del operador que los concentra sobre cualquier punto, su acción se limita a estimular la secreción de las glándulas cuando sobre ellas se dirigen.

El doctor Schlensner ha experimentado la acción de estos rayos en dos ancianos de más de sesenta años, limitando su aplicación a la glándula pituitaria, glándula radicada en la base e interior del cerebro, y en la cual, al parecer tiene su asiento la famosa fuente de Juvencio.

Según el doctor, este glándula, debido a la acumulación de grasas, *depósitos seniles* como él los llama, que la envuelven con el tiempo, pierde vitalidad, se atrofia progresivamente y deja de manar los vivificantes jugos que mantienen la frescura del organismo, el cual, privado de ellos, envejece y al fin muere.

Ahora bien, los misteriosos y milagrosos rayos por el doctor hallados tienen el poder de barrer todos aquellos detritus que oprimen a la glándula a la par que la estimula devolviéndola a sus anteriores actividades.

La transformación de los dos ancianos a quienes ha sometido a su tratamiento el doctor Schlensner se ha operado en el corto intervalo de tres meses. Los milagrosos rayos les eran aplicados diariamente durante una sesión de diez minutos.

Los nuevos Faustos aparentan ahora 35 años y un año después de terminada la cura, han revelado en una serie de pruebas el mismo vigor físico obtenido en los primeros momentos, lo que demuestra no ser pasajero el efecto de su portentoso rejuvenecimiento.

Desde luego, este método de restauración física ofrece incontestables ventajas sobre el de los injertos glandulares, puesto que evita toda intervención quirúrgica y no rebaja la dignidad humana siempre mortificada al verse obligada a despojar al mono de las glándulas que él precisa para su salud. Por otra parte, siendo como son los flamantes rayos un producto de la industria se abaratarán y con el tiempo todos los mortales podrán beber en la fuente de juventud y la eternidad será un hecho.



Esta es la marca que identifica las máquinas parlantes Victrola.

Todas las máquinas parlantes Victrola pueden ser reconocidas por la marca que ostentan en la parte interior de la tapa.

Estas famosas máquinas, llevan también en la marca el dibujo del perro y la frase "La Voz del Amo". La marca registrada Victrola, de la Cía. Víctor, además de servir para identificarlas, garantizan también la alta calidad de estos instrumentos, bien conocidos en el mundo entero.

Al adquirir una máquina parlante, asegúrese que sea una Victrola. Obtendrá indiscutiblemente lo mejor, por cuanto la Victrola y los discos Víctor, han sido elegidos por los grandes artistas universales para perpetuar a través de los años sus grandes creaciones líricas.

Cualquier comerciante en artículos Víctor, le mostrará gustoso los varios modelos de la Victrola y le hará oir las últimas novedades en discos Víctor del repertorio extranjero y nacional.



"LA VOZ DEL AMO" REG.U.S.PAT.OFF. MarF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas

Victor Talking Machine Company, Camden, N.J.E.U.deA

Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.


GENERAL PICO (Pampa). — Miembros de la sociedad "Tiempos Nuevos", constituida por empleados de comercio, que realizaron un atrayente picnic en los alrededores de esta localidad.

EL MIEDO CURADO POR EL HIPNOTISMO

El doctor Berillón, de París, presentó a la Sociedad de Hipnología de dicha capital una Memoria de todo punto notable.

Aspira dicho doctor a desterrar el miedo del corazón del hombre. Su sistema, que en el fondo no es sino una verdadera educación de la importante víscera humana, descansa sobre procedimientos fisiológicos, cuyos principales elementos son el hipnotismo y la sugestión.

Mr. Berillón razona así su método: «El médico, después de haber estudiado el grado de sugestibilidad del sujeto, provoca el estado de hipnotismo con el objeto de obtener la cesación de todas las actividades anímicas. Una vez hipnotizado el individuo, se le impone la dirección moral por medio de sugestiones imperativas asociadas a rigurosa disciplina psíquico-mecánica. O lo que es lo mismo: primero se prohibe al sujeto la ejecución de un acto determinado, y a renglón seguido se le coloca en la imposibilidad física de cumplirlo.

Ese ejercicio, repetido con frecuencia, da resultados tan sorprendentes como inesperados. Mediante él se puede poner un dique, tanto en el niño como en el adulto, a los impulsos viciosos y antisociales que se oculten en su alma. Tan fácil es hacer desaparecer el vicio y el miedo del corazón del hombre, que no se concebirá en lo sucesivo la existencia del ser depravado sino fuera de las sociedades civilizadas.»

REMINGTON UMC

Calibre 22 **Remington** Modelo 12

Para el tiro al blanco y la caza menor

Como Rifle de Calidad, el Remington Calibre 22 goza de gran preferencia entre los tiradores de todas partes del mundo. Es el que usan los jóvenes para aprender a tirar y el predilecto de los hombres para el tiro al blanco y la caza menor.

Es muy liviano, bien equilibrado, de gran precisión y fácil de manejar. Carga sin ningún ajuste cartuchos .22 cortos, .22 largos, y .22 largo-rifle. Su depósito aloja 15 cartuchos cortos, 11 largos y 10 largo-rifle. Se desarma con suma facilidad y sin herramientas. Su mecanismo es rápido y seguro.

Los productos Remington están en venta en todas las casas del ramo.

REMINGTON ARMS COMPANY INC.
25 Broadway. Nueva York.

Representantes:

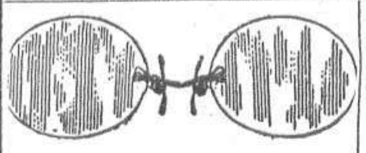
DONNELL & PALMER
Moreno, 562-570. Buenos Aires.

GRATIS — MEDICOS OCULISTAS — GRATIS

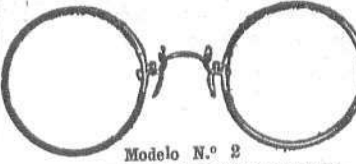
Sistema "SUVĀ"

SI QUIERE Vd. CONSERVAR SU VISTA, compre sus anteojos en el **INSTITUTO OPTICO OCULISTICO "SUVA"**, que es el primero y único en Buenos Aires que ofrece a Vd. el examen de su vista y receta **GRATIS** prescrita legalmente por Médicos Oculistas en consultorios particulares.

Consultas de mañana y tarde. — Precio con derecho al examen médico y receta GRATIS. — Consultas de mañana y tarde.



Modelo N.° 1
LENTES "SUBLIME" NOVEDAD
Lentes Sublime, oro 14 kilates. . . $ 15
Lentes Sublime, oro reforzado..... » 10
Lentes Sublime de Plata Suvá.... » 5



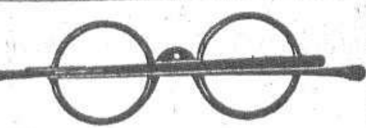
Modelo N.° 2
LENTES "SUBLIME" CON ARITOS IMITACION
Lentes Sublime, oro 14 kilates.... $ 20
Lentes Sublime, oro reforzado..... » 15
Lentes Sublime de Plata Suvá.... » 9



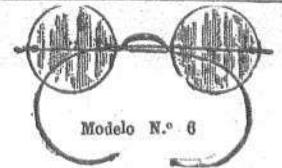
Modelo N.° 3
LENTES DE CAREY E IMITACION JASPEADOS
Lentes Carey, resorte de oro.. $ 20
Lentes Carey, resorte acero.. » 16
Lentes imitación Carey, resorte acero, a $ 6 y.......... » 8



Modelo N.° 4
ANTEOJOS CON ARO, Patillas curvas.
Anteojos oro reforzado 14 kilates, arquitos imitación............. $ 15
Anteojos oro 14 kilates, reforzado » 10
Anteojos de Plata Suvá........ » 5



Modelo N.° 5
ANTEOJOS CAREY E IMITACION JASPEADOS
Anteojos Carey, redondo.............. $ 23
Anteojos Carey, ovalado........... » 20
Anteojos imitación, redondo u oval. » 11



Modelo N.° 6
ANTEOJOS CON VIDRIOS MONTADOS AL AIRE SIN ARCO
Anteojos oro 14 kilates, macizo.... $ 25
Anteojos oro 14 kilates, reforzado. » 10
Anteojos de Plata Suvá............. » 5

NOTA: GARANTIZAMOS que todos los artículos que ofrecemos son de la mejor fabricación y calidad. — Además, **TODAS** la recetas son preparadas con cristales de primera calidad y **BUJES DE SEGURIDAD PATENTADOS** para evitar que se rompan.

EXCLUSIVIDAD DEL

SUVÁ INSTITUTO OPTICO OCULISTICO **SUVÁ**
350, FLORIDA, 350

La casa cierra los sábados a las 12.30. | No confundir el número. | Los pedidos del Interior se despachan en el día.

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO XIX

LA VIUDA DEL ASESINADO AYUDA A LA ESPOSA DEL ARRESTADO COMO CULPABLE DEL ASESINATO MISTERIOSO. LA RELACION DE UN FESTIVAL EN LA CARCEL DE SING SING.

Bastante excitada por el trabajo que daba a sus nervios, Ruth llegó ante la puerta de la viuda de Lesoeur, en Southfield. Ella manejaba la máquina y a su lado iba Agnes.

Para ayudarse mutuamente, dos mujeres se juntaban en confidencial entrevista.

Ruth, impresionada por tal situación, subía las escaleras pensando cuántas veces, en la negra cronología del crimen, se habrían prestado recíproca ayuda dos personas en tan raras circunstancias: la mujer de una víctima mortal y la esposa de un inculpado con tal crimen.

Esperaba tropezarse con una mujer abatida bajo el peso de la angustia, olvidándose de que la viuda de Lesœur no era de la casta humana que se aflige con facilidad. Nacida en la vieja New England, cuyos habitantes han sabido luchar durante generaciones y generaciones con los elementos y su secuela las contrariedades, su carácter hallábase templado y podía resistir las más fuertes tormentas en la lucha por la vida.

En apariencia resultaba imposible advertir su pesar.

La viuda saludó a la visitante con viveza, sin demostrar la menor depresión de ánimo, natural y sencilla, acaso sabiendo dominarse hasta el completo disimulo.

— Ha sido usted muy buena al abrigar tan buenos pensamientos con respecto a mi esposo, señora Lesœur—díjole Ruth sin disimular su gratitud.—Sobre todo en estos momentos angustiosos — agregó.

— Lo derecho es siempre derecho y lo torcido torcido, señora — contestó la viuda. — Yo no tengo ningún derecho para ser tan egoísta que no acuda en ayuda de una persona cuando se halla en verdadera dificultad en un asunto que me afecte. Mi marido ha muerto; el dolor que yo pueda experimentar por su pérdida no me lo devolverá a la existencia, pero tampoco me impedirá que procure se cumpla la justicia. John Gerlach es un viejo gordo loco. Anda descarriado en el asunto. Yo le dije sin morderme la lengua que significaba una verdadera ridiculez haber arrestado a su marido.

— Yo supongo que el hombre simplemente se limita a cumplir con su deber... tal como él lo entiende — contestó Ruth en espera de mayores confidencias.

— Puede ser — murmuró la otra. — Algunos pensarán sin duda que cualquier cabeza de cerdo puede cumplir con sus obligaciones; yo, por mi parte, no lo creo.

— Usted tiene algo importante que comunicarme, estoy segura — dijo Ruth con evidentes deseos de información.

La señora de Lesoeur hizo un ademán afirmativo.

— ¿Usted conocía a Francis? — preguntó.

La esposa de Bent acercó la silla hacia su interlocutora.

— Sí, le conocía — respondió.

— ¿Qué les dijo él? — preguntó ansiosamente la viuda.

Ruth relatóle la extraña visita que les hiciera el asesinado la noche del crimen y sus nerviosidades ante lo que él juzgaba la proximidad del peligro que amenazaba su existencia.

— Entre otras cosas, nos aseguró que Mr. Armstrong había sido matado — concluyó explicando la señora Reverly — y que conocía la banda que cometiera el crimen. También nos declaró que danzaban en el asunto cientos de miles de dólares de turbios valores que comprometían a más de cuatro, y que él, por su parte, tenía que tomar las más rigurosas precauciones para escapar a miserables venganzas. Finalmente nos infomó que había hablado con usted acerca de tan difícil cuestión. ¿Es cierto?

— Sí, me había hablado el mismo día de su muerte — replicó la señora Lesoeur. — Vino a casa y entonces yo le conté su visita de usted, diciéndole lo que me había usted referido de las investigaciones detectivescas que se llevaban a cabo acerca de la muerte de Mr. Armstrong.

— Muy bien; prosiga usted, señora — la alentó Ruth.

— También yo le dije lo de la carta anónima recibida, y que, se la entregué a usted; y como notara su silencio, le pregunté qué opinaba de todo ello, pero no obtuve respuesta directa, limitándose a comunicarme que salía en seguida para verse con el detective de usted, Mr. Doyle. Mostrábase bastante excitado, y eso que Francis poseía unos nervios de acero, créalo usted.

Resultaba patéticamente singular oir a la se-

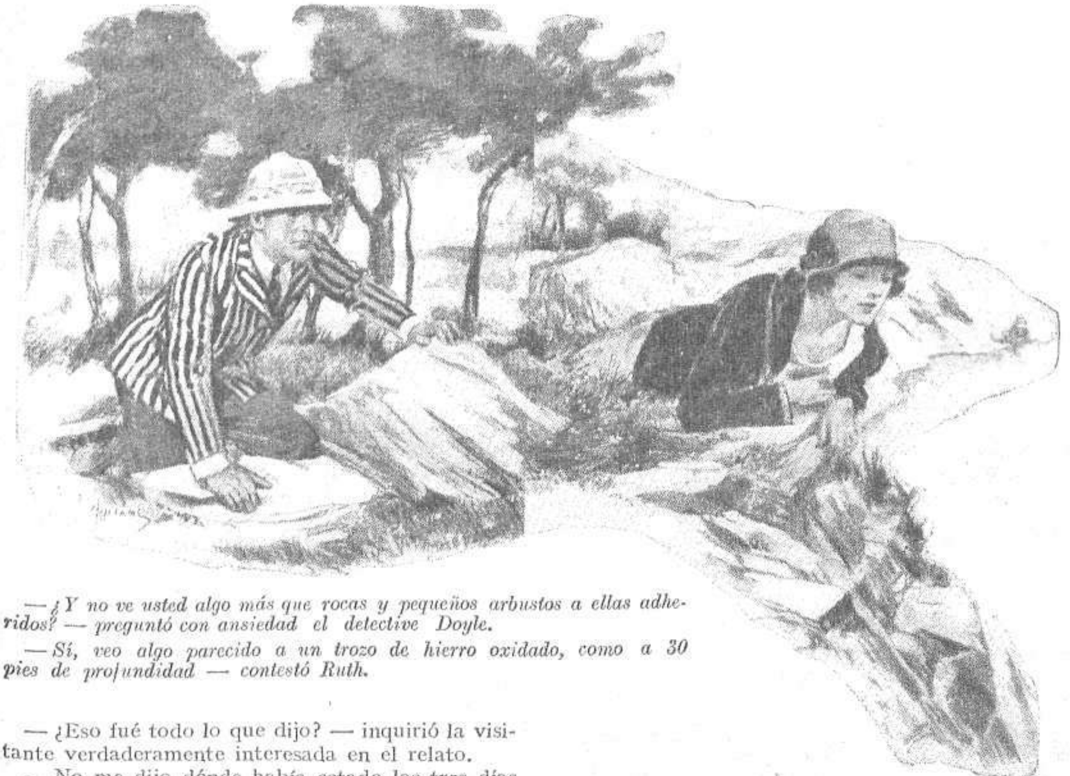
ñora Lesoeur mencionar con orgullo la única cualidad buena de su marido.

—Luego — continuó diciendo — murmuró a media voz estas o parecidas palabras: que ya había permanecido quieto y callado por espacio de largo tiempo, y que estaba dispuesto a hablar claro, lo que constituiría una enorme contrariedad para algunos... para ciertos personajes de Southfleld y Beaulieu, los cuales con frecuencia le molestaban y perjudicaban.

Y no quiero hablar mucho acerca de mis íntimos pensamientos, pero espero que usted me comprenderá en lo que le diga y en lo que calle.

—Seguramente, señora, seguramente la comprendo y la comprenderé — exclamó la esposa de Bent un tanto sorprendida.

—Muy bien; así lo espero. Cuando usted vino a verme la primera vez y yo le dije que Francis, desde hacía un año, ganaba dinero en abundancia, siendo generoso en gastarlo tanto en casa como



—¿Y no ve usted algo más que rocas y pequeños arbustos a ellas adheridos? — preguntó con ansiedad el detective Doyle.

—Sí, veo algo parecido a un trozo de hierro oxidado, como a 30 pies de profundidad — contestó Ruth.

—¿Eso fué todo lo que dijo? — inquirió la visitante verdaderamente interesada en el relato.

—No me dijo dónde había estado los tres días de su desaparición del hogar ni yo me atreví a preguntárselo tampoco porque no quería irritarlo. Hubiera tenido que replicarme echándole en cara mis sospechas acerca del empleo de su tiempo.

—¿Qué quiere usted decir, señora? — preguntóla Ruth sin perder una palabra de lo que escuchaba.

Las hundidas mejillas de la señora Lesoeur se colorearon ligeramente.

—Bien; no resulta muy correcto hablar de un marido que ha muerto para criticarlo; tal conducta es reprobable. Sin embargo, yo no soy de la casta de mujeres charlatanas ni siquiera a costa de sus penas, y, sépalo usted, yo amaba a Francis.

Al decir esto sus ojos relampaguearon con aire de desafío.

—¡Oh! Por supuesto que usted lo amaba — asintió Ruth con tono de sincera simpatía.

—No me importa que haya gentes capaces de burlarse de mi amor por él — continuó la viuda. — Francis hizo en vida lo suficiente para que cualquier mujer propia lo mirara con recelo. Durante cinco años estuvo gastando mi plata a manos llenas, mejor dicho, bebiéndosela... El último año desaparecía repentinamente del hogar sin decirme nunca sus ocupaciones. Pero no se quiere a las personas por sus cualidades, buenas o malas, sino a pesar de sus cualidades y procederes. Yo pienso que si supiéramos el porqué se enamora uno, uno no se enamoraría. En fin; muerto, lo mismo que vivo, yo no quiero ni debo hacerle traición a Francis.

fuera, según pude observar; pero no fué posible que, a mis repetidas instancias, me confesara la procedencia de tan abundantes recursos. Se ponía de mal humor en cuanto yo le planteaba tal asunto y me dejaba con la pregunta en la boca. Recuerde que le manifesté a usted, en el curso de aquella visita, mis sospechas acerca de que él era jugador, fundándome en que venía a dormir de día y toda la noche se la pasaba fuera, teniendo reglamentado su trabajo. Entonces así lo creía yo y así se lo participé a usted, pero ahora he cambiado de parecer.

Ruth, instintivamente, se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿En qué se funda usted para ello? — inquirió. — ¿Qué cree usted que hacía?

—Algo peor que dedicarse al juego — replicó la viuda; — algo de carácter más criminal. Al menos tal como yo lo juzgo.

—¿A qué llama usted peor... criminal?

La señora de Lesoeur, antes de contestar, volvióse hacia su sobrina Agnes, que presenciaba silenciosamente la entrevista.

—Agnes—le ordenó:—echa una mirada por fuera; no quiero que alguien pueda estar escuchando... que cualquiera pueda rondar alrededor. Mira bien.

Obedeció la muchacha, abriendo la puerta de la sala donde se hallaban. Nadie rondaba por el «hall» ni por las escaleras.

—Bueno, cierra la puerta ahora — volvió a ordenarle su tía.

Luego, con ademanes cautelosos, extrajo un sobre del pecho y se lo mostró a Ruth.

—Tan pronto como me repuse de la dolorosa sorpresa del asesinato de Francis, comprendí que debía revisar todas sus cosas en busca de algún dato, y si resultara contra su marido hubiera lo mismo cumplido con mi deber. Y presumiendo, como ya le dije, que Mr. Bent nada tenía que ver con el asesinato de mi esposo, me hice el propósito más firme de cumplir con mi deber hasta donde pudiera, registrando con cuidado en ropas y muebles. Y, por supuesto, en ningún instante me mostré inclinada a contarle a John Gerlach el resultado de mis investigaciones. Ahora bien; Francis no poseía muchos papeles y cartas, y la mayor parte de sus documentos acostumbraba a destruírlos. Pero esta mañana, en uno de los bolsillos de un viejo abrigo, encontré esta carta.

Al decir esto la enseñaba a Ruth, sin soltarla de su mano derecha, mientras su interlocutora reprimía sus deseos de quitársela. Era mejor no apurarse y aguardar con paciencia a que la viuda se la entregara por propia voluntad.

—No se le habrá olvidado que Francis solamente se ausentó del hogar, por mayor tiempo de lo acostumbrado, una vez sin avisarme.

—Recuerdo que usted me refirió ese particular —afirmó Ruth.

—Bien. Eso ocurrió en diciembre pasado. Yo también le conté a usted que, en vista de su inexplicable tardanza, me decidí a dar aviso a la policía, y que él me reprendió en esto, reprochándome lo que iba a hacer de un modo brusco. Este sobre fué echado al correo en diciembre 14, y aunque no estoy absolutamente segura, creo que mi marido se fué de casa esa vez en tal fecha. Que estábamos entonces a mediados de dicho mes sí estoy cierta. Ahora lea el sobre.

La señora Reverly, sin disimular su creciente ansiedad, tomó rápidamente el sobre.

—Pero no está dirigido a nombre de su finado marido. La dirección dice «John B. Smith, habitación 221, en el Overlook Hotel, Tercera Avenida, Nueva York».

La viuda se contentó con sonreír comprensivamente.

—John Smith, como usted no ignora, son nombres vulgarísimos, de esos que cualquiera sabe elegir cuando no se quiere usar los propios. Por otra parte la B que entre ambos nombres se halla intercalada, establece una insignificante diferencia que si aparentemente no significa nada, sin embargo basta para que una carta así dirigida no caiga, por coincidencia de nombres, en manos de las muchas personas que se llaman así. ¿Comprende?

Los ojos de Ruth mostraban a las claras su asombro.

—He aquí —pensó con agradable sorpresa— un razonamiento lógico que no hubiera desdeñado Doyle para su colección de trivialidades; —pensó la esposa de Bent al darse cuenta de la claridad y simpleza discursiva de su interlecutora.

—Perfectamente lógico —comentó en voz alta.

—Sí, muy natural —dijo la viuda. —Ahora vea lo que el sobre contiene.

Hízolo así Ruth, esperando tropezarse con un pliego; pero en cambio de la esperada carta sus dedos se encontraron con algunos recortes de diarios fechados en diciembre 30. El título de las publicaciones había sido cortado con un propósito manifiesto.

Al desprenderlos del ganchito de alambre que los sujetaba, Ruth desplegó los recortes y vió que se trataba de poco más de dos columnas de letra impresa que era una detallada información relatando una especie de festival organizado por los prisioneros de la cárcel de Sing Sing. Un grabado ilustraba la noticia. Al margen de uno de los recortes estaba escrito con lápiz: «Usted aprende muchas cosas en la cárcel».

Esto era todo lo que, pudiéramos decir, ofrecía de novedad la relación corriente de aquella fiesta, una fiesta de las que suelen celebrarse periódicamente en las prisiones de los Estados Unidos y en las que toman parte los empleados de las mismas. El cine, el baile y las representaciones escénicas no les son desconocidas a los delincuentes durante su encerrona, y dentro del rigor y de la vigilancia de las leyes, puede decirse que disfrutan, cuando no son rebeldes al reglamento interior, algo que se parece mucho a la libertad en cuanto se relaciona con las restricciones de su reclusión.

Después de haber leído con atención las dos columnas y pico del recorte, Ruth no pudo dar con una línea que le pareciera sospechosa, o de doble sentido, interpretable y relacionable con el problema que tanto la afectaba.

En los párrafos se relataba, con minuciosa descripción, el programa de festejos llevados a cabo en el gran establecimiento penal; citaba el nombre de los reclusos que se habían distinguido en el desempeño de los papeles que se les había encomendado, deteniéndose particularmente en algunos que demostraran excelentes disposiciones artísticas, y concluía como casi siempre concluyen tales informaciones: felicitando al personal directivo y vigilante de Sing Sing por el acierto desplegado en la realización de la velada, que resultara satisfactoria por todos conceptos.

No era posible imaginar conexión alguna entre tan simple prosa y el asesinato de Lesoeur, ocurrido hacía cuarenta y ocho horas, ni la significación oculta que todo ello pudiera haber tenido para el muerto.

—Me es incomprensible todo esto, señora —murmuró con las tiras de papel en la mano y posando sus ojos perplejos en la viuda.

—Siga examinándolos a ver si encuentra algo que llame particularmente su atención —insinuóle ésta.

—Me parece que... —comenzó diciendo Ruth, deteniéndose unos instantes con la vista clavada en el grabado que representaba el recorte. —Aquí, sobre una de las figuras, alguien ha trazado una cruz con un lápiz.

—Siga examinando, si gusta —indicóle, con cierta inflexión singular en el acento, la mujer del acuchillado.

La marca —se dió cuenta Ruth acto seguido— aparecía medio borrosa a causa de los dobleces del papel.

Fijándose mucho, logró identificar el rostro de la figura cruzada por la cruz.

—¡Ah! —exclamó sorprendida. —Esta cara...

—¿La ha reconocido al fin?—se limitó a preguntar, sin otras explicaciones, su confidencial amiga.

En efecto; la esposa de Bent, a pesar de que el rostro no tenía los grandes lentes de armazón de carey, de que la cabeza estaba rapada y de que la reproducción sobre papel ordinario era deficiente, reconoció las facciones inconfundibles de Frank Lacy, el «pajarraco» que, como se recordará, la visitara en su casa para proponerle la compra de una misteriosa carta.

Y ahora Ruth comprendía la extraña palidez del personaje. Se trataba, pues, de un ex convicto, probablemente puesto en libertad a raíz de la visita que le hiciera. El descolorido semblante que presentaba debíase, sin duda, a su permanencia en la prisión, donde son frecuentes los casos de anemia por insuficiencia de aire y luz.

—¿Qué piensa usted de todo eso? —preguntó de nuevo la señora de Lesoeur.

La interrogada vaciló unos segundos antes de contestar.

En su cerebro trataba de coordinar aquellas palabras que fueran convenientes y oportunas decir entonces, porque no estaba segura hasta qué punto le convendría ser explícita acerca de sus ocasionales relaciones con Lacy.

Las intenciones de la señora Lesoeur eran buenas, no lo dudaba; pero tanto ella como su sobrina Agnes acaso interpretarían torcidamente sus explicaciones y también que las propalaran y sirvieran de arma a sus desconocidos enemigos.

Decidió callar, declarando que había confundido el rostro de la persona señalada con la cruz con un extranjero amigo de su esposo a quien alguna vez saludara cuando vivían en Nueva York.

—Me recordó cierto parecido este rostro, pero nada más. No sé; pero me parece que no tiene importancia el recorte — dijo al cabo y como resumen de sus rápidas meditaciones. — Alguien, con inocentes propósitos, tales como para informar a un amigo, recortó la información de un diario neoyorquino y la echó al correo. Por supuesto, algún recluído en Sing Sing, aunque...

—Y escribió lo de «usted aprende muchas cosas en la cárcel» y cruzó con el lápiz un rostro — interrumpióle la viuda. — ¿Olvidaba usted ya esos significativos detalles?

—No, no los olvidaba, pero ¡dicen tan poco! Es muy difícil hacer deducciones sin otros antecedentes, señora.

—Habrá que buscarlos — replicó con entereza la yanqui de pura sangre.

—También cabe la hipótesis de que el sobre no fué dirigido a su difunto esposo a pesar de haberlo usted hallado en uno de los bolsillos de su viejo abrigo — arguyó todavía Ruth, confiando vagamente en nuevas confidencias.

La viuda, sonriendo con casi imperceptible gesto de duda, movió su cabeza de izquierda a derecha.

—Me apoyo en más detalles, señora Reverly — dijo.

—La escucho con el interés que usted supondrá — replicó ésta. — Es inútil que le repita las ansias que padezco porque se esclarezcan todos los hechos que afectan la reputación de mi marido. Su posición y la mía son en estos momentos muy críticas, y ningún esfuerzo ni sacrificio me parecerán excesivos con tal de libertarlo. Le amo como a mí misma y él es acreedor a mi cariño.

—Así lo creo yo, y mis circunstancias no me impiden apreciar las suyas — contestó con sincera cortesía la viuda.

—Gracias, señora; puede usted continuar su relato.

—Cuando mi difunto marido desapareció del hogar en diciembre último — reanudó aquélla, — se dirigió a Nueva York.

—¿Cómo supone usted eso?

—Lo sé porque trajo un par de camisas al regreso que tenían la marca de una tienda de Broadway. El papel en que venían envueltas también aseguraba su procedencia. El paquete le pertenecía, y en casa quedó.

—La deducción es razonable — confesó Ruth. — Pero, en resumidas cuentas, ¿qué pudo significar?

—¿Se fijó usted bien en la cara del hombre cruzado en el recorte con un lápiz? — preguntó a su vez la viuda.

—Sí, perfectamente — afirmó Ruth.

—Usted no conoce a esa persona, pero yo sí la conozco. Poco importa que no sepa su nombre; pero una noche, hace de ello un año poco más o menos, en la época en que Francis, después de derrochar mi dinero, lo comenzó a ganar por su cuenta en abundancia, vino a casa acompañado de un hombre. Mejor dicho, llegaron juntos hasta la puerta de la calle. Yo estaba en la ventana y no los distinguía muy bien debido a la obscuridad de la noche; pero cuando uno de ellos encendió un fósforo para prender su cigarro, pude reconocer sus facciones. Era una persona a la que yo había visto varias veces por la calle en compañía de Pete Curlew, el propietario del más importante bar en Southfield antes de la prohibición alcohólica.

—He oído el nombre de Pete Curlew alguna vez antes de ahora — dijo Ruth.

—Pues bien; los antecedentes de tal persona dejan bastante que desear. Se cuentan de él audacias y barbaridades que, en más de una ocasión, le llevaron derecho a la cárcel, donde solamente permanecía algunos días aunque se probaran los cargos. Su influencia era y es, grande, y sabe pagar bien los servicios que se le presten.

—Un hombre peligroso—comentó la señora Reverly.

—Creo que sí; creo que es, por todos conceptos, un mal vecino demasiado ambicioso y bien relacionado para no temerle — afirmó la viuda. — No hace meses que en su establecimiento se promovió un fuerte escándalo y se dispararon revólveres, pero no se supo los que cayeron, aunque no faltó quien pudo ver grandes manchas de sangre mal lavadas en el pavimento.

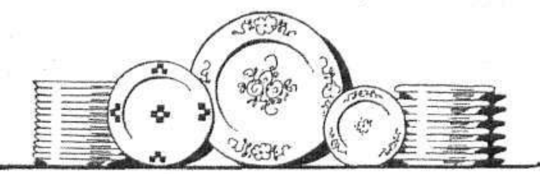
—Entonces — preguntó Ruth con ingenuidad, — ¿la justicia es burlada por él?

—No tanto, no tanto; a las autoridades es difícil burlarlas, cuando ellas no quieren — replicó la enérgica mujer; — cuando se cruzan fuertes intereses de por medio, señora Reverly, es posible captarse las voluntades de mucha gente, sin excluír a ciertas gentes del orden. Yo podría decir más, pero no es del caso ahora.

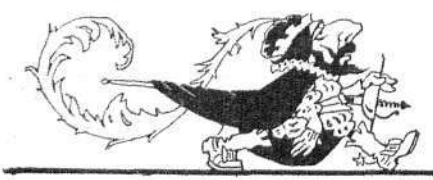
(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)



EL MINISTERIO EN IMÁGENES



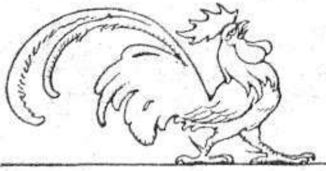
Cae al suelo y se hace añicos
todo aquello que es de Loza.
Loza es una cosa, chicos,
que al momento se destroza



Un hombre Gallardo, a ciento
en la lucha vencería.
Si es un Angel, al momento
admirad su gallardía.



Niños, como ya sabéis,
pasó penas y disgustos.
Este, nunca lo olvidéis,
es el Justo entre los justos.



Dice un escritor muy serio
que los más famosos son:
el Gallo del ministerio
y el Gallo de la Pasión.



Sagarna, Sagarna, encarnas
todo un verbo: Sagarnar.
Yo Sagarno, tú Sagarnas,
él Sagarna. No es vulgar.



Quien realizó tanta hazaña
vale, entre sus compañeros,
más que un bretón de Bretaña
y un Bretón de los Herreros.



Según el modo de ver
de un feminista de veras,
un Molina viene a ser
un molino con polleras.



Gran éxito ha conseguido
esta marca en nuestra tierra.
Es el coñac preferido
en la marina de guerra.

DIBUJOS DE REDONDO

Correo sin estampilla.

H. — Buenos Aires. —
Ese disparate
no va a soportar
el embate, vate,
del furioso mar.

R. B. M. — Buenos Aires. —
Hay narrador cargante
que, creyéndola amena e ingeniosa,
nos cuenta una zoncera fastidiosa
con una lentitud desesperante.

Nemesio. — Buenos Aires. —
Publiques o no publiques
tu desdichado adefesio,
Nemesio, no pontifiques;
¡no pontifiques, Nemesio!

J. Q. — Buenos Aires. —
Lo llama usted soneto,
como podría
llamarle Paracleto
o estantería.

X. — Buenos Aires. —
Si es que el gobierno conculca
las leyes fundamentales,
puede armarse una trifulca
de consecuencias fatales.

V. A. R. — Buenos Aires. —
Cuando plumea,
no es necesario
que un mozo sea
tan funerario.

Conscripto. — Buenos Aires. —
Hablar de una fregatriz
con tan profunda emoción
sólo se hace en la feliz
edad de la conscripción.

R. H. M. — Buenos Aires. —
Con un asunto muy conocido
y pobremente versificada,
la poesía que ha remitido
no vale nada.

P. D. L. R. — Buenos Aires. —
Trata de Apolo y Orfeo
y se emociona y se exalta
y así llega a la más alta
cúspide del macaneo.

V. I. T. — Buenos Aires. —
Contra lo que usted piensa,
resulta problemático
que admiren a la prensa
las obras de un Virgilio burocrático.

N. Y. — Buenos Aires. —
Al ver a ese «genio que surge»
la gente asombrada gritó:
—¿De dónde salió ese menjurge?
¿De dónde ese bodrio salió?

Zápiro. — Buenos Aires. —
¿Con un librejo trivial
quiere ganar un platal
y vivir cómodamente?
Usted busca inútilmente
la piedra filosofal.